



3 1761 08831890 2

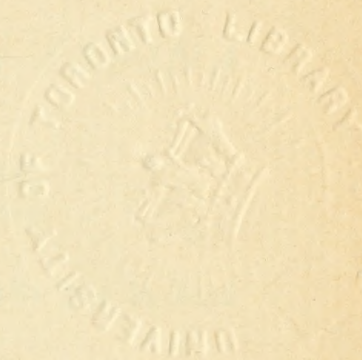




PASTORELAS

ES PROPIEDAD
Copyright, 1920, by Concepcion
Espina y Tagle.

1776p CONCHA ESPINA



PASTORELAS

162436.

30.5.21.

G I L - B L A S

M A D R I D

Apartado de Correos 541

1920

OBRAS DE CONCHA ESPINA


- La Niña de Luzmela* (novela; 2.^a edición).
Despertar para morir (novela; 2.^a edición).
Agua de nieve (novela; 3.^a edición).
La Esfinge Maragata (novela; premiada por la Real Academia Española; 3.^a edición).
La Rosa de los Vientos (novela; 2.^a edición).
Al amor de las estrellas. (Mujeres del Quijote).
Ruecas de marfil (novelas; 2.^a edición).
El Jayón (drama en tres actos).
Pastorelas.

TRADUCIDAS

- Done del Don Chiscote* (trad. da Gilberto Beccari. Firenze).
L'inocente (El jayón); trad. da Gilberto Beccari.

EN PRENSA

- El metal de los Muertos* (novela).



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

Todo el verano, en la apacible dulzura de mi soledad, tendré una silenciosa compañera.

Arderán los días estivales, rodarán las estrelladas noches, se consumirán los meses a la orilla del mar, y yo veré enfrente de mi trabajo un modelo vivo de paciencia y solicitud: una araña chiquitina y rubia, una araña infantil, al parecer.

La descubrí una tarde, mientras ordenaba mis ideas con la pluma inmóvil y la imaginación en tortura. Un hilo pálido tembló sobre el fondo de la pared y hacia él se me fueron los ojos. Quedé agradecida; hallaba pretexto para distraerme, para fantasear un minuto fuera de las cuartillas; la araña, rubia y frágil, me daba ocasión de hacer un comentario marginal en mi tarea.

No era mi vecina una tejenaria vellosa, doméstica y común, de las que viven en los rincones entre la sombra y el polvo, sino una clara hilandera de jardín que sabía colgar al sol esas hamacas tenues, urdidas con los hilos de la Virgen, tan semejantes a la filadiz blanca de los capullos. Acaso en una hora de lluvia o vendaval trepó hasta mis balcones buscando para su nido el refugio piadoso de un dintel; halló comfortable este salón, donde hay mucho silencio, mucha luz, y se puso a laborar tranquilamente junto a mí.

Al verla, imaginé que me miraban comprensivos sus cuatro pares de ojos; seguí el compás de sus ocho patas incansables, y sentí el consuelo egoísta de no estar yo sola trabajando.

Precisamente me agitaba entonces un leve impulso de rebeldía, creyendo que la siesta ardorosa de aquella tarde sólo a mí negaba su reposo.

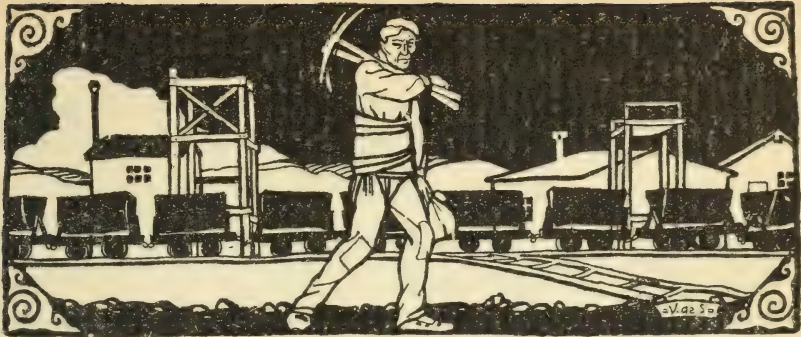
Tal pereza se desprendía del ambiente en el pueblo, que el vecindario en masa parecía dormir. Y tan callandito pasaban los instantes sobre el esplendor de los campos y el éxtasis de las olas, que el correr de mi pluma alzaba un estruendo inusitado, un chirrido agudo que bien pudiera compararse a una queja, muy ácida y muy triste.

Pero la arañita subía y bajaba en su trapecio con muchísimo donaire, igual que si en el mundo no existiesen abrasadores estíos y sosiegos plácidos, lo mismo que si algunas veces no hicieran las plumas esfuerzos dolorosos encima del papel.

Me sentí valiente y activa como la tejedora; recordé que Salomón tuvo a las arañas por símbolo de virtud, y que Minerva las enseñó a tejer; eran, pues, unas criaturas edificantes, favorecidas por las alabanzas de un sabio y el arte de una diosa.

Y admirando la agilidad y el estoicismo de mi labrandería menuda, sonreí hacia ella en pacto amistoso, prometiéndome seguir su ejemplo de constancia y aplicación...

LA BANDERA ROJA



LA BANDERA ROJA



ANABA el tren bravamente el altísimo puerto, cuando una banderita roja le detuvo en la boca del túnel número 80. A lo largo del convoy, curvado y humeante, cundió la alarma; flotaron en las ventanillas unos velos multicolores y los estribos se poblaron de viajeros recelosos.

Mirando al cielo, mirando a las cumbres altaneras, hendidas de torrentes, no había que preguntar por qué motivo se detenía el tren: lo que fué en la llanura castellana débil nublado se convertía sobre el puerto salvaje en loca tempestad.

Rojas y turbias, las aguas se despeñaban con

inaudito furor, buscando cauces en donde amansar la garla estrepitosa; a su paso se enrojecían los riscos con un color de arcilla fuerte y rabioso; el celaje, cárdeno y amenazador, pesaba con torvo ceño sobre la cordillera, y el tronido ronco de las nubes bajaba hasta la vía en tableteo formidable.

Un alud, ocre y guijarreño, se había precipitado sobre los carriles delante de nosotros, y la banderita encarnada, temblando de emoción en la ruda mano de una pobre mujer, nos gritaba previsora que detuviésemos la carrera altiva y resonante, porque estaba allí la muerte, apostada en el camino, en un recodo obscuro, en la boca del túnel número 80.

Era la abanderada una moza rubia y triste, vestida de rojo, como el señuelo desplegado; tenía en la hondura de las pupilas una llama gris y en los labios descoloridos un gesto de esquivéz. Puso en el fondo de los coches su mirada larga y quieta, misteriosa y ardiente, en tanto que los pasajeros la contemplaban con cierta hostilidad, como si la muchacha fuese una misma cosa con el paisaje bravío, coloreado de arcilla.

De la próxima estación de Pajares llegó al trote una cuadrilla de jornaleros que, a toda prisa, se afanó bajo el azote de la lluvia, entre lampos de trágica luz, para dejarnos el camino libre.

Al cabo de una espera enojosa, perdió el tren la

P A S T O R E L A S

violenta curva en que se había detenido y penetró lentamente por la negra boca del túnel. Así fué taladrando el monte con la audaz puñalada del hierro, mientras a los lados de la vía los obreros de Pajares, replegados contra la pared, calados de agua, rendidos y aspados, nos miraban ir con una indiferencia tal vez doliente, acaso rencorosa.

Y saliendo apenas de aquel agujero de humo y de penumbra, llegamos a la estación, colgada en la roca viva, intrépida y vigilante en la infinita desolación del puerto colosal.

Sobre las miserables casucas, aseladas con valentía en los penedos y en los tolmos, blanquea el grani-zo de la borrasca, y una guardesa, vestida también de colorado, rubia, descalza y triste, lo mismo que la otra, nos dice aún con la segunda banderita encarnada: *Hay peligro...*

Tienen estas dos mozas, que deben ser hermanas, una singular expresión de melancolía y altivez; sus manos, casi infantiles, ya endurecidas por el trabajo, levantan con serena majestad el aviso previsor al paso de cada tren. Más que guardesas humildes nos parecen hoy estas niñas, rojas y estáticas, dos valkyrias señalando a los viajeros el camino donde pueden morir, como las divinidades nórdicas hacían con sus héroes en los combates legendarios.

Y aquí se quedan, solas otra vez, estas mujeres

C O N C H A E S P I N A

silenciosas y hurañas, providenciales en los linderos donde la vida rueda magnífica y sonora, dibujando en la bárbara ruta su atrevido perfil. Quizá nunca las volvamos a ver; pero su imagen, encendida por el color rodado de la tierra, quedará en nuestra memoria, junta con la sangrienta visión que ofrece el puerto bajo nubes de almagre, entre argayos temibles y ramblizos hirvientes como lavas...

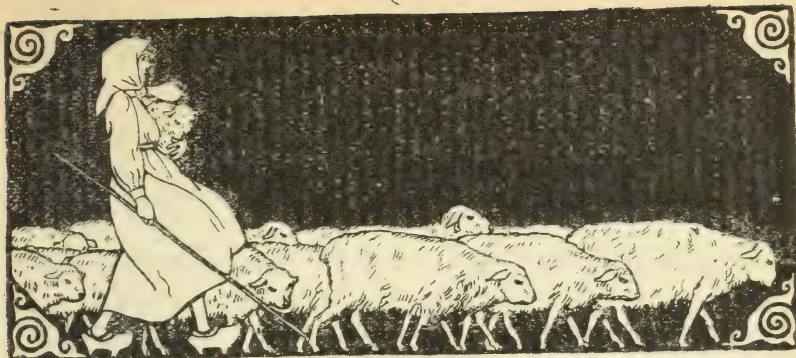
Avanzamos con precauciones por el duro vientre de las cimas; cada chinarro, cada declive gotea una cálida lluvia de tempestad: aguas rojas y palpitan-tes, lo mismo que si al cielo se le hubiera roto el corazón.

Silba el tren, impaciente por los avisos y las tardanzas, preso en el alto veril donde todo el paisaje tiene un fiero rugido de volcán; piedras y arroyos, abismos y celajes lucen el color dramático de los banderines que nos dijeron: *Hay peligro*.

Y al fin nos perdemos codiciosos en la sombra de los túneles, como en los valles de la vida, con las ansias del riesgo, desafiando a la muerte, empujados siempre a las medrosas aventuras por el tinte rojal de cada turbión.



ALMA Y PAISAJE



ALMA Y PAISAJE



EMOS visto nacer a julio bajo el calor ardiente de Castilla y tender su pereza en la llanura induciéndonos al reposo.

Una muchedumbre feliz se apresuró a imitar el gesto indolente de este mes, y las vacaciones han cundido como una ley ineludible entre el pueblo vencedor que sabe realizar la huelga alegre y dormilona del veraneo.

No seguimos a esta grey como cronistas suyos; pero tenemos un refugio en la costa amada y a él tornamos en el estío, como las golondrinas en la primavera: para volar, para volver a las querencias

del nativo solar, todos los seres constantes guardamos en el corazón una golondrina fiel.

Y aquí estamos, veraneantes sin holgorios ni siestas, despiertos siempre para escuchar los latidos apacibles de la vida que duerme y goza, y para acordar los de nuestro corazón a las palpitaciones dolientes de la vida que trabaja y sufre. Aquí estamos, de nuevo en codiciosa exploración de enamorados, rendidos en inefable embriaguez de luces y colores.

El país, bañado de sol, aun en la plenitud del mediodía se nos ofrece como bajo una gasa misteriosa que no es niebla del cielo, ni vaho de la tierra, ni bruma de la mar. Toda la espléndida hermosura de una mujer, celada con exquisitas vaguedades por un tul ligerísimo, no fuera más tentadora que la sugestión de esta luz al difundirse con perpetua blandura sobre la arrogante belleza de Cantabria.

Porque la intensa impresión que causa este espectáculo viniendo de donde el Sol anega las perspectivas y las envuelve y ajusta a su poder, consiste en el vivo, en el extraño contraste de la tierra, fuerte y escabrosa; de los montes opulentos y bravíos; de toda esta vegetación soberbia y excitante, besada con timidez, con respeto y dulzura, por unas claridades serenas y delicadas, casi tristes.

¿Es que el Sol palidece de entusiasmo delante

P A S T O R E L A S

de una tierra tan hermosa? ¿Es que la orgía de los colores en las montañas, en el campo y en el mar “pueden,, más que la luz y la obligan al cautiverio de la sonrisa, que no suena a carcajada; de la melancolía, que no llega a tristeza; del resplandor, que no alcanza a ser incendio?

De todo ello puede haber un arcano en la secreta gracia de las luces que esplenden y no ciegan, que decoran sumisamente los magníficos paisajes y son ornamento suyo, mientras en otras regiones se convierten en atractivo esencial de cuanto alumbran.

Aquí el Sol no es una potencia, es una caricia; deja de ser monarca absoluto y se convierte en vasallo; aquí la luz no es dominante, es influyente; no abrasa los contornos de las cosas, sino que les atenúa la violencia o la esquivez, y unge los horizontes de paz, como prudente madre que en sus brazos mitiga la brava exaltación de una hija enamorada y celosa.

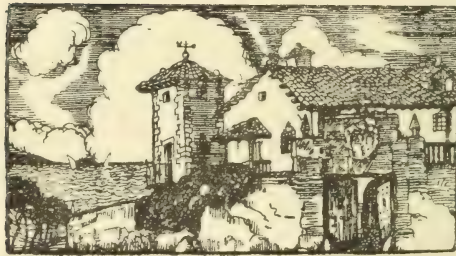
Así, cada paraje, nuevo y distinto, se asoma con fugacidad a los senderos y adquiere un aire tembloroso de abismo y de penumbra; así, las fuentes de la Belleza cunden tácitas bajo la sagrada emoción de unos velos sutiles como el Arte y la Poesía.

Alma y paisaje unen en esta ribera la hermosura con el sentimiento y extienden la inquietud espiri-

C O N C H A E S P I N A

tual por estos confines, húmedos y pensativos igual que el rostro de una criatura que ha llorado de amor... Lágrimas y amores son, al cabo, los únicos raudales que sabiamente fertilizan almas y tierras, y que ennoblecen con un soplo eterno la vida temporal.

Pidamos a la divina palidez de estas luces nortefías que bañe de serenidad nuestro corazón, brote inquieto y febril del suelo montañoso...



ROMANCE PRIMERO



ROMANCE PRIMERO

De la vida de Santa Teresa de Jesús.



FORMÍA la tarde, perezosa y caliente, y en el vasto aposento los recios postigos entornados atenuaban la luz.

Una vocecilla brotaba del silencio, clara y dulce, como hilo de manso regajal, leyendo las proezas cristianas de los mártires atormentados por su Dios y por su fe. Los más fieros relatos de la crueldad humana pasaron en trágico desfile al través de la cándida lectura, juntos con los más resplandecientes ejemplos de fortaleza y santidad: hasta que el suave acento cantarín fué tiñéndose de profunda inquietud.

Entonces dos cabezas infantiles y hermosas se alzaron sobre el *Flos Sanctorum* abierto encima de labrada mesa: quedó rota la relación ferviente y una grave y señoril figura de mujer se dibujó de pronto en la penumbra.

—¡Rodrigo!... ¡Teresa!—llamó celosa la dama, avizorando el fondo del salón.

—¿Qué manda vuesamercé?—respondieron a una los dos niños.

—¡Ah!—murmuró ella, descubriéndoles en la semioscuridad;—temí que andoviéseis al huerto con esta calor.

—No, señora madre—pronunció con blandura Teresa, hojeando otra vez el libro, mientras su hermano clavó los ojos soñadores en una pavesina que decoraba el muro.

Doña Beatriz, sonriendo a sus hijos, atravesó la estancia para desplegar un poco las puertas del balcón.

Un haz espléndido de luz bañó el dulcísimo semblante de la castellana, y su monjil, negro y casto, sin aderezos ni perfumes, destacóse ceñido por la viva llama del sol.

Desanduvo la dama los pasos con ténue languidez. Su interesante belleza daba señales de enfermiza juventud, y toda su persona trascendía a virtudes humildes, a sacrificios y ternuras maternas.

P A S T O R E L A S

Luego de enviar a los niños otra blanda sonrisa, desapareció bajo un rico arambel de aceituni.

Quedáronse la lectora y el oyente mudos un instante, como sugestionados por la solícita aparición. Después juntaron las miradas y los acentos en recatado palique, con el aire misterioso de quienes traman algún lance fuerte y secreto. Al fin se pusieron de pie y cambiaron casi al oído algunas palabras que debían encerrar suma trascendencia...

Entra la luz ahora hasta los dos hermanos con más holgura que antes, y aparece muy donoso el porte de la niña, que contará sus nueve primaveras. Es arrogante, blanca y alegre; tiene los ojos arrobados y negros, encarnadas las mejillas, la guedeja rizada y oscura, los labios gruesos y rojos, la expresión a un tiempo resuelta y apacible. El niño, poco mayor que su gentil hermana, es también agraciado y robusto.

Viste ella adamascado y pomposo faldellín y fresca basquiña de Ruan; luce en las orejitas arracadas de oro, en los rizos un favor sonrosado, y pendiente del cuello un alcorcí. Lleva el mancebillo jubón de terciopelo atacado con agujetas, gola blanca y calzón corto.

—¿Vamos?—dice Teresa resoluta, encendido el semblante y la voz conmovida.—Agora están adormizados todos en casa.

Rodrigo consiente algo confuso, y ella le induce alentadora.

—No hayas miedo; tray la mano...

Huyen con furtivo paso de avecillas, corredores adelante, evitando con habilidad que los descubran. En retirado aposento revuelve Teresa los almizclados arcaces para decorar el pecho de Rodrigo con un escapulario devoto, hurtado a cierto paletoque. Aún logran adquirir una prudente ración de pan y miel, y salen al huerto, hazañosos y felices.

El Sol, sin ocaso entonces en el imperio de Castilla, caldea la tierra madre, bruñe los caminos, enciende los horizontes, anchos y abiertos al valor, a la aventura, al ímpetu de los héroes, a los quijotes de la espada y de la Cruz. Arden las brisas, los pájaros ayeañ y las plantas nacientes se abaten mustias entre los rodrigones. Sólo el cantueso y el mirto lucen su perenne verdor en el abrasado verjel. Un bancal de alheñas despide en torno penetrantes aromas.

Sin cuidarse del calor, los dos aventureros salvan el jardín, cruzan una lonja de prado y alcanzan al extremo de la finca un servicial postigo.

Al abrirle se queja una alguaza enmohecida, y ambos caminantes detienen el paso con emoción temerosa.

—¿Tú sabes del rumbo nuestro?—pregunta el muchacho, un poco indeciso.

P A S T O R E L A S

—A naciente, por la misma ruta del Sol—dice la niña con iluminado gesto. Luego reflexiona:

—Haberá que salir al campo por la Puerta del Adaja y se determinar en el puente, hacia las adelfueras.

—¿Por el valle de Amblés?

—Eso...

Atraviesan las calles sin apenas mirarlas, pensando que así nadie los conoce. Y la fuga de aquellos pies menudos levantan un curioso rumor de celosías en la siesta profunda de la ciudad. Alguna voz ha dicho con asombro:

—¡Los hijos del "Toledano"!

Ellos se apresuran hasta deslizarse fuera de la muralla, y sólo entonces vuelven atrás los ojos para medir, con cierto orgullo, el conquistado terreno; allí queda el murado recinto, con sus adarves erizados de torres, bravo y hermoso como un símbolo de la pujanza española.

La magnificencia del espectáculo parece que impulsa a los peregrinos con mayores prisas en la escarpa de los senderos. Corren los dos hermanos buscando el puente, no muy ciertos del rumbo que persiguen.

La nava y la dehesa tienden su dorada llanura en el paisaje y todos los caminos declinan hacia el Adaja, en cuya linde, sauces y fresnos, batanes y molinos, ponen una línea de sombra placentera.

Cunde el río menesteroso, en pleno estiaje y los viajeros se paran en el puente a escuchar el débil murmullo de las ondas.

—¡Señor, dadme agua!—prorrumpe la niña con extraña vehemencia.

—¿Tienes sed?—la pregunta su hermano.

Ella vuelve los ojos al cielo y repite con exaltación:

—¡Señor, dadme agua!

Rodrigo sonríe: está acostumbrado a sorprender los deliquios fervorosos de la hermanita, que le pide agua a Dios con misteriosas intenciones: agua espiritual, sin duda, fuente de consuelos y luces. Pero el muchacho siente la boca seca, padece sed humana, y murmura señalando al río:

—Yo quería estotra.

—¿Ya estás penando tan aína?—le reprocha Teresa. Es menester luchar, y así habremos la gloria siempre, siempre...

La palabra “siempre,, cobra en estos labios infantiles una expresión de perdurable felicidad que subyuga al sediento. Viéndole resignado a sufrir, la niña le fortalece cariñosa:

—¡Que no te caya ningún mal pensamentillo!

Y siguen caminando, ella adelante, audaz y alegre, poniéndole al sol noticias de la divina quimera que ha fraguado esta singular aventura. Aquí pisan las algarrobas, allí la jara, más allá buscan

P A S T O R E L A S

el cobijo del saucedal entre los mimbres ribereños. Si el hermano suspira, la hermana vuelve el rostro y sonríe:

—Habremos gloria para siempre, para siempre... ¡veráslo, veráslo!...

Palidece la tarde, se recoge en los cielos la luz, y los niños huyen y tornan por la lindera del Adaja, sin acertar con una ruta que les lleve al soñado triunfo.

Sentados ahora en las gradas de un humilladero, sufren hambre y fatiga. Pero Teresa quiere resistir valiente aquel primer quebranto de sus bríos.

—¡Si llegase una algar de soldados a nos facer prisioneros!—pronuncia heroica.

Y se levanta creyendo percibir un trote de caballos en el vecino carrascal, mientras Rodrigo se aturde pesaroso y considera que, en esta misma hora, su madre les andará buscando con enflaquecido corazón.

Un caballo aparece entre las bardagueras, y el hidalgo que le monta se dirige hacia el humilladero así que descubre, con harta inquietud, la presencia de sus sobrinos.

Don Rodrigo Alvarez de Cepeda descabalga absorto y pregunta:

—¿Quién os trayó aquí desta guisa?

Baja Rodrigo la frente muy turbado y su hermana responde con voz firme:

C O N C H A E S P I N A

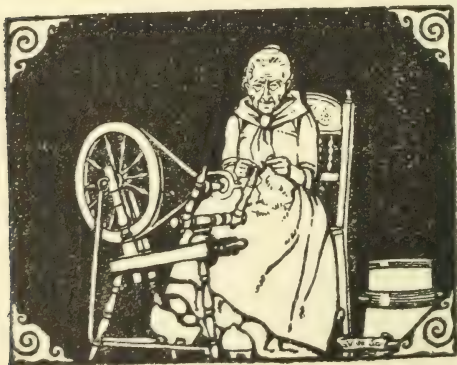
—Andamos para tierra de moros a que nos descabecen, tal que a los mártires de Dios.

Toma el hidalgo la guarda de los niños haciéndose mil cruces, y los devuelve a la ciudad a tiempo que la sombra descende a la llanura desde la sierra y los alcores...

Avila de los Santos y de los Caballeros, iluminada por los últimos resplandores del sol, fuerte y altiva como un enorme castillo feudal, parece sonreír a la andariega niña en este primer romance de sus gloriosas aventuras.

Y volviendo humilde a sus abandonados lares, ya obedece los designios de Dios la predestinada criatura que ha de ser el más rico blasón cristiano de la mujer española, la santa a quien un día ha de decir el divino Zagal:

—“Yo me llamo Jesús de Teresa...,”



D O N C A R L O S



D O N C A R L O S



AMOS a ver a don Carlos?—
pregunta una voz melancó-
lica y dulce.

Y un coro de acentos mu-
sicales responde con ardicia:

—A ver a don Carlos...

¡Sí!...

Por el soleado camino
charlan muy alegres las muchachas, que estaban
meditabundas hace un momento, y el aire roza más
de un suspiro misterioso que repite:

—¡Don Carlos!...

¿Quién es el hombre feliz a quien estas niñas
hermosas quieren visitar y por quien suspiran al-
gunas con amor inconfeso?

C O N C H A E S P I N A

Es un cincuentón hidalgo, muy galante y cortés, que lleva sobre la frente, plegada en surcos, la aureola gentil de una leyenda de pasiones y lances, una leyenda de escándalos, brava y seductora.

Cuando él habla a las niñas del contorno, cuando las mira con insinuante devoción para decirles una galantería delicada o una frivolidad cualquiera, ellas se aturden ante aquellos ojos embaucadores; tiemblan, seducidas por el hechizo de aquella voz que tiene acaso un matiz remoto de ironía. Y añoran siempre la mirada y el acento del solterón cortesano.

Van a visitarle a menudo en bullicioso tropel, le revuelven la casa, todo lo invaden y lo curiosean en la noble mansión del amigo, hasta que a la entrada de cierto camarín se detienen un poco indecisas: allí está la colección de retratos que surte de documentos a la novela mágica y amorosa.

Se acercan las muchachas a las fotografías con un recelo malicioso, con un disimulo lleno de curiosidad, para mirarlas una a una. La condesa... ¡qué preciosa!... Luce los hombros desnudos por un escote provocador, como si el corpiño fuese a deslizarse sobre el busto hasta desaparecer con insolencia; tiene los ojos azules, incitante la boca, el pelo rubio. Saben las niñas que era casada, y que don Carlos mató al conde en un desafío... —¡Qué atrocidad!—murmuran cada vez que la mi-

P A S T O R E L A S

ran. Y permanecen absortas ante la sonrisa apicada de la condesa... Hay una actriz bellísima, vestida de mora: sus ojos, aterciopelados y sombríos, se fijan con intensidad un poco dura y tienen una atracción de abismo que fascina; este retrato lleva marco de tisú rojo, que parece un aro de fuego alrededor de la imagen... Hay una señora enlutada, grave y triste, de severa hermosura; una bailarina mal envuelta en tules, a quien las niñas observan de reojo; una señorita algo cursi; una andaluza con mantilla blanca; una polluela con el cabello suelto y candorosa la expresión...

A todas aquellas mujeres prodigó don Carlos su fortuna y su juventud con una intensidad que convirtió los amoríos a veces en tragedia, siempre en historias memorables.

Cuando las muchachas meditan alrededor de aquel trofeo, suele estarse el hidalgo detrás de ellas en una arrogante postura de triunfador. Entonces le brilla en los ojos un destello de audacia y aparece rejuvenecido con un aspecto muy galán.

Una y otra, las niñas se vuelven a mirarle con ingenua admiración, pensando que ningún joven moderno sabe "ponerse así",.

Y cada una de aquellas mujercitas soñadoras, tentadas por la bella locura del amor, imagina un momento que don Carlos revive su briosa mocedad

para ofrecerle a ella la ufanía de una apasionada declaración.

De pronto, el caballero depone la actitud donjuanesca, sostenida por la visión lejana de sus aventuras, y con bondadoso acento paternal, dice a las niñas:

—Tomaréis chocolate y pasteles; después os daré rosas.

Las chiquillas recuerdan que por ser aquel señor casi un viejo van muchas tardes, libremente, a rodear su mesa llena de golosinas. Pasan felices al comedor, abierto sobre el parque, sombreado por una enredadera con panojas de flores; muerden con voraces dienteillos las tostadas y las confituras, se miran en los monumentales espejos, acarician a unos lebreles finos y dóciles, talan el jardín y se despiden de don Carlos, mimosas y agradecidas.

Él las ve marchar, sonriente, desde los umbrales del palacio, cuyas jambas ilustres le forman un marco de nobleza antigua. De lejos aún parece mozo y seductor; diríase que ha de acudir un paje a ceñirle la ropilla con brahones y el birrete de plumas.

Volviendo el rostro para saludar a su amigo, las nenas se quedan todavía atadas al encanto de aquella figura varonil, con nombre de príncipe y leyenda de fervidos amores.

P A S T O R E L A S

Y la mansa brisa del anochecer se lleva por el campo adelante algunos suspiros muy secretos y hondos, que repiten:

—¡Don Carlos!...



EL HONDO CAMINO



EL HONDO CAMINO



MUCHAS veces anduvo la muchacha aquel camino así que empezó a mocear. Desde su pueblo montano, hasta la próxima estación del ferrocarril, la ruta más ligera se hacía por el bosque y la hoz, para salir al puente, sobre el Saja, a la orilla del tren.

Y era preciso embarcar a menudo frutas y legumbres, pichones y corderos para el mercado, colños de mimbres para la industria de cestería, hierbas medicinales para los químicos, gavillas de flores para las vendedoras de la capital.

Muy solitario se mostraba el sendero que discu-

rría por la selva medrosa y por el atajo profundo, en la linde misma del río, bajo la penumbra del monte y la canción fría y ronca de las aguas.

Pero Isabel no había sentido miedo en sus viajes frecuentes, cargada con la humilde mercancía, ni en sus retornos al anochecer, alcanzada con frecuencia por el turbión y el zazagán, perseguida por el siniestro graznido del buho y la miloca.

En lo más duro del invierno frecuentó la muchacha el sombrío congosto, las hazas y el boscaje del ansar, toda la adusta leja de la vaguada, ensordecida por el grito de los rabiones. Fué y tornó por allí, confiada y serena, muchas tardes breves y tristes, con las nubes encima y abocada la noche...

Hoy crece mayo; la tarde acaba de nacer; el río, sin cejo, corre igual que una serpiente, gozoso y brillante a la lumbre del sol; en el inmenso altar de las montañas arde el fuego sagrado de la luz; el bosque palpita como un nido colosal, y cuanto se derrama balsámico y dulce sobre la tierra parece que sube en la brisa a perfumar el cielo.

Sin embargo, Isabel camina con zozobra por los amigos andurriales. Sostiene en la cabeza una canastilla de flores, ufana y gentil como las canéforas del viejo paganismo, y oculta con la gracia de sus encantos la íntima inquietud que va padeciendo.

Su guedeja oscura se desborda sobre un rostro

P A S T O R E L A S

moreno y peregrino, y su garbo no necesita más realce que el de la falda pobre de terliz y la blusa clara de percal.

Sabe la muchacha que es hermosa, y hoy quisiera mirarse en todos los remansos del río, desde el cadoso más profundo hasta la más suave cinta que pandea por la breve llanura; pero es preciso llegar a la estación para la hora del tren y sacrificar su vanidad, aplazando hasta el retorno las contemplaciones de su imagen: se alisará el cabello, despeinado por la carga de las flores; se prenderá una rosa en el corpiño, y volverá despacio, muy despacio, dando tiempo a que la encuentre Jesús en las lindes del ansar, allí, junto a la sendera que conduce al pueblo por la espesura de la fraga.

El mozo que la quiere de amores es el más rico labrantín de las cercanías, y pretende hablar hoy de la boda, cuando la muchacha vuelva de su obligación y él suspenda su trabajo, a la caída de la tarde; juntos andarán el camino diciéndose muchas cosas nuevas y dulces, y llegarán juntos al poblado para tratar con los padres de ella el asunto matrimonial.

Sólo motivos de goce y esperanza empujan a la niña caminante, que ignora por qué se siente perseguida y recelosa, con ganas de correr, quizá de huir, sólo al pensar cómo se le acerca el momento delicioso de la cita. Cunde en el aire, a juicio de

C O N C H A E S P I N A

Isabel, una singular inquietud, una amenaza silenciosa que estalla, muda, a cada instante, sobre el camino embalsamado de silencio, en el férvido homenaje que el campo rinde a la Primavera.

Y la muchacha, que no tiene prisa, ajusta el paso al compás frecuente de su corazón, y se aturde si el agua recoge en su cristal un rehiló tembloroso de luz, si los árboles ponen en el sendero una medalla de sombra, si vuela un pájaro, fugaz como una mirada, para subir a las yemas rubias de los gromos o a las cimas azules, besadas por el cielo...

Hizo Isabel una tornada lenta por el escobio solitario, viendo a la tarde morir en la púrpura regia del crepúsculo. Iba cogiendo margaritas y corazoncillos, juncias y borrajas, entre la zarzamora y el laurel, hasta juntar una haldada de flores, humildes y fragantes, que la embriagaron con su compañía. Pudo, al fin, mirarse en el agua presada y transparente, cuyo fresco rumor se tendía con languidez sobre las llecas vírgenes, ablandando la rudeza del camino; le pareció que subía la primera ráfaga de la noche con un escalofrío de pasión por la recia espalda de las cumbres, y creyó sorprender en el paisaje, de una manera cadenciosa y oculta, el matiz de su propio sentimiento.

P A S T O R E L A S

Inquieta y anhelante, ruborosa como la luz vespéral, llegó a la orilla del bosque, donde la esperaba Jesús.

Era éste un mozo de buen pergeño, alto, fuerte y membrudo; llevaba la blusa corta, desabrochada con desdén; el talle enfajado de seda, y en la mano una somiza que se divertía en trenzar; mostrábase encendido y ferviente, igual que la muchacha, como alcanzado también por el fuego ponentino de las nubes.

Al reunirse cambiaron algunas frases envueltas en la mutua confusión, y luego vacilaron un poco antes de esconderse en las honduras del ansar.

Allí, a la entrada de la salvaje lendera, hay un molino medio ruinoso, con su historia de escándalo y de amor. Tiene las puertas francas para refugio de aventuras malignas, las paredes abiertas a las aves codiciosas de abrigado nidal.

Isabel y Jesús pasaron, sin mirarle, junto al peligroso rincón, y anduvieron de prisa por el borde de la presa, mudos en tanto que clamaba la corriente bravía del socaz. Cuando la voz del agua se fué amansando en la espesura, los novios se detuvieron a escuchar otras voces indecisas, latentes y silenciosas como la sangre que fluye en las entrañas y las horas que fluyen en el tiempo.

Un hervor de vida palpitaba con ritmo apasionado en la miera olorosa de los árboles, en el libet

profundo de los troncos, en las hierbezuelas y los brotes del mantillo silvestre.

Entonces el viento, sofocado con su carga de aromas, arrastró un confuso clamor, parecido a la brama de las bestias montaraces; el sol se fué a dormir en brazos de la noche, y el ansar quedó envuelto en caliente penumbra.

Los dos enamorados se contemplaban muy abortos: él con la mirada celosa y febril; ella con las pupilas soñolientas, como la tenue claridad del novilunio.

De pronto la moza soltó el halda que contenía las flores de la ribera, iniciando un movimiento de fuga, sin saber por qué. La detuvo el muchacho, preguntándole con ansiedad:

—¿No me quieres?

—¿Quererte?... Si, sí—respondió trémula.

El viento volvió a gemir; cargado de rumores insinuantes levantó la cortina de la selva; por la cándida hendedura asomó el cielo un ojo azul, y vieron los amantes dos luceros que se deslizaban juntos por la noche, con el ascua muy encendida, fuerte y misterioso el temblor...



EL BÁRBARO ATILA



EL BÁRBARO ATILA



Una rara mezcla entre hacendado y pastor. Su padre, un hombre muy esquivo, a quien llaman en el pueblo, respetuosamente, don José, le echó al monte, desde la infancia, como vigilante de las aparcerías y los plantíos, de las graveras y los helgueros propios, y tanto se endureció allí en aficiones y músculos, porte y costumbres, que dieron en apodarle el *bárbaro Atila*.

Este mozo guijarreño se empeñó en que había de quererle una señorita del lugar, de las más pulcras y elegantes.

Empezó ella por reirse mucho del antojo, y lue-

go, pasando los meses, fué tornándose un poco medrosa de la tenacidad salvaje de aquel amor.

Vecinos desde la niñez y crecidos a la par en el mismo valle, Mercedes y *Atila* se habían visto muy poco en los últimos años, recogida ella en una vida de monótono sosiego y él abismado en la espesura de la selva, como empedernido cazador, arisco y bravo personaje.

Se pasaba el muchacho el día por las trochas, en las lindes de su heredad, o persiguiendo lobos y jabalíes en las hondas cañadas de la sierra y al anochecer bajaba al poblado con otros tiradores, seguido de la muta alborotada, entre el ladrido de los perros y el halalí de las bocinas montaraces.

Allí llegó una noche como un alud a la ventana de Mercedes para llamar en los cristales con el cañón de la escopeta y remecer las persianas a empujones.

Detrás de las maderas escuchó la señorita los rugidos amorosos del *bárbaro*, con un sentimiento inexplicable, alicortado el corazón, confusas las ambiciones por una niebla de inquietudes, hasta que el galán, imperioso, ejecutivo, dió un golpe más fuerte y gritó:

—¡Abre!

Mercedes abrió, trémula y deseosa, y oyó rodar como un trueno la voz de *Atila* con unas frases opacas y ardientes, quedando allí atada, de un

P A S T O R E L A S

modo incomprensible, al hechizo obscuro de aquella pasión.

Cada noche volvía el mozo a decir sus rudas querellas en el mismo lugar, esperado siempre con nuevos afanes, atendido con mayores rendimientos. Cuando al despedirse apretaba entre las suyas, enormes, las manos breves de la niña, estaba ella a punto de lanzar un grito de dolor y las lágrimas querían asomársele a los ojos; pero él, fiero y apasionado, le decía:

—¡No grites; no llores!

Y el físico tormento se aplacaba en una sonrisa deliciosa.

Poco tardaron los señores de la casa en enterarse de que las burlas con que su hija desdeñaba las primeras solicitudes del amor se habían trocado en un sentimiento poderoso que, ya fuese inclinación verdadera, ya delirio, tenía a la moza encadenada bajo la indómita voluntad de *Atila*. Alarmados por las consecuencias que podían esperarse de tan extraño yugo, tomaron unas severas medidas respecto a las citas amorosas, y Mercedes quedó vigilada en el fondo del hogar.

Cuando *Atila* gritó “¡abre!”, muchas veces y golpeó sin resultado la ventana de su novia, cargó la escopeta y apuntó a las celosías con la misma terrible decisión que si hiciera frente a un oso en la soledad de la fraga.

C O N C H A E S P I N A

Sonaron dos tiros; la madera gimió hecha pedazos, y una doble puerta de hierro, cruzada por vigoroso alamud, a estilo del país, defendió de las balas el gabinete de la joven.

Crejó la cuitada que aquel estampido había roto, desesperadamente, la vida del amado, y tales angustias la poseyeron que a fuerza de padecer, llegó a verse en trance de morir...

Cansado de vagar por los invernales de las cumbres y por los canales de la serranía, vuelve el *bárbaro* a rondar, lo mismo que una fiera, la ventana malherida de su novia y a otear los alrededores de la casa, agitado y ansioso, como un perro ventor.

La niña sigue padeciendo. En vano cuantos la rodean la quieren animar prometiéndole risueñas jornadas para el porvenir; ella, obsesa en sus temores, necesita estar segura de que el amante vive para confiar en la suerte. Y tan apremiante es su inquietud, tanto lastima el corazón de los padres, que una mañana *Atila* entra con todos los honores hasta el aposento de Mercedes.

Cruje el tillo bajo los recios zapatonos del cazador; la enferma levanta los párpados y mira al coloso con suprema delicia, tratando de sonreír; está muy débil, parece tan menuda y frágil, que *Atila* pudiera alzarla como un papel en una sola de sus manos.

P A S T O R E L A S

La hace temblar con su mirada candente, le agita la ropa y los cabellos con su respiración huracanada, para decirle, loco de imperio y de ansiedad:

—¡Quiero que te levantes, que te rías y te pongas buena...!

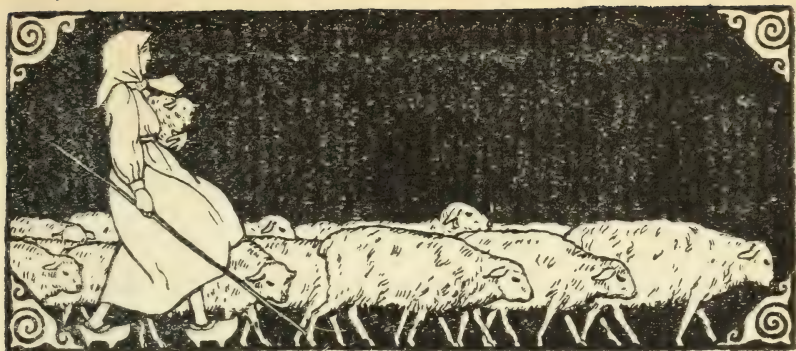
La muchacha se incorpora un momento, esforzándose en obedecer, como otras veces, a la fascinadora sugestión; pero se le apaga al punto la sonrisa, corre su llanto, cierra los ojos y murmura:

—¡No puedo... no puedo!—con tan lamentable expresión de agonía, que el mozo se hinoja a la vera del lecho, suavemente, como si temiera lastimar a la infeliz, y vencido, anonadado, solloza igual que un niño.

Cuando intentan apartarle de allí, cruza los brazos poderosos en humilde actitud, aterra la mirada, convierte en suspiros el huracán de su voz y tiembla como una hoja el *bárbaro Atila*...



MAL DE BELLEZA



MAL DE BELLEZA



QUÍ donde es bravía la existencia y son ásperos los corazones, violentos los paisajes, torvas las nubes, hay una mujer inculta y humilde empeñada en ser artista.

Flora tiene el oficio penoso de lavandera y la desatinada ambición de vestirse con finura, de adornarse con pulcritud y lucir primores delicados en las palabras, en los gestos, en las obras.

Por almidonar sus blusas y rizar su cabeza y mercarse batistas y entredoses, deja de comer y de dormir: los jornales y el tiempo le sirven muchas veces para esas cosas vanas, de quien nadie se cura

C O N C H A E S P I N A

en una aldea pobre y remota, perdida entre el cielo y el monte, olvidada en el mundo.

A Flora no la enseñaron los artificios que la seducen; no los conoce: ha soñado con ellos, los siente, los ama y los persigue como el único bien.

No importa que la gente la tache de vanidosa y necia, que el hambre la mortifique y el sueño la rinda; ella se desvela, feliz, bordando festones y cosiendo cintajos.

Estos gustos que la distinguen entre las muchachas de su clase, la perturban y la dejan sola, sin amigas, sin novio, sin estimaciones. Vive aislada con sus inquietudes. Se hace a diario un aliño exótico lleno de volantes y pliegues, para estarse desde el alba a la estrella con el frágil cuerpo inclinado sobre una losa muy blanca que se hunde en el río.

Allí, lava que lava, desde que la niña tuvo fuerzas para sobar y torcer una pieza de ropa, se ha pasado la vida esta criatura imaginando cosas sublimes a medida que sus manos iban embelleciendo cosas miserables.

Allí se hizo artista; su espíritu hondo y romántico gustó allí el culto de la belleza, y el frágil corazón se dejó fascinar por espumas y rumores, se dejó convencer por la querelosa charla de la corriente que le iba ensalzando los amores quiméricos de unas cosas deleznables y sutiles.

P A S T O R E L A S

Desde entonces adora las puntillas blancas, los festones ondulantes, los cabellos encrespados, los lazos vaporosos.

Desde entonces lleva siempre una banda en la cintura, un rizo en la sién, en el pecho una flor... De tanto amar la efímera pureza de espumas y de aguas, que huyen como ensueños, quiso poseer la fugaz hermosura del río, y trató de imitarla en alguna forma positiva y tangible, en alguna cosa materialmente suya: así dió la infeliz en bordar ondas, y plegar cintas, y ahuecarse el flequillo...

No canta nunca Flora a grito pelado, las letrillas vulgares, como otras lavanderas zafias, que desde la orilla de enfrente la censuran. Ella sabe hacer coro a las gorjas del remanso y a los suspiros del viento, mientras aclara la ropa con primor, y la tiende con simetría sobre el tierno musgo de la pradera o sobre la florida zarzamora de la linde.

Sabe también, por un refinamiento de estética inconsciente, ser generosa en el desprecio de las burlas y consolarse del abandono y de la soledad, hundiendo con obsesa delicia sus ágiles dedos en los encajes fantásticos que las aguas remedan y su ávido espíritu en los sones del misterioso cauce...

Cuando la niña visionaria se convirtió en mujer, por buena y trabajadora la pretendieron varios mozos. Pero los fué tachando de ignorantes y ru-

C O N C H A E S P I N A

dos, porque ya estaba poseída del mal de la belleza. Detrás de aquellos hombres honrados, otros de más pulida condición y menos claras intenciones dijeron sus ansiedades a la muchacha; ella los rechazó también, imbuída por las ideas puras, llena de altos escrúpulos.

Ya sola, definitivamente sola, inclinóse más sobre el río espumoso, no se sabe si para verter las acerbos lágrimas, para besar los fugitivos surcos o para aprender las profundas canciones. Y dió en languideer la triste lavandera: su lozanía, iniciada y floreciente, se consume en ocaso prematuro; los vecinos murmuran que está embrujada; el médico dice que está neurasténica.

Junto a la orilla donde Flora trabaja, sobre pompas de jabón, cruzan, a veces, despechados mozos que canturrean alusivos:

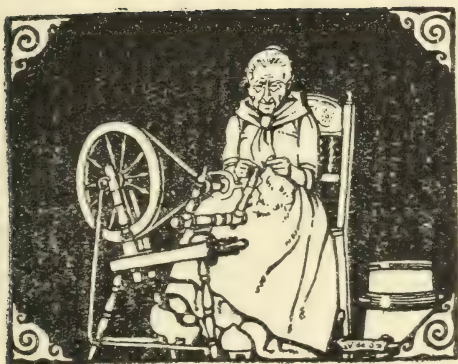
*Paso el río, paso el puente,
siempre te encuentro lavando;
la hermosura de tu frente
el agua la va llevando.*

Y es verdad; el agua, que la ha seducido con inquietantes murmullos y cascadas rizosas, le está llevando las ilusiones y la juventud.

Flora padece mal de amor: mal de belleza. Es una pobre artista fracasada, y no ha podido tejer

PASTORELAS

con los hilos tenues de su fantasía más que una realidad: la albura de la ropa que unas dóciles manos embellece, mientras el viento suspira y el agua huye...



EN PROPIA MANO



EN PROPIA MANO



RDÍA el sol tumbado en los trigales de la llanura sedienta y la mies se estaba quemando, ya granada y tentadora.

Los labradores, llenos de pesadumbre, suplicaban al cielo la gracia de la lluvia; era menester que lloviese durante unas buenas horas de piedad, y los corazones se alzaron en un ferviente ruego:

—Señor, aleja el sol adusto de nuestros campos; aleja también la nube devastadora; danos agua, Señor, agua mansa y clemente...

Pero el cielo, sordo y fulgurante, lucía siempre su indigno color y las cosechas desfallecían abrasadas en desmayo doloroso.

Hízose pública la rogativa. La Virgen del Camino, Patrona del valle legionense, paseó sus galas mejores por las áridas rutas, y adunadas todas las voces en un mismo afán, volvieron a pedir el beneficio...

Pero la Virgen retornó al santuario, bella y dulce desde sus andas, bajo el incendio solar, sin que los nacidos recordasen una semejante indiferencia en la efigie milagrosa...

Una de aquellas tardes ardientes, la campana de las Clarisas dobló en posa grave y triste, lanzando sobre la vega mustia su acento dolorido.

Agonizaba en el convento una monja; padecía de mal de corazón, reclinada en la humilde tarima, en tanto que su celda, menuda, la bañaba el sol con áspera luz.

Contaba la paciente una breve existencia de místicos anhelos que había edificado a las demás cofrades y todas la rodeaban con ternura y admiración. Querían despedirla y hacerle especiales encargos. A las ansias del espíritu mezclaban, con simplicidad candorosa, las de sus materiales vicisitudes y una ingenua letanía de peticiones llenaba con la lumbre de la tarde aquel pobre recinto, santificado por la virtud y el dolor.

Como la moribunda luchase trabajosamente con la asfixia, le preguntaron:

—¿Es muy mala la muerte, sor Aurora?

Con la voz como un hilo, ella repuso:

P A S T O R E L A S

—La muerte debe ser muy buena; ¡ésta que me hace sufrir, es la vida!...

Y viéndola ya trasponer el temido umbral, arreciaron las hermanas en sus recomendaciones:

—No deje de pedir para mí la mansedumbre...

—Y para mí la fe, mucha más fe...

—Para mí el espíritu de mortificación.

—Ruegue para servidora el don del sacrificio...

—Y para servidora el de la humildad...

Sonreía la agonizante, contestando con la cabeza, cuando la madre superiora se le acercó a decirle:

—La reparación de la torre es urgente; ya sabe que no tenemos dinero; recomiende este asunto.

Otra vez apurada suplicó:

—No olvide que nos hace falta un altar nuevo...

—Y una lámpara para el Santísimo...

De pronto recordó una de las Clarisas:

—Ruegue al Señor que llueva; la mies se está perdiendo; tendremos hambre hogaño.

Todas repitieron, crédulas y apremiantes:

—Sí, sí, en caridad; pídale a Dios el agua serena para los campos.

Sor Aurora no sonreía ni aceptaba las súplicas de sus compañeras con benévolos signos de asentimiento. Había inclinado el busto juvenil bajo las torvas alas de la muerte, y la abadesa pronunció angustiada:

—¡Ya no oye!

Otra monja, la más joven de las novicias, tomando de su faltriquera un lápiz y un papel, escribió, apoyada en el suelo: “Se suplica al Señor el bien de la lluvia.” Dobló la misiva y la puso en una mano de la viajera.

Aquella mano, helada y dócil, quiso cerrarse con la última contracción, y se dijeron las buenas religiosas:

—Cumplirá el encargo...

Ya la campana del convento no gimió en posa de agonía; clamó con fúnebres sonos, que rodaron sobre la sed de los trigales, bajo el azul cobalto de las nubes.

En torno a la torre gemidora volaban agoreros los aviones, agudas las penas de las alas en el aire caliente, girando con lentitud una y otra vez. Y sin que la campana hubiese cesado de plañir, fué el cielo aborregándose; una brisa, húmeda como un vaho de lágrimas, agitó las espigas maduras y levantó el disco de las amapolas caídas; poco después, el pálido celaje derramaba un suave llanto de bendición sobre las campiñas agostadas, y sabían los labradores, llenos de alborozo y gratitud, que sor Aurora había llevado, hasta la propia mano del Señor, un mensaje feliz, pidiendo la gracia de la lluvia...

LA ILUSIÓN DE LA LUZ



LA ILUSIÓN DE LA LUZ



A desventura de sus ojos ciegos le aniquila, y detiene a la juventud que llega hasta el mozo débilmente, sin pasiones violentas, sin esperanzas ambiciosas. El alma de un niño vive cautiva en el lánguido cuerpo del hombre: esta alma infantil echa profundas raíces en todo cuanto la vida pone delante de unas manos investigadoras, hundidas en las tinieblas. Y en los avances dolorosos, Mauro suele encontrar el lisonjero auxilio de su prima Rosa.

Entonces el ciego sonríe, afirma el paso y yergue

C O N C H A E S P I N A

el frágil busto. Entonces Mauro hombrea, chancero y locuaz, coqueteando ingenuamente con la ilusión de la luz.

—¡Qué día tan hermoso!—dice—. Mira cómo resplandece el sol.

—¡Sí, resplande mucho!—murmura Rosa, contemplando con inmensa pesadumbre los muertos ojos, rutilantes y vacíos como anillo sin piedra...

Rosa y Mauro salen a paseo. Ella enlaza el brazo redondo con el de su primo, y le lleva con blandura por los senderos fonjes de la mies.

No le previene de este riesgo ni del otro, sino que se los evita para halagarle con la piedad de los dulces engaños, y así, con una picardía llena de misericordia, le va diciendo:

—Subiremos los tres escalones de este portillo.

El ciego, como si viera delante la elevada pradería adonde se dirigen, responde:

—Sí, vamos a subir.

Sigue la niña encantándole con la encantadora ficción:

—Ya tenemos aquí las madre selvas; las alcanzaré yo que soy más alta que tú.

—Eso es, alcánzalas... ¡Qué preciosas!

La muchacha logra las flores y hace en seguida un ramillete, desordenado y magnífico, desbordante de perfumes.

P A S T O R E L A S

—Toma—pronuncia, colocándole en las manos, abiertas, del ciego.

Y él tiene la cara llena de gozo; está corriendo por la campiña, saltando portillos, cosechando flores; posee la luz, amanece su alma...

Entretanto, la verdadera poseedora de la claridad y la alegría, la mujer que refleja su radiante juventud en el triste mozo y le ayuda a construir el castillo de las ilusiones, tiene una nube de pena en el semblante hechicero y unas gotas de amargura en la cantarina voz.

Porque el sentimiento noble de la muchacha goza y sufre cada vez que Mauro se ilusiona fingiéndose a sí mismo que la luz es suya y que es suya la felicidad...

Andando, andando, siente Rosa la fatiga de su primo, y dice, levantando siempre la quimera del ciego:

—Vamos a descansar debajo de aquellos robles; mira qué sombra tan buena.

—Es verdad—asiente el cuitado—, y con su fiel lazarillo va a sentarse al robledo, entre gladiolos y juncos, a la orilla suave de una arroyada.

Pero la sombra no cae nunca en el camino del infeliz cuando Rosa le guía. Ella cuida muy bien de que fulgure el sol de la confianza ante los ojos apagados, y sabe decir mentiras puras que acercan y descubren la vida a los sentidos del enfermo.

C O N C H A E S P I N A

Así, junto a Rosa, ve Mauro la apacible hondura del bosque y la mansa corriente del arroyo; las alas temblorosas de los pájaros, abiertas sobre los nidos; el dorado corazón de las margaritas, abierto sobre las hojas blancas, encima de los campos; el monte lueño y obscuro, infiesto hacia las nubes con el alma norteña del paisaje...

—Volveremos a casa—dice la niña cuando el mozo reposa—. Y vuelve a conducirle despacito por las sendas más fáciles, charlando y mintiendo con alegre caridad. Le acompaña hasta su puerta, da un aldabonazo para advertir el regreso y se despide del primo hasta otro día.

—¡Adiós, Rosa!

—¡Adiós!

Desaparece ligera, y desde el fondo de la casa gritan al muchacho:

—Aguarda, ya voy a buscarte; no subas tú solo, que vas a tropezar.

La advertencia es solícita, la voz es cariñosa, una voz de mujer, quizá de madre... Pero el encanto de la luz se ha roto; Mauro vuelve a ser ciego; ya la vida no es suya, se ha rasgado una vez más el velo de su corazón.

Da un paso vacilante hacia la puerta, repitiendo ansioso, con los labios descoloridos:

—¡Adiós, Rosa!...

Es decir, ¡adiós, ilusión de la luz, sublime en-

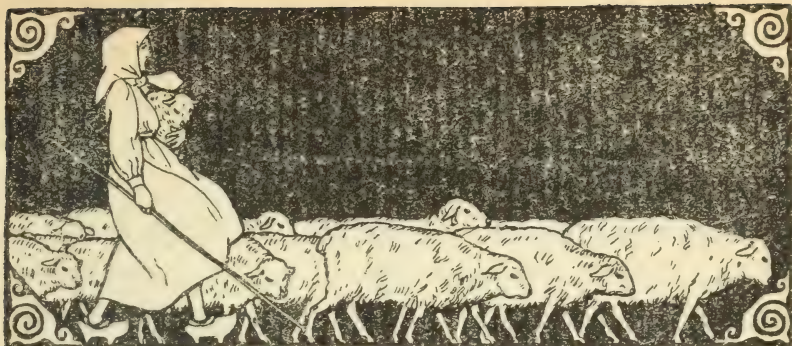
PASTORELAS

gaño; adiós quimera del sol, mentira santa de la felicidad!...

Y el pobre delirante, ebrio de angustia, caído en la noche, hunde en las tinieblas sus manos pálidas...



EL CORDERO PASCUAL



EL CORDERO PASCUAL



S Arcángel un gracioso muñeco de seis años, dueño y señor de un corazoncito muy noble, y a este nene, bueno y pacífico, le compró su madre en el pasado abril un tierno recental.

Por aquel tiempo habían premiado al niño en la escuela con una estampa “de puntilla,, en la cual brillaba un cordero rodeado de flores; y sor Inés, la dulce parvulista, había explicado a los escolares el símbolo de la mística figura.

Así, cuando Arcángel gozó en su poder un cordero vivo y hermoso, no pudo menos de asistirle

C O N C H A E S P I N A

con cierto cariño sagrado, algo semejante al respeto con que solía posar los labios puros sobre la estampita calada.

Aquel manso animal de lanas rizosas tuvo un nombre rútilo y sonoro, con sus puntas de emblema divino: se llamó *Sol*. Tuvo también cascabels y lazos para su compostura; pan fresco y hierbezuelas fragantes para su regalo y un rincón apacible para su reposo.

Entre caricias a la blanca melena, llamadas amorosas, paseos por el valle, retozos y mimos, se pasaban los días muy felices para el ángel y el bruto, hasta que transcurrida la Semana de Dios, floreció la Pascua, y una tarde, no hallando Arcángel a *Sol* como otras veces, aguardándole con graciosos escarceos, al preguntar por él le contestaron unas enigmáticas sonrisas y unas frases oscuras.

A la turbación del niño y a su zozobra dió pronto más trágica respuesta la piel del corderín, clavada en la pared del balcón, abriendo los brazos en cruz, como si pidiera socorro y caridad.

Huye el nene, aterrado, de la marmita cruel donde se adoba la carne de su amigo, y piensa con inquietud en lo necesitada que la gente vive de las lecciones de sor Inés acerca del amor que debemos a la inocencia y a la humildad, simbolizadas en dóciles corderos.

En vano le dicen que estos pobres rumiantes

P A S T O R E L A S

están destinados al sacrificio pascual, según religiosa tradición. El niño no comprende que el asesinato y la voracidad puedan ser una cosa pía. Y se va a gemir su desventura sobre el corazón de las flores, pasto dulcísimo del sacrificado *Sol* en otros días más alegres... No sabe todavía que las flores tienen sensibilidad y que en devorarlas no hacen bien los rumiadores golosos.

Tanto llora y se agita el muchacho, que su madre le compra otro cordero, temblón y lechal, mueso y dulce, muy suave de lanas y balidos, digno también de llevar el nombre de un astro y merecer el amor de un querubín.

Arcángel ya no sale a paseo, ni salta ni corre. Está malito; su enfermedad, lenta y sorda, dura muchos días, dura meses. Ya no saben con qué divertirle, porque todos sus caprichos realizados le hastían y le impacientan. Le han traído a la Corte con esperanza de curarle y le tienden en un sofá, junto al balcón; algunos ratos juega, otros discurre con los ojos abiertos sabe Dios a qué ausentes visiones.

Tiene un cordero rizo y joyante que bala y corre sobre unas ruedas sonoras. Pero no le ha sentido

palpitar el corazón; no tiembla ni gime como el que tuvo en el campo.

—¡Aquel era de carne; era de verdad!—añora enamorado, cuando le dicen que este juguete es un cordero.

—¿Quieres que te le traigan?—pregunta la madre, viendo al niño muy triste, sin ánimo y sin ilusiones.

—¡Ya le habrán matado!—contesta, pungido por un recuerdo inolvidable.

—No; que está vivo.

—Será grandón; grande no me gusta; no puedo con él.

—Es pequeño siempre.

—Y ¿dónde pacerá?—Al hacer esta pregunta, Arcángel tiende una mirada aflictiva al gabinete alfombrado, a la calle estrepitosa, a los tejados vecinos.

—Pacerá... “por ahí,”—dice la madre, prometiendo de un modo vago, sin arriesgarse mucho.

Pero el niño murmura con desconsuelo:

—¡Si aquí no hay más que casas y gentes y tranvías!...

—Le llevaremos donde se acaba la población y empieza el campo.

—No tenemos un pesebre chiquitín ni hierbas con flores para acostarle.

Como el niño pone tantos inconvenientes a que el cordero añal venga a la Corte, la señora alude:

P A S T O R E L A S

—¡Vamos; es que ya no le quieres!...

Quédase Arcángel abstraído un momento, y después junta las manos, fervoroso, para echar un discurso. Su inocencia tiene ya la pesadumbre de saber que las ilusiones se realizan pocas veces, que las alegrías son fugaces; pero su optimismo de siete años resuelve aquel conflicto entre un imposible y un deseo y el niño se deja engañar, contando con los ojos llenos de lágrimas y los labios sonrientes:

—Oye, madre: tengo un cordero muy mono; le quiero mucho, porque es chiquito y porque es de carne; bala y llora; debajo de las lanas le salta el corazón; abre los ojos y mira... ¡es un cordero de verdad!... Pero nunca le traigo a Madrid... le tengo siempre en la aldea... ¡siempre, siempre!... Ya no le vuelvo a ver: ¿quieres tú?

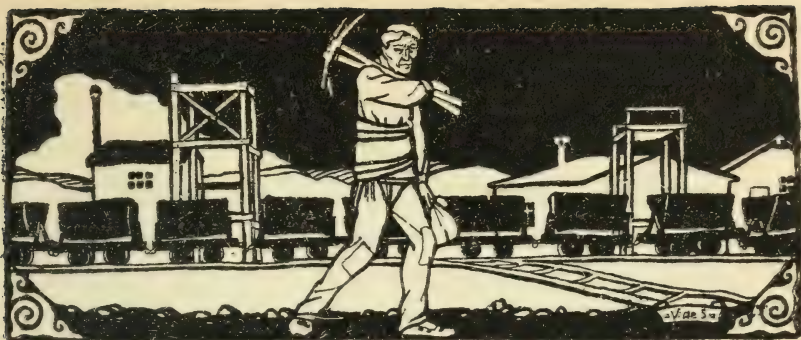
—¿Por qué, hijo mío?

En el acento del nene tiemblan el espanto y la amargura al responder, con un asomo de varonil rubor:

—¡Porque en todas partes se celebra la Pascua!...



A T A V I S M O



A T A V I S M O



RAN asombro y ejemplo del poblado la bondad y la prudencia de Miguel, último descendiente de una casta de bandoleros y matones.

Por ser el mozo noble y cabal, respetaba y socorría a su madre, que le alumbró en presidio, penando la complicidad de un delito de sangre. Y vivía la anciana orgullosa al amparo del buen hijo, pensando a veces que su crimen estaba ya olvidado, cubierto por las virtudes del joven, mediante las cuales sentíase purificada y redimida.

Entre todos sus camaradas, tenía el muchacho uno, adicto en extremo, a quien prefería con seña-

C O N C H A E S P I N A

lada estimación: un zagal endeble y afable, muy humilde y sosegado; por lo fino y menudo le llamaban todos Pepín, apurando el diminutivo de su nombre; parecía el eco de las palabras de Miguel, el retrato de sus obras, mientras éste se constituía en apoyo de Pepín, en su padrino y aliado, dentro de los lances propios de la aldeana juventud.

Un sábado, después de cobrar los jornales de la semana campesina, fueron los dos, con algunos vecinos, a beber unas copas en la venta de Cildad.

Bebieron y charlaron alegremente hasta el alba de la luna. Pepín reía como un loco de cuanto decía su protector y Miguel empezó a incomodarse de que el otro se riera.

—Eres un majadero—le dijo.

Con lo cual el risueño bebedor rompió en una carcajada más estrepitosa.

—¡He dicho que de mí no se ríe nadie!—rugió Miguel furioso.

Y Pepín, que casi era nadie, se pasaba de risa a más y mejor. Le miró entonces su compañero de un modo extraño, con tal centella de ira en los ojos endrinos, que el mozalbete se quedó de pronto serio y confuso.

Ya bien entrada la noche, salió Miguel de la venta al lado de un amigo, y algo después, caviloso y triste, salió Pepín emparejado con otro labrador.

P A S T O R E L A S

Iban callados los primeros, anda que anda bajo la blancura de la noche, y le dijo Miguel a su acompañante, al oír las voces de los que marchaban detrás:

—Ahí vienen esos. Vamos a hacerles “la espera”.

—Bueno—repuso el otro, indiferente, sin percibir la turbia inquietud de la proposición.

Y se echaron a un lado del camino en un acecho inconsciente, pálidos y mudos y sin saber por qué.

Cuando Pepín y su compañero estuvieron cerca, de un salto Miguel se les puso delante, y con voz amarga les gritó:

—¡Alto!

Sintieron los mozos con aquel grito una gran sorpresa y luego un pasmo terrible al descubrir la centella iracunda brillando todavía en los ojos oscuros del provocador.

Tenía éste la mano diestra colocada sobre su pecho, como si contuviese con los dedos crispados un dolor o un latido demasiado agudos; y de repente, aquella mano, siempre honrada y comedida, levantó sobre Pepín un acero rutilante, hundiéndole con saña, con salvaje ferocidad, una y otra vez, en el cuerpo frágil y gracioso del amigo de toda la vida, del apacible, del mimado.

No tuvo el infeliz más que un gemido. Cayó de bruces con sordo golpe y se agitó un momento en el polvo blanco de la carretera.

C O N C H A E S P I N A

A su lado rodó Miguel, enloquecido, jadeante; se hincó de rodillas y palpó con angustia indescriptible el cuerpo inmóvil, levantándole la cabeza y acercándose mucho, mucho, a mirarla. Quedaron las dos caras muy juntas; pero la del difunto estaba serena, y turbada con terrible gesto la del matador.

Pedía éste socorro y piedad; lloraba lamentándose como una mujer; besaba las manos de su víctima y estaba lleno de polvo y de sangre lo mismo que Pepín...

—¿Qué has hecho?... ¿Qué has hecho?—le decían con terror los dos mozos, inclinados sobre el trágico grupo.

Y el criminal, delirante, sólo respondía:

—¡No lo sé!

Está el espacio todo encendido de luminaires; tienen los vagos horizontes una honda palpitación; las brisas una ardiente pesadez; diríase que los astros zumban en el cielo como las abejas en un jardín.

Vuelve a oírse la voz de Miguel, cavernosa, entrecortada por los sollozos, murmurando:

—Idos a dar parte a la justicia; yo me quedo aquí a su vera.

P A S T O R E L A S

Levanta el cadáver en un abrazo ligero, como quien coge a un niño, y le reclina en la linde del camino real; se descíñe la faja para vendarle el pecho acuchillado; se quita la chaqueta para abrigo, como si el frío le pudiese dañar; con el pañuelo de cuadros le cubre la cara, en cuyos ojos abiertos empieza el infinito, y se queda allí absorto, aún nublados los dinteles de la memoria por los vapores de la embriaguez, hasta que toda la luz de la razón le alumbrá los pensamientos y aterra la frente abrumada por el espanto.

Deliberan los otros jóvenes en voz baja: no es prudente alejarse del matador que a merced de la noche puede huir y comprometerles.

Miguel se da cuenta en seguida de aquella actitud, y con sumisión, como quien no tiene derecho a ofenderse por una mala sospecha, se pone de pie.

—¡Habrà que dejarle solo!—pronuncia, acariciando al muerto con una mirada lamentable. Y volviéndose a los muchachos decide:

—Porque será mejor que me llevéis vosotros.

—¿Adónde?

—A la cárcel; ¡allí nací de raza de asesinos!

Y Miguel, el honrado, el virtuoso, echa a andar entre los testigos de su crimen. Va con la frente inclinada, alebrados los ojos, y con un ademán de angustiosa resignación cruza las manos llenas de sangre: parece que lleva esposas...

EL RABIÓN





EL RABIÓN



ARTÍN!

—¡Ñora!...

—¿Habrà crecida?

—Habràla, que desnevó en la sierra y bajan las calce-ras triscando de agua, reventonas y desmelenadas, como qué...

—¿Pasarán las vacas al bosque?

—Pasan tan "perenes",.

—Pero ten cuidado a la vuelta, hijo, que el río es muy traidor.

—A mí no me la da el río, madre.

El muchacho acabó de soltar las reses y las arreó, bizarro, por una cambera pedregosa que bajaba a la ribera.

Había madrugado el sol a encender su rutilante ascua en la nieve de los montes y deslumbraba la blancura del paisaje, lueño y fantástico, a la luz cegadora de la mañana. Ya la víspera quedó el valle limpio de nieve, que sólo guarecida en oquedades del quebrado terreno ponía algunas blancas pinceladas en los caminos.

El ganado, preso en la *corte* durante muchos días de recio temporal, andaba diligente hacia el vado conocido, instigado por la querencia del pasto tierno y fragante, mantillo lozano del ansar.

Martín iba gozoso, ufanándose al lado de sus vacas, tresnadas y lucias, las más aparentes de la aldea; una, moteada de blanco, con marchamo de raza extranjera, se retrasaba rezagándose de las otras. Llegando al pedriscal del río, unos pescadores comentaron ponderativos la arrogancia del animal, mientras el muchacho, palmoteándola cariñoso, repitió con orgullo:

—¡Arre, *Pinta!*

—¿Cuándo “geda”, tú?—preguntaron ellos.

—Pronto; en llenando esta luna, porque ya está cumplida...

Las vacas se metieron en el vado, crecido y bullioso, turbio por el deshielo, y los pescadores le dijeron a Martín lo mismo que su madre le había dicho:

—Cuidado al retorno, que va por la posta la nieve de allá arriba.

P A S T O R E L A S

El niño sonrió jactancioso:

—Ya lo sé, ya.

Y trepó a un ribazo desde cuya punta se tendía un tablón sobre el río, comunicando con el ansar a guisa de puente. En la mitad del tablón oscilante, se detuvo a dominar con una mirada avara de belleza la majestad del cuadro montaños; la corriente, hinchada y soberbia, rugía una trágica canción devastadora, y el bosque, verdegueante con los brotes gloriosos de la primavera, daba al paisaje una nota serena de confianza y de dulzura, tendiendo su césped suave hacia las espumas bravas y meciendo sobre el rabión los árboles floridos. Lejano, en la opuesta orilla del bosque, el río hacía brillar al sol otro de sus brazos que aprisionaba el vergel.

Quiso Martín ocultarse a sí mismo el desvanecimiento que le causaba aquella visión maravillosa y terrible de la riada, y burlón, sonriente, murmuró cerrando los ojos ante las aguas mareantes:

—¡Uf!... ¡cómo "rutien,,!...

Luego, de un salto, ganó la otra ribera, en uno de cuyos alisos estribaba el colgante pasadizo, conocido por "el puente del alisal,,. Entonces, un poco trémulo, volvió la cara hacia el río, le escupió, retador, con aire de mofa, y aún le increpó:

—"Rutie", "rutie,, , ¡fachendoso!... y se internó en el bosque, al encuentro de sus vacas.

Era Martín un lindo zagal, ágil y firme, hacendoso y resuelto; pastoreaba con frecuencia los ganados que su padre llevaba en aparcería, ejemplo y admiración de los ganaderos del contorno. Del monte y del llano, conocía Martín como nadie los blandos caminos, los ricos pastos y las límpidas fuentes para regalo de las vacas. Sabía el pastor que sobre la existencia próspera de aquellos animales constituía la familia su bienestar, y viviendo ya con el desasosiego de la pobreza encima del tierno corazón, guardaba para sus bestias una vigilante solicitud, un interés en cuyo fondo apuntaban acaso el orgullo del ganadero en ciernes y la codicia del campesino. Pero inseguros estos sentimientos en los once años del niño, aparecíanse en aquella almita sana cubiertos de simpática afición hacia los animales, muy propia de una buena índole y de una generosa voluntad.

Aplicadas habían pastado las muy golosas, y en cada cabeceo codicioso mecieron las esquilas en la serenidad del bosque una nota musical, mientras Martín sonreía, halagado por aquel manso tintineo que era la marcha real de su realeza pastoril; sentado en un tronco muerto, iba enteteniendo la tarde en la menuda fabricación de unos pitos, que obtenía ahucando paciente los tallos nuevos del sauce, cortados sin nudos. Para conseguir el desprendimiento de la corteza jugosa, era necesario,—según

P A S T O R E L A S

código de infantiles juegos montañeses,—acompañar al metódico golpeteo encima del pito, con la cantinela: *Suda, suda, cáscara ruda; tira coces una mula; si más sudara, más chiflara...*

Martín había repetido infinitas veces este conjuro milagrero, y tenía ya en la alforjita que fué portadora de su frugal pitanza, una buena colección de silbatos canoros. Miró al sol y calculó que serían las cinco. Las vacas estaban llenas, y refociladas rumiaban tendidas en gustoso abandono, babeando soñolientas sobre las margaritas, gentiles heraldos de la primavera en los campos de la Montaña.

Al mediar el día, había saltado el Sur, ya iniciado desde el amanecer en hálitos tibios, que sólo el ábrego puede levantar en los días primerizos de marzo; iba creciendo el temeroso vocear del río y llegaba al fondo del ansar, apagado en un runruneo solemne. Martín pensó volverse a la aldea; al paso perezoso del ganado tardaría una hora lo menos, el tiempo justo para no llegar de noche.

Se levantó, y su vocecilla aguda rompió el sosiego de la tarde arrullada por el río.

—¡Vamos... *Princesa, Galana*, arre...; arriba, *Pinta...*; *Lora*, vamos!...

Hubo un rápido jadear de carne, con sendas sacudidas de collaradas y sonoro repique de campanillas; y los seis animales se pusieron en marcha delante del zagal.

Al cuarto de hora de camino, empezó Martín a inquietarse; el río bramaba como una fiera, mucho más que por la mañana. Y cuando el muchacho se fué libertando de la espesura intrincada del ansar, vió con terror que no quedaba en las altas cimas de la cordillera ni un solo cendal blanco de la reciente nevisca; la hoguera del sol y los revuelos del ábrego realizaron el prodigio.

—Irá el río echando pestes—decíase Martín;—habrá llegado punto menos que al puentecillo, y tal vez el ganado tema vadear...

Impaciente, arreó vivo y apretó el paso; y a poco alcanzó a ver el desbordamiento de las aguas en los linderos del bosque. Dió una corrida para asegurarse de si estaba firme su puente salvador... ¡estaba! Respiró tranquilo... Ahora todo consistía en que las reses vadearan tan campantes como de costumbre. Las incitó: estaban un poco indecisas; volvían hacia el muchacho sus cabezas nobles, en cuyos ojazos mortecinos parecía brillar una chispa de incertidumbre... Hubo unos mugidos interrogantes.

Ansioso el niño las excitó más y más y de pronto una entró resuelta río adelante; las otras la siguieron, mansas y seguras, menos la *Pinta*, que rezagada siempre no había dado un paso.

Martín la arreó, acariciándola:

—¡Anda, tonta, tontona!...

La vaca no se movía.

P A S T O R E L A S

Imperioso el zagal, la empujó; pero ella mugía, obstinada y resistente, hasta que sacudiendo su cor-pazo macizo, con brusco soniqueo de campanillas, dió media vuelta alrededor del muchacho y se lanzó a correr hacia el bosque.

Quedóse Martín consternado y atónito. Pero no tuvo ni un momento de vacilación: su deber era salvar a la *Pinta* de la riada formidable que, sin tardar mucho, inundaría por completo el ansar, mecido entre los dos brazos del coloso.

Las otras vacas, dóciles a la costumbre de aquella ruta, acababan de vadear el río con denuedo, y Martín, hostigándolas desde la orilla con gritos y ademanes, las vió andar lentamente camino de la aldea. Entonces corrió en busca de la compañera descarriada, la mejor de su rebaño, aquella en que la familia toda se miraba como en un espejo.

Sonaba el tintineo melódico de la esquila, con placidez de égloga, en la espesura del bosque señero; y guiado por aquel son, el niño halló a la bestia jadeante y asombrada delante del segundo torrente que el río derramaba en el ansar. Le amarró el pastor al collar una cuerda que descinó de la cintura y, riñéndola, muy incomodado, la obligó a tornar a la senda conveniente.

La *Pinta* no opuso resistencia: tal vez estaba arrepentida de su insubordinación, a juzgar por las

miradas de mansedumbre con que respondía a las amonestaciones severas de Martín.

—¿No ves, bruta—decíale afligido y razonable— que estamos, como quien dice, en una ínsula?.. ¿No ves que todo esto se va a volver un mar, mismamente, y que si te ahogas pierde mi padre lo menos cuarenta duros?... ¡Pues tendría que ver que no quisieras pasar!...

Esta charla afanosa y el blando soniquete del esquilón daban una nota argentina a la orquesta grave de la riada. Habíase encalmado el viento; dormía, sin duda, en algún enorme repliegue de las montañas azules, sobre las cuales temblaba puro el lucero vespertino, arrebolado de nubes rojas.

El bravo corazoncillo de Martín golpeaba inquieto cada vez que el niño pensaba en el puente liviano del alisal.

Había ensanchado el río atrozmente sus márgenes en el tiempo que el zagal perdiera con la fuga de la *Pinta*; ahora, el vado espumoso y barbollante no remansaba.

Angustiado el niño, viendo crecer la noche en aquel asedio terrible, amarró la vaca a un árbol y trepó a cerciorarse del estado del puente.

Pero el puente... ¡había desaparecido!

Martín, anonadado, estuvo unos minutos abriendo la boca, en el colmo del estupor, delante de

P A S T O R E L A S

aquella catástrofe irremediable y espantosa. Un velo de lágrimas cayó sobre sus ojos cándidos. ¿Qué hacer?... Sintió una necesidad espantosa de pedir socorro a voces, de llorar a gritos; pero la soledad medrosa del paraje y el estruendo de las aguas le dominaron en un pánico mudo, aniquilador. Alzó maquinalmente la mirada al cielo, y la súbita esperanza de un milagro acarició su alma con un roce suave, como un beso; ¡si viniera un ángel a colocar otra vez el puente en su sitio!... Y ensayó unas vagas oraciones, repartidas, confusamente, entre la Virgen del Carmen y San Antonio.

Pero ¡el ángel no venía; el río seguía creciendo, y la noche cayó, impávida y serena, encima de aquella desventura!

Asiéndose entonces a la única posibilidad de salvación, Martín se llegó hasta la *Pinta*, la desamarró y, acariciándola mucho, mucho, con las manitas temblorosas, la echó un delirante discurso, rogándola que vadease el río y que le salvara. Despacio, con grandes precauciones, según le hablaba, se subió a sus lomos, asiendo siempre la soga con que la había apresado.

Empezó a creer en la realización del prodigio, porque la bestia, sumisa y complaciente, entró sin vacilar en el agua, llevándole encima. Y llegó a su apogeo el tremendo lance, lleno de temeridad y de horror.

Hundíase el animal en el río espumoso y rugiente, y resbalaba y mugía, en el paroxismo del espanto, mientras que el niño, abrazándose a la recia carnaza vacilante, rezaba sollozando, gimiendo unas trémulas palabras, que tan pronto iban dirigidas a Dios como a la *Pinta*.

La tonante voz del río empapaba aquella humilde vocecilla de cristal, cuando el alma candorosa del pastor sintió otra vez el beso del milagro. Dominando el estrépito de la riada, unas voces le llamaban con insistencia; había gente, sin duda, en la otra orilla; le buscaban sus padres, sus vecinos...

Martín se creyó salvado. Alzó la frente en las tinieblas con un movimiento de alegría loca, y, al soltarse del abrazo que daba a la *Pinta*, un golpe de agua le echó a rodar en las espumas del rabión.

Todavía le quedó al zagal una tenue esperanza de vivir: conservaba en su mano la cuerda que la vaca tenía atada al collar. El venaje, de una bárbara fuerza, tiraba del niño hacia abajo: hacia la muerte. La vaca, con la elocuencia brutal de esfuerzos y berridos, tiraba de él hacia la orilla... Pero ¡podía más el rabión, que ya iba arrastrando al animal detrás del niño!

Entonces él, bravo y generoso en aquel instante supremo, soltó la cuerda y dijo con una voz ronca y extraña:

P A S T O R E L A S

—¡Arre, *Pinta*!

Aún gritó: ¡Madre! Abrió los brazos, abrió los ojos, abrió la boca; creyó que todo el río se le entraba por ella, turbio y amargo; sintió cómo el vocerío de la corriente, que todo el día le estuvo persiguiendo, le metía ahora por los oídos una estridente carcajada, fría y burlona, como una amenaza que se cumple; y vió, por fin, cómo temblaba en el cielo, entre nubes rojas, el lucero apacible de la tarde... El rabión se le tragó en seguida, inerme y vencido, pobre flor de sacrificio y humildad...

La *Pinta*, dueña de la codiciada margen, miraba con ojos atónitos y mansos a un grupo de gente que la rodeaba y a una triste mujer que habiendo recibido en mitad del corazón la postrera palabra de Martín, en trágica respuesta contestaba a grito herido:

—¡Allá voy, allá voy!...

Y corría la infeliz, ribera abajo, a la par del río, hundiéndose en los hierbazales inundados, perdida en las negruras de la noche y en la sima de su dolor...



EL FORASTERO





EL FORASTERO



LEGÓ al valle empujando a los hijos y a la mujer, cansados del anhelo de muchas veredas fatigosas. La voz del hombre tuvo sobre la triste caravana un ascendente fuerte y dulce, piadoso como una oración.

En el fondo de la aldea, una casa blanca y pobre, con su portal abierto, les recibió propicia. La mujer halló un suspiro de esperanza al reposar en el escañil ahumado, a la vera del llar encendido; los nenes tendieron hacia las llamas ondulantes sus manos ateridas, y el marido acarició a las amadas criaturas con una sonrisa de triunfo; suya era la confianza asomada con timidez

C O N C H A E S P I N A

a los ojos de aquella madre; suya la alegría silenciosa de aquellos inocentes: estaba orgulloso.

Él atisbó de lejos aquel valle feraz y le ambicionó para descanso de largas peregrinaciones. Había llegado la hora de realizar su ilusión: allí estaba, por fin, la casita hospitalaria, albergue de la errante familia; allí la tierra donde el trabajo heroico produciría una abundante mies.

La voluntad poderosa de aquel hombre humilde obró el milagro. Compadecido de sus imploraciones, un terrateniente rico le cedió la casa y los terrenos, mediante una renta módica que el nuevo labrador quería pagar [¡]fielmente. Había roto, pues, con la existencia ambulatoria, con los azarosos afa-nes: iba a ser el honrado vecino de un pueblo trabajador; iba a hacerse un puesto en la vida.

Fué con ansiedad de hambriento como aquel hombre cultivó sus tierras; fué con avaricia de quietud y de paz como aquel hombre vivió en el valle.

No tuvo una hora de necio palique en la taberna, ni alzó en sus manos encallecidas una mala copa de licor.

Tejía en silencio sus labores, sin poner en ellas

P A S T O R E L A S

jamás un insano deseo contra el vecino, ni una censura para la honra ajena. De la oscuridad de su vida de bohemio quedábale un acento exótico en la palabra, la negrura endrina de los ojos y de los rizos sobre el mate color de una piel de bronce.

Dieron en llamarle el gitano.

Todas las virtudes con que él creyó merecer la amistad de los campesinos le sirvieron de blanco para el odio popular. ¡Algún misterio existía en el pasado de un hombre que no era maldiciente ni bebedor!... ¡Algo terrible ocultaba el corazón de aquel extraño, del cual no se conocía la patria ni la procedencia!...

Las gentes huyeron de la pobre familia amparada al cobijo del valle feraz; el abandono y el desprecio sitiaron la casita blanca.

En vano seguía el esposo musitando consuelos con piedades de oración; ya la mujer no levantaba la frente animosa, y sus ojos, donde reposó la paz, se inquietaban, nublados por un velo de pesadumbre. Viendo los niños a su madre tan triste, no se atrevían a jugar ni a reír, y se pasaban las horas mirando cómo las golondrinas, únicos seres benignos cerca de los forasteros, hacían su nidal en el tejeroz.

Al cabo enfermó la esposa: un supremo desaliento se apoderó de ella al ver cómo se malograba su postrera ilusión de ventura.

C O N C H A E S P I N A

Ya la mansa animosidad del vecindario se les había hecho hostil, y un día, faltando un culpable para sufrir el castigo por una tala fraudulenta, el pueblo señaló al hombre extraño de los ojos endrinos y la tez de bronce: dijeron que tenía cara de ladrón.

Hubo testigos en contra suya; muchos que le habían visto regresar del campo, ya crecida la noche, con los aperos de labranza al hombro, cuando, para suplir los brazos inertes de la esposa, el hombre lloraba y sudaba sobre la tierra hasta que la Luna subía muy alta por el cielo.

Pero al decirlo él así delante de un Tribunal, el auditorio le escuchó con mofa, los jueces sonrieron incrédulos y, con alardes caritativos, le condenaron a una fuerte indemnización.

Ya iba el otoño de vencida y estaba madura la cosecha del pobre forastero: el pan codiciado para unos días apacibles... La "Justicia," embargó la mies, regada con llantos y sudores a la luz del ardiente Sol, a la cándida lumbre de la Luna. Y de nuevo, el hombre extraño de la tez bronceada, empujó a su mujer y a sus hijos por sendas fatigosas, perdida para siempre la ilusión de la felicidad...



LA SANA ALEGRÍA



LA SANA ALEGRÍA



IEGA el sol y cae a plomo en la estrada donde Ignacio parte un carro de leña: troncos de arce, muy duros, con manchas redondas como ojos desmesurados. Junto a la linde del camino desmenuza Clara unos terrones en el huerto familiar.

Los dos mozos tienen la cara roja, el pecho anhelante, el cuerpo rendido; los dos sudan, se miran y ríen.

No son novios, ni se quieren, ni se gustan; pero son jóvenes y se alegran cada vez que se miran.

Está pleno el estío, madura la mies, honda la

tarde, caliente el sol y por eso la risa juvenil cunde, como arroyada primaveral, entre frases pueriles, sin ningún interés.

Lleva Ignacio desabrochada la camisa en el cuello; la faja colorada que le ciñe el talle cuelga con desmayo por una punta.

Clara enseña el escote y los brazos; luce sobre el rodete un pañuelo tendido, y a menudo agita los picos de él para abanicarse.

Dice Ignacio:

—¡Mucho rustre hoy el sol!

Y ruedan en el aire ardiente dos carcajadas.

Clara murmura:

—¡Tengo una pereza con esta calor!

Y se acuerdan otras dos risas en el cálido silencio de la tarde.

Gime el astil en las encallecidas manos de la mujer; tierra y azada, al unirse en el lento compás de cada golpe, ofrecen la penosa sensación de una cava de sepultura. Es como si la muchacha, al repetir su esfuerzo, ahondase continuamente una fosa para su juventud.

El hacha de Ignacio levanta un eco torvo y vibrante, igual que un grito, sobre la leña muerta; en los empujes de la corta el aliento del leñador ruge doloroso y se ensancha en el campo con infinita pesadumbre.

Pero Ignacio y Clara, embaídos por el gozo de

P A S T O R E L A S

la edad feliz, no hacen caso de aquella música triste, emanada de sí mismos; notas del cantar de la pobreza, que no se acaba nunca.

En lo alto de la torre parroquial rompen las campanas en fúnebre clamor: se ha muerto Carmen la del Rostrío.

—¿De qué adolecía?—pregunta el mozo, apoyado en el hacha, terciada la boína.

—Tenía una punta de fiebre, y dióle el boticario un jarabe *a muerte o a vida*.

—¡De muerte le sirvió!

—¡Eso digo!...

Los dos trabajadores, mirándose, vuelven a reír, sin malicia y sin crueldad, al son de la trágica posa.

Ya el lucero vespertino se baña en el remanso de la fuente; hacen los pájaros la última ronda por los horizontes; se queda la luz a dormir en los ansares; parece que la tierra se inclina hacia la noche para anclar en la sombra, como en la mar un bajel.

Se oye la zumba de una recua y el silbo agudo de un zagal.

La campana religiosa desliza un acento de dolor en el toque dulce del anochecer, doblando a muerto a lo largo de su repique con la armoniosa insistencia de un motivo musical; hay en el valle un murmullo; en el espacio, un temblor.

C O N C H A E S P I N A

Ignacio y Clara se despiden bajo la fragante penumbra.

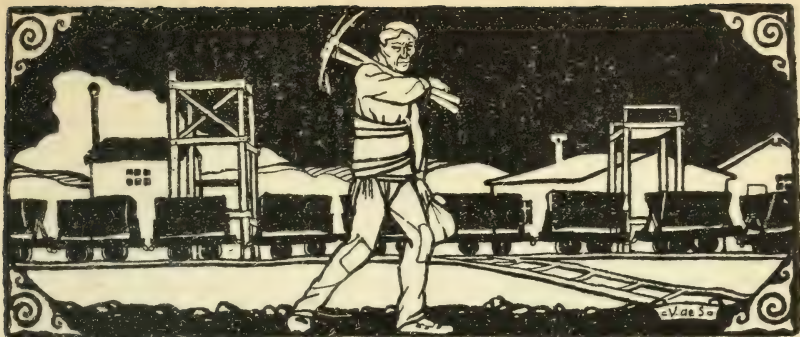
—Adiós, tú...

—Condiós, hombre...

Cruzaron el camino sonrientes, con la dura herramienta al hombro, molidos de trabajar, y se alejan cada uno por su lado, cantando a media voz.



EL CANTAR MILAGROSO



EL CANTAR MILAGROSO



O tengo un vecino que canta porque tiene madre.

De esta afirmación no se infiere que todas las criaturas con igual privilegio deban cantar; pero mi vecino canta sólo porque tiene madre.

Es un mozuelo de catorce años, pálido y caviloso, dolorido. Vive acostado en una cama o un ligero sofá que la madre acomoda en los sitios más alegres de la vivienda.

Este niño inmóvil, paciente, meditabundo, ve cómo los muchachos de la vecindad descubren nidos en la huerta próxima y juegan a la birla en el cortil o persiguen mariposas y flores cuando van a la escuela en bandadas felices.

Pasan muchas veces debajo del balcón donde el enfermo se asoma, y llevan una cometa grande y alígera con un rastro sutil de varios colores, compuesto de tiras de papel y un cable muy largo. La conducen en triunfo para tenderla al viento en el ejido y verla subir mucho más alta que la torre parroquial, hasta que se pierde de vista y se acaba el cordel. Entonces la hacen bajar del cielo llena de sol, temblorosa y caliente, herida por los aires marcosinos, impregnada del misterio lejano y azul; discuten la aventura; celebran el juego y preparan una nueva diversión.

Y el pobre Tántalo, que extiende sus ansias infantiles a tales seducciones, acostado en el sofá mira a sus compañeros ir y venir, saltar y correr, mientras él, quieto y solo, se resigna, sonríe y canta.

Es que su madre le envuelve en una atmósfera de regalo y ternura, con tan perseverante solicitud, que el tullido se siente recompensado y feliz, suaviza su rostro con una alegre expresión y recuerda un cantar.

Tiene otros hijos esta mujer; pero hace de manera que todos rodeen al desgraciado, para distraerle mucho, sin molestarle nunca; ellos están poseídos también del fervor de la madre por el niño paciente y ninguna sombra empaña los agasajos que se deslizan sobre el catre donde él apoya sus miembros marchitos.

P A S T O R E L A S

Cuando los almohadones que le sostienen son empujados con blandura hacia el balcón o hacia el jardín, siempre quedan al alcance del impedido los libros de cuentos, las estampas, los juguetes industriosos con los cuales se levantan bellos edificios poniendo unos sobre otros los tacos de madera; castillos en el aire que al hundirse hallan una mano previsoramente cerca de sus piezas relucientes y pulidas.

Es la mano que coloca en la ventana un cendal, un toldo en el jardín para que el sol acaricie el cuerpo doliente sin herir los ojos cobardes a la luz; es la mano que sale al encuentro de todas las molestias, de todos los caprichos, encima de la hamaca, sobre el cuerpo inválido; la que, revestida de paciencia y compasión, está dispuesta siempre a levantarse hacia los cielos para señalar a la criatura el camino de las divinas esperanzas, en los instantes más crueles del duro padecer.

Mecido en la cuna de este cariño sublime el muchacho no sufre; su vida quieta es un dulce engaño exento del amargor de muchas vidas azarosas; su figura inmóvil tiene la placidez de un ensueño, y cuando ruedan los castillos que su fantasía levanta en el campo del ideal, aquella mano providente recoge también los abatidos pensamientos, uno a uno, para que el niño arme otra ilusión.

Así, prisionero en su lecho forzoso, viendo co-

C O N C H A E S P I N A

rrer ante sus cadenas la vida libre y tentadora de la niñez, mi vecino se yergue olvidado de sus dolores y, sólo porque tiene madre, entona un milagroso cantar.



EL ECO SOMBRIO



EL ECO SOMBRÍO



A enfermedad del siglo, la terrible dolencia demoníaca, apesó a esta pobre campesina y la poseyó toda, acibarando su carácter, encruelecando su corazón.

Ya no pensó en los hijos más que para exigirles cuidados; ya no tuvo para ellos una sola condescendencia de madre, ni siquiera una sola caricia de mujer; áspera y ceñuda, descontentadiza, apagó de un soplo los humildes goces del hogar, muy ensombrecido por la muerte de su fundador.

Y los hijos mayores tuvieron que pensar seriamente en la vida: era menester ocuparse de cuatro chiquillos pequeños, débiles y tristes.

Entonces el mozo y la moza decidieron arrendar el inveral de Cintul, un soto rebelde y tardío para los frutos, con árboles veceros, tierra echadiza y un negro manto de cádavas entre la parcela de labrantío y el ancho sel. Rentaba poco, y el dueño se le cedió con gusto a los muchachos, que tenían fama de trabajadores. Ellos pensaban que la madre, enloquecida, estaría bien en aquella calma serena de la altura, y que los bravos aires de la cumbre serían beneficiosos para los nenes comalidos.

Recobraron alientos con estas esperanzas, y ya que sin la base de un jornal no podían vivir, el mozo buscó salario cerca del caserío, mientras Dolores emprendía las labranzas sola y valiente, con todo el empuje de su arrogante juventud.

A pulso, entre lágrimas y sudor, fué rehaciendo el hogar, siempre aturdida por el continuo lamento de la histérica, siempre agobiada por las obligaciones y el cansancio. Llegó a olvidarse de cantar y de reír, y sólo algunos días primaverales sintió el roce de una ilusión cuando al amanecer abría su ventana fronteriza a un arroyo henchido y a un monte azul. La ráfaga de aquel goce era temblor de un segundo, mientras la moza posaba los ojos en el encanto de la montaña y en el misterio de la corriente; porque en seguida llegaba la nube de las preocupaciones a entoldar el ánimo placentero; había que subir al monte azul por un coloño de

leña y bajar al arroyo murmurador con una carga de ropa; había que asear a los niños, gobernar la casa, tresnar el ganado, acudir al plantío y a la siembra, manejar la cimbara y el dalle. Sobre todo, era preciso conllevar el tormento de una voz intransigente y exaltada, cada día más despacible y más brusca.

Temerosa de aquella voz, realizaba Dolores milagros de habilidad para satisfacer a la enferma, en cuyo oído resonaba a menudo el halago piadoso de una pregunta:

—Madre, ¿qué quieres?

Y la madre, hosca, irascible, respondía con acerba sequedad:

—¡Nada!

Cuando llegó el otoño, los niños habían medrado y estaban más alegres; tenían unos vestidos nuevos y calzado para los días de fiesta; la loca arrastraba con menos inquietud su triste enfermedad, y en amplios tendales se oreaba en el carasol la cosecha del rubio maíz.

Pero ya Dolores no era la moza galana que estuvo sirviendo en la ciudad; el esfuerzo de su heroica labor la había enflaquecido y marchitado.

Al menguar sus carnes, frescas y macizas, le cre-

cieron tanto los ojos, que derramaban el consuelo y la piedad en toda la casa con sólo abrirse dulces y profundos, rútilos como dos estrellas en el semblante sollamado y consumido. Y desasida de otras ambiciones, en la soledad montana de Cintul, gozábbase la muchacha con meter dentro de sus ojos aquella santa gloria de su vida: la madre, los niños, la cosecha...

Estimulada por el triunfo de su trabajo, ansiaba Dolores convertir el cadaval en mies y aumentar para el futuro agosto las panojas y el heno, el ganado de la cuadra y del corral. No sentía la pobre que con el agobio se le iba la salud, y nadie tuvo cuenta de sus fatigas y sus pesadumbres, nadie vió a la muerte asomándose al rostro de la moza, todavía infantil, adurido por el llanto y por el sol.

Hasta que un día, el trastorno mental de la madre se desbordó con inesperada violencia y cuando al regreso del trabajo quiso Dolores posar la amorosa mirada en la única gloria de su vida, el maíz de los tendales había rodado por la canal del soto, como una lluvia de rubíes; la ropa nueva ardía sobre los tueros del fogón con llamaradas crueles y los niños maltratados y desnudos, corrían por el monte en desatinada fuga.

Cuando la loca se halló presa en los inmensos, en los desolados ojos de su hija, descubrió en aquella trágica hondura tal suerte de pesares que,

P A S T O R E L A S

como si tuviera sano el juicio, cayó de rodillas y se puso a llorar.

Ya la moza no bajó al regato murmurante, ni subió a la cumbre azul, ni derramó tampoco en el hogar la gracia exquisita de su amor. Tenía mucho sueño, un sueño invencible que plegaba sus párpados y maceraba sus ojerías; tenía un cansancio enorme que la inmovilizaba, silenciosa y moribunda.

Ferviente la expresión, apacible y humana después de mucho tiempo, inclinóse la madre hacia la hija y recordando una dulce pregunta levantada en su oído a cada hora, interrogó a su vez:

—Hija, ¿qué quieres?

La consoladora solicitud llegaba tarde para la heroína, y con ansias del supremo reposo, apagándose ya en el pecho herido la voz juvenil, murmuró también como el eco de una respuesta habitual:

—¡Nada!...



L A P E R E G R I N A





LA PEREGRINA



ASAN los automóviles que van a la fiesta. Ha venido un príncipe: ha salido el sol.

La tierra, un poco húmeda, exhala un aroma dulce y grato, y el bosque se mece con una cadencia mansa y deliciosa.

El estruendo de los trenes fastuosos que cruzan el camino presta a la paz de la tarde una inusitada nota de poder, hasta que el rumor de las máquinas viajeras se extingue y la noble vida del sosiego vuelve a levantar su canción de aguas y de hojas.

Esta canción arrulla los pasos de una mujer, que, sola y abstraída, buscó una ruta blanda en la ribera y la va andando tranquilamente, con un

rosarito menudo entre los dedos... ¿Reza?... Parece que reza, que medita y que ama. Acaso también perdona, porque lleva en el semblante una expresión de intensa mansedumbre y lo mira todo con una tristeza llena de piedad.

La mujer del rosario menudo va a pedir una maravilla a la Virgen que llaman *de la Peña*, porque yergue el Santuario en unos peñascales encadenados sobre el río, en la cumbre gloriosa de la comarca.

Dice el templo la historia de muchos prodigios, y tiene siempre franca la puerta y la lámpara encendida, de modo que si la Caridad llega allí en busca de un remedio, encuentra acogedor el dintel de la Esperanza y ardiente la luz de la Fe.

Así han ido colmándose de ex-votos las jambas del camarín: figuras de cera modeladas con ingenio candor; barcos y cunas de cristal; unos mitones de torzales verdes con sobrepuestos de tisú; unos zapatucos de raso adornados con hilo de oro; una trenza, ancha y oscura, de cabellos muy largos y muy finos, colgada en forma de collar.

Es la Virgen morena y chiquita, una Virgen española de cándido perfil. Las novias y las madres comarcanas la buscan en sus cuitas y le dicen sus desventuras con fascinado corazón. Cuando los valles se mueren de sed, en los rigores del estío, Ella sale a pasearlos con dulzura hasta que lloran

P A S T O R E L A S

las nubes y en los surcos se ablanda la mies; entonces la festejan con *picayos*, los cantares montañeses, antiguos y rudos, de origen misterioso como todo el arte pastoril...

Hoy está la imagen solitaria y tranquila: su traje de mileno con bordado de broca y su diadema de plata con berilos, ponen bajo la seda del baldequín, un detalle de suavidad en el rústico templo y en el altar de piedra.

De piedra son las bóvedas y los muros, el pavimento y las gradas. El recinto está cortado por una verja, erizada y dura, que garantiza los ricos traeres de la Virgen, ya que al paraje más sagrado y abrupto puede llegar una mala tentación.

Hay un cepo ferrado prendido a la verja con sólida cerradura. En la parte exterior del portal sobresale una roca horadada, donde el agua bendita espera que el peregrino agite en ondas leves la superficie, un poco turbia; hay también, al socaire de un mismo alero, unos cabalgadores de piedra y unos nidos de palomas...

La mujer que buscó una ruta blanda por los ansares llega a la ermita desgranando las cuentas del salterio. Llega, se hinca de hinojos y pide un mi-

lagro, sencillamente, a la luz de la Fe, encesa en el santo fogaril.

Le parece a la devota que la Virgen morena dilata su sonrisa delante de aquella oración pura, y muy consolada se despide de la Señora, hace ondular el agua bendita en el remanso de la peña y deja caer en el cepillo de hierro su limosna de cobre, que levanta un rumor sonoro y grave.

Cuando la mujer traspone el umbral del Santuario, vuelve la Virgen a quedarse sola, con el río que la canta y las palomas que la arrullan, y una paz hermosísima cunde en la ribera silente y en los altos peñascales, adonde sólo llegan el viento y el azor.

Desandando la muelle linde a la par del río, ve la viajera cómo los trenes lujosos retornan del festín, llenando el camino rural de alborotado estrépito; el triunfo de la vida mundana deja flotando una nube de polvo y un clamor de alegre poderío.

Pero no ambiciona la peregrina el goce seductor y brillante que ha pasado por la carretera. Ha perdido a la Virgen un milagro para su alma, y ahora, como antes, mira todas las cosas del mundo con una tristeza llena de piedad.

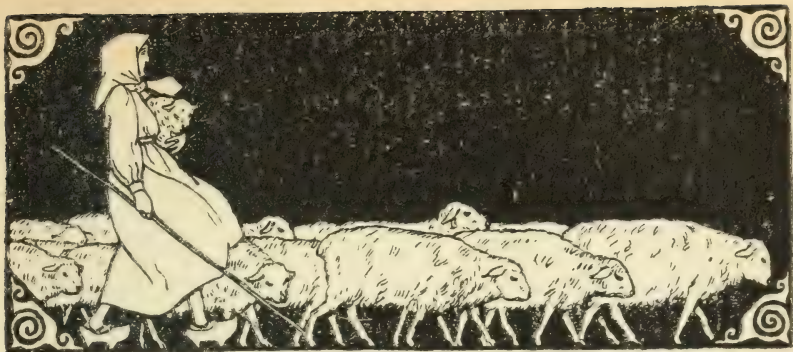
Y aunque es largo el camino y nace la noche, la mujer no se fatiga ni se asusta; la acompaña y

P A S T O R E L A S

sostiene la fe en el prodigio que ha solicitado, y va muy entretenida en amar mucho; acaso va perdonando también, porque lleva en el semblante una expresión de intensa mansedumbre...



EL HERMANO AMOR



EL HERMANO AMOR



AE la tarde, marcina y lluviosa, en la primavera naciente del "año ocho", cuando los soldados de Napoleón se alojan en la aldea con estrépito.

Nadie los esperaba; lo mismo que una nube asolaron el valle y por las mieses arriba entraron en el pueblo como señores de la tierra española. Dos compañías al mando de un capitán, era un número suficiente de intrusos para romper la sorda calma de la menuda población.

Yacía el vecindario, adormecido en su pobreza y soledad, con el ánimo pesarosa y los brazos inertes; los mozos forasteros, allí donde les llamó el

grito ansioso de la Patria; las mujeres, tristes y suspirantes; los viejos, huraños en su impotencia; el cielo, turbio; el paisaje, lleno de lágrimas...

La hueste enemiga hendió con su alboroto marcial aquella latente pesadumbre; el agrio son de las cornetas se clavó en el aire como un dardo; la recia marcha de la gente, al través de las rutas pedregosas, levantó en los hogares el callado tumulto de la indignación y el odio. Y se recibió a los invasores con una protesta muda, con un gesto desapacible y altivo, lleno de rencor y desdén.

Llegan los franceses calados de frío y de agua, agujados por el sueño y el hambre; quieren cenar y dormir, y luego de repartirse lo mejor que pueden en las míseras habitaciones de los vecinos, acampan en la Iglesia y en la Amiga, mientras el capitán y los oficiales toman por suyo el palacio, señero en la vertiente del alcor, donde la aldea esparce sus casucas acurrucadas al amor del monte.

El solar infanzón está vacío, silente como una tumba, atravesado de un punzante abandono que contagia su melancolía a los extranjeros.

Va el capitán abriendo los balcones y desplegando las cortinas con brusca mano, deseoso de ahuyentar la tristeza amasada en la sombra; pisa fuerte, y el tillo cruje con extraño lamento bajo las duras botas militares. Un anciano montañés, guardián y servidor de la vivienda, sigue los pasos del intruso,

P A S T O R E L A S

y padece con el ruido y la luz que turba la grave paz de los salones como una profanación.

De pronto, junto a un descorrido tapiz, resplandece en su margen dorada el retrato de una mujer: es un óleo firmado por Goya tres años antes, hecho a la manera del artista en su maravillosa plenitud, con un fondo intenso y oscuro bajo la tonalidad de un acorde rosado y gris.

Le mira el francés, y se detiene sorprendido.

—¿Quién es ésta?—pregunta en difícil castellano.

—¿Quién ha de ser?—responde el viejo labrantín—la señorita.

—¿Dónde vive?

—En la ciudad, desde que su esposo, el señor del valle, pelea contra los gabachos.

—¡Ah, está casada!—murmura el oficial, sin que le importe el acerbo tono de la respuesta.

—¡Pues ya lo creo!—afirma el montañés, con la vaga certidumbre de causar un dolor. Y sonrío maligno, viendo al mozo audaz y viril, aturdirse con la hermosura de la solariega.

Por la ventana que se abre a Poniente sobre el cielo descolorido, llega hasta el ángulo del salón una pensativa claridad del cántabro anochecer, la meditabunda luz del Norte en su instante más romántico y dulce, más sugerente y evocador.

Ya no siente el militar el peso húmedo del uniforme azul, ni el cansancio de la jornada, ni el

reclamo confortable de la honda cocina donde los soldados preparan la cena sobre las trébedes panzudas, a la crepitante lumbre de las gárabas sarméntosas.

Tiene el guerrero bien armada la voluntad en estos minutos, para todo lo que no sea rendirse al encanto de aquella dama que ha visto en alguna parte... Sí; está seguro: aquellos ojos flavos y apacibles, le miraron desde un balcón en la ciudad montañesa, cuando el destacamento francés se adueñaba de las calles, después de una resistencia heroica... Era la tarde triste, lo mismo que la de hoy, y el mozo no olvida la doliente mirada que supo acusarle con infinito desconsuelo al través de un cristal mojado por la lluvia... Otro día vió el perfil de la bella mujer inclinado con tremenda incertidumbre sobre las camas de un hospital, donde españoles y franceses gemían confundidos en una sola miseria humana. En las dos entrevistas, despiertas con extraordinaria lucidez en la imaginación del capitán, mostraba la desconocida una inquietud ausente del retrato: la mujer retratada era feliz; la de los trágicos encuentros llevaba en el suavísimo rostro una amargura inolvidable...

Y el huésped de la blasonada casona, con los brazos cruzados sobre el pecho, no sabe apartar sus ojos de los que desde el cuadro le miran arrobadores.

P A S T O R E L A S

Moza y gentil, la hidalga montañesa alumbra el lienzo con sus meladas pupilas llenas de dulzura inefable, con la expresión de su boca fresca y sonriente.

Sentada en un sillón carmesí, luce traje con viso rosa, que transparenta floreado tul, y junta las arrogantes manos en la falda con exquisita languidez; el escote, los brazos, el rostro y el cabello son una síntesis de la pintura ideal, sin pinceladas, muy flúido el color, que sólo se acentúa en los puntos de luz. Así la imagen adquiere una vida tan colmada de espíritu y de belleza, que el extranjero se le rinde cautivo en una silenciosa admiración henchida de ansiedades; le aflige, con pesar afanoso, no poder restituir a la señora, hermosa y triste, la placidez de aquel retrato que la guerra convierte en un recuerdo de la paz.

Lenta la sombra del crepúsculo, recoge los contornos del cuadro y se detiene aún sobre la carne de la figura, que en la adumbración del lienzo resalta con misteriosa existencia.

Ya el militar se desprende con un largo suspiro de su enamorada contemplación y la noche, la madre de los sueños, envuelve en su mansa tiniebla el invadido palacio montañés.

C O N C H A E S P I N A

Ha salido el sol, pálido y quebradizo entre las nubes fugitivas.

La tropa francesa se dispone a partir, lograda una noche de buen reposo, y desde la corralada donde se hacen los preparativos sube el jefe, con discreto disimulo, a despedirse del retrato que le enamora.

Esta vez pisa con sigilo respetuoso, como los creyentes en el templo.

A plena luz le parece mucho más viva y real la hermosura de la mujer. Para verla mejor retrocede hasta la ventana ponentina, y allí, de pronto, se siente espiado. Obedeciendo a la influencia de otra mirada vuelve los ojos al jardín y halla los del guardián montañés, desconfiados y escrutadores.

El extranjero se hace el desentendido, sufre una pena generosa que le obliga a mirarlo todo con bondad, y desde la blandura nueva de su corazón saluda al viejo cántabro y alaba, conmovido y sensible, el paisaje lleno de agrestes maravillas.

Tiene el valle la forma de una cuna: los montes le sirven de rastel, y le mecen los vientos que bajan de las cumbres. Abren los pinos sus columnas en el espino de las laderas, bajo la arcada temblorosa del torrente; se ablanda la neblina en los rudos penedos; lloran las hoces hilo a hilo; se tiñen las mieses con el sol...

Posan en seguida los contemplativos ojos del

P A S T O R E L A S

soldado en el vergel señorial, donde el abandono reina como en los altos camarines; se han desmandado las parasitarias y los arbustos; hojecen los rosales sin tresna de cultivo; se borran los linderos; las plantas delicadas se marchitan... Al pie de la ventana, entre viciados rodrigones, florece apenas el azahar de un arbolillo.

—¡Un naranjo!—exclama el francés al distinguirle.

Y el labriego murmura, ceñudo, con áspera voz:

—Sí; le plantaron los señores el día de su boda... Cuando vuelvan, ¡si vuelven!, se habrá secado; ¡no hay quien le cuide!...

Una postrera mirada fulgura sobre el retrato perturbador, y el capitán deshace su camino por la hondura de los salones, llevándose en los ojos azules un cálido deslumbramiento...

Va a dilatarse un punto la marcha de los soldados. El jefe ha pedido unas herramientas de jardín, se ha quitado la casaca azul, y delante de la fachada principal, al Mediodía, bajo la moldura pétrea del blasón, ha cavado una hoya entre el general asombro. Luego da la vuelta a la casa para buscar el arbolillo que a la sombra languidece, añorante del austro; socava sus raíces, y abrazándole con

C O N C H A E S P I N A

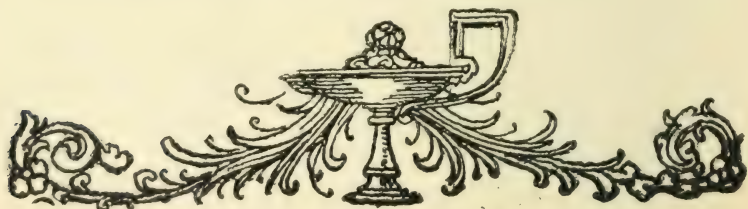
singular ternura le conduce a la tierra bañada por el sol.

Las manos del francés quedan ungidas por el aceite esencial de la planta, llenas de flores, de sépalos y estambres. Permanecen mudos los testigos de la rápida escena; atónito el guardián montañés; hasta el aire rueda sin aliento y el arroyo vecino contiene la voz.

Cuando los invasores han partido, una golondrina, primaveral y rauda, se permite decir que el árbol trasplantado es una estrofa viva del himno universal, un romance escrito por el hermano Amor...

Al cabo de un siglo, el naranjo de aquella historia unge de cálices sutiles a todas las primaveras que nacen; da su fruto dulce y dorado a todos los sedientos del camino; levanta su perfume hasta el socarrén donde las golondrinas cuelgan su nidal.

Y cada semilla del árbol redimido ofrece al sentimiento una eterna hostia de la humana comunión, un latido perenne de la eterna juventud...



E L L A . . .



ELLA . . .



ORRÍA noviembre por Castilla
hace más de cuatro siglos,
en una tarde macilenta y he-
lada, y huyendo del erial,
sobre yermos caminos sin
horizontes, llegaron las ho-
ras en silencio a la humilde
villa de Torrelaguna. Allí,

en el regazo de la loma que sirve al pueblo de es-
cabel, pudo vivir la luz unos minutos más, y ya
expirante, en la turbia agonía llena de pesadum-
bre, quiso besar la frente de una mujer, solitaria y
triste, una infanzona pobre lo mismo que la casa
donde se guarecía.

En vano la piadosa claridad rondó, moribunda,

C O N C H A E S P I N A

aquella casa, tratando de asomarse a los escondidos aposentos. Las ventanas del edificio eran tan estrechas y profundas, que el débil resplandor no tuvo fuerzas para atravesarlas, y sólo en las ojivas de la torre logró encender su pálida caricia; pero en la torre, abierta a la luz, no estaba la mujer.

Se había hundido en una estancia del piso bajo, mezcla de cocina y salón, con hondo hogar y grande chimenea blasonada por un recio escudo. Ardía la lumbre en menudas brasas desprendidas del inflamado trashoguero; temblaba en la velonera la insegura llama de un candil, y doña Marina—que así se llamaba la señora—, inmóvil en un sillón, parecía dormir o rezar; recogía en el enfaldo una rueca de ébano, y tenía el huso a los pies con el hilo roto.

De repente se derramó en el aire la voz de una campana. Era el toque de queda: la dama entonó la postura, hizo la señal de la cruz y se llevó las manos al pecho con ademán angustioso, como si tuviese el corazón herido y atado con una venda. Sólo entonces alzó los párpados, resplandeció la hondura de sus ojos y se le quedó alumbrado el semblante, viejo y noble, aguileño y fuerte. Después de rezar a media voz la oración de la tarde, moviendo apenas los labios descoloridos, puso la mirada en el escudo que tenía frente a sí; pero, en realidad, no veía el castillo ni el azur; pensaba en

P A S T O R E L A S

su reciente viudez, en su pobreza y desamparo, en el abandono de su vida. Madre, con hijos forasteros, sola y arruinada en la vivienda familiar, tenía por delante la visión de una desolada vejez.

De los hijos ausentes, educados a fuerza de privaciones y fatigas, uno, estudiante en Alcalá, mostrábase ingrato con la anciana; el otro, clérigo en Roma, con un cargo honroso allí, modelo de cualidades y virtudes, era el único apoyo de la desdichada mujer; pero ¡estaba tan lejos! ¿Cómo podría acudir al llamamiento doloroso de la madre, abandonando su destino y su vocación?

Y doña Marina imaginaba remota como nunca la Eterna Ciudad; inasequible para siempre el hijo a sus anhelos; dilatados los caminos del mundo como una esperanza sin fin.

No obstante, aquella noche sentía la dama una dulce inquietud, un extraño aviso de su corazón. Escuchaba con aguda zozobra todos los rumores, abiertos en la soledad como el surco de una promesa, y parecíale que el grano del tiempo repercutía en sus entrañas con el eco de unos pasos bienhechores. De pronto, se irguió persuadida, anhelante; los pasos no eran una ilusión; llegaban a la maciza puerta del edificio, atravesaban el oscuro zaguán y, concedores seguros, iban derechos a las plantas de la mujer.

Allí estaba Gonzalo Ximénez, con el tahalí del

C O N C H A E S P I N A

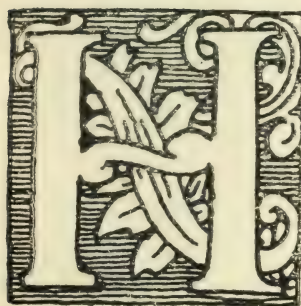
peregrino sobre el hábito sacerdotal, humilde, ferviente, besando las manos de su madre en el más encendido transporte de amor. Era el futuro Cardenal de hierro, el que vería en su frente lucir todas las prerrogativas humanas: ciencia, gloria, honor, poder, virtud... Y para conducirlo por las altas cumbres de su destino, Dios le torcía el rumbo, postrándole a los pies de una amada criatura: "ella,"... ¡la madre!... Siempre en el camino de los hombres predestinados sirve de estrella un corazón de mujer...



ESPERANDO...



ESPERANDO...



AY una diafanidad exquisita en el ambiente. El ábrego, sin arreciar mucho, ha sabido templar la atmósfera y limpiarla de maravillosa manera. Todo se ve tan próximo y tan claro en esta pura mañana otoñal, que el paisaje

no parece esconder un solo secreto.

Aquí está la montaña azul, arada de caminos; aquí la selva a medio deshojar; aquí los casales humildes y la madura mies; aquí un niño meditabundo, con los ojos muy abiertos y muy tristes. Estos ojos nos parecen también transparentes y diáfanos, sin misterios: nos parecen distraídos, y

de súbito sorprendemos al través de su mirada un terrible pensamiento que nos hace temblar...

—¡Si mi padre se muriera!—está pensando el dueño de estos ojos...

Seguimos la ruta meditando en el trágico descubrimiento y seguros de su certeza. Sí; es indudable para nosotros: este niño pálido, inofensivo, que abre sus grandes ojos inocentes sobre la dulce claridad de la mañana, está cavilando: ¡Si mi padre se muriera!...

Los plátanos dejan caer unas hojas grandes y amarillas al borde del sendero; también los nogales, los álamos, las acacias, echan las suyas a volar, descoloridas y febles; todas se quejan un poco en el aire y en el suelo, a la vez que se queja estremecido nuestro corazón recordando al pobre niño que desea la muerte de su padre.

Desde que la madre se durmió para siempre, no ha gozado la triste criatura más que una hora buena y propicia. Fué el día que, huyendo de los golpes de la madrastra y de la indiferencia brutal del padre, llegó corriendo hasta un pueblo cercano, y, aventurándose apenas en las estrecheces de una calle, oyó que le llamaban desde un balcón.

Al levantar la cabeza se quedó muy confuso ante la^svaga certidumbre de haber visto otras veces la cara bondadosa de aquella mujer.

P A S T O R E L A S

Y antes que hubiese podido recordarla, bajó la señora al portal para tender sus brazos al fugitivo y llenarle de besos: ¡lo raro era que lloraba al besarle! Después le subió a su casa, le calentó al hogar, llameante y alegre; le lavó la carita, llena de lágrimas y polvo, y le dió de merendar pan rustrido, untado de miel. Hablando con otra persona que estaba en la habitación, le contaba cuánto ella quería a la madre del niño y cuánto había deseado prohijarle a la muerte de aquélla. Pero el viudo, siempre enemistado con la familia de su esposa, se había mostrado intransigente, y ni al contraer nuevas nupcias ni al llenarse de hijos y trabajos consintió en liberar al huerfanillo de la miseria y el desamor en que penaba.

Enteróse el muchacho de todo esto y escuchó perfectamente cómo dijo la mujer:

—Mientras su padre viva, no puedo hacer nada por este infeliz.

Luego volvió a besarle con largas caricias y le hizo acompañar hasta cerca de su pueblo, encargándole muchas veces que no se escapase nunca, porque le castigarían, de seguro.

Fué verdad que le castigaron, aunque él no contó lo más íntimo de su aventura: la visita y la merienda, inolvidables, eran su gran secreto. Acari-ciándole a solas sentíase consolado, y a menudo, cuando la madrastra le predecía tremendos marti-

rios para el porvenir, no contenta con los que al presente atribulaban al niño, él la miraba retador, pugnando por decirle:

—¡Deja, deja que se muera mi padre; ya verás cómo rabias de envidia!

Pero callaba, prudente, el anuncio de su anhelado desquite, abismándose en un silencio altivo, lleno de orgullo. Era entonces cuando evocaba con más afán el recuerdo de la casa grande y limpia, abierta y amparadora, donde había llamas de oro en el hogar, unos brazos solícitos, una voz con acentos maternos y una miel rubia y ardiente, cayendo líquida en el pan como gotas de sol. Era entonces cuando en los ojos cándidos del niño se leía, brusco y terrible, aquel pensamiento: ¡Si mi padre se muriera!...

Cunde el río manso entre lindes enverdecidas, brillante y delgado, como una espada desnuda. Los juncos se doblan en la ribera sobre el canto sereno de las aguas, con armonioso rumor de liras; de la selva caen sonos apacibles y el cielo parece conmovido con la inocencia de los murmullos terrenales.

Pero toda la mansedumbre de esta hora, plena de beatitud, no puede borrar la idea cruel en el fondo de aquellas pupilas encalmadas, ingenuas y sin dobleces como el paisaje.

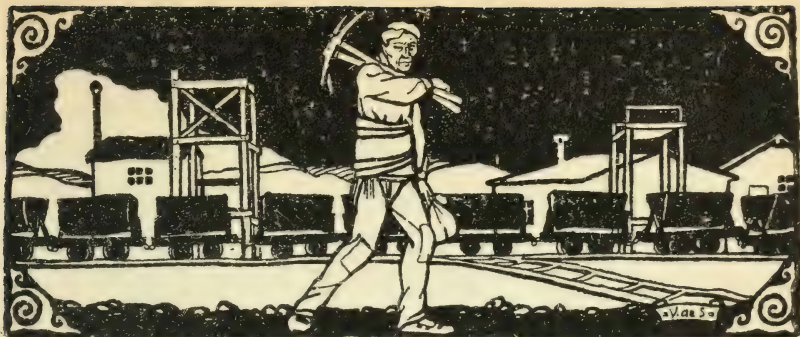
Buscando nuestro rumbo, adelante por la alfom-

P A S T O R E L A S

bra de hojas marchitas, volvemos la mirada llena de compasión hacia el niño mártir, que en medio de la sonriente paz se queda solo y taciturno, esperando...



EL VENCIDO



EL VENCIDO



STÁ el andén lleno de gente y de sol. Se nota aquí un estremecimiento palpitante de regocijo, un hálito de primavera y juventud: diríase que la Felicidad va de viaje y ha tomado billete en la estación de la villa.

Crece la mañana risueña y pura; rueda la brisa por los árboles con feble rumor; el regazo de la mies, arado y luminoso, manda a todos los senderos la cadencia de unos cantares.

A lo largo de las agrestes lindes tiemblan los pistilos misteriosos de las flores incultas; cientos de margaritas humildes y redondas se ofrecen con generosidad de homenaje...

Cuando el tren se dispone a partir llega un matrimonio pobre, jadeante y desalado, y unas mozas que pasean de bracero, sonrientes, dicen mirando al hombre con dolida curiosidad:

—Es tío Martín, el de la *Coronada*, que va al hospital de Santander.

Sube Martín a un departamento de tercera, y callado, inmóvil, se pone a mirar la serena lejanía del paisaje, allí donde se juntan los montes con las nubes en una masa cándida y azul, mientras la mujer, al pie del estribo, le habla sollozante y quejosa, haciéndole muchas recomendaciones, aconsejándole confianza y valor.

Pero Martín parece absolutamente extraño a la porfía lastimera de la aldeana. Él se está en su sitio quieto y silencioso, como si aquella mujer no fuese nada suyo. Y los ojos, acerados y grises, continúan puestos en el horizonte con un guiño huraño y pertinaz.

Ante la adusta y fija mirada, la esposa que plañe y los viajeros que observan se vuelven también hacia aquel lado, y sólo ven una avalancha de luz tendida en la fragante soledad. Todo el campo resplandece con las joyas del sol; en el vecino jardín arden las rosas como ascuas, violentas y encendidas, y desde un arbusto erguido, un pájaro ansioso de las cosas lejanas vuela a posarse en el confín del cielo.

P A S T O R E L A S

La mujer sorprende al cabo la ruta lueña que persigue su esposo; da un suspiro, y cuenta, a guisa de explicación, haciendo cara a los del coche:

—Por allí cae la mina donde “éste,” trabajaba. Treinta años ha bregado en ella, pero ahora tiene un amago de *cáncere* en el pecho.

La mano, abierta y ruda, quiere señalar un punto cármeso hundido en la montaña, un pliegue rojo como una herida, tendido en la cumbre.

Allí trabajó el minero sacrificando toda su juventud, comido por las bocas sombrías de la tierra, preso en el surco fatal.

Y de tal modo cavó en la roca y se sumergió en la arcilla, que llegó en la profunda excavación hasta el límite de las cosas humanas y tocó en la ribera tenebrosa de la muerte.

Ahora está aquí vencido, sentenciado, con rumbo a un hospital.

Anhelante aún de la caminata desde su aldea, se enjuga el sudor de la frente con un ancho pañuelo de colores, que constituye todo su equipaje; echa la cabeza para atrás en actitud de infinito cansancio, y sigue poniendo los ojos, turbios y esquivos, en aquella ladera brusca, de color de escarlata.

Piensa el enfermo acerbamente en su puja terrible con la mina, en sus treinta años de cavador sobre el precipicio y las tinieblas, siempre dócil a

los patronos, leal a los compañeros, consecuente para la mujer, que fué dueña de los jornales y señora de la casa con el bienestar posible. Él la tuvo sin hijos ni cuidados en largo tiempo de tranquila honradez; pero le salió aquella hembra desamorada y astuta: compartió con el marido la vida apacible de la mocedad y la salud, y en cuanto le vió inútil no quiso buscarle más refugio que el de un lecho desconocido y lejano para que fuese a morir.

Y allá se iba Martín, el laborioso y paciente, solo y miserable; allá se iba, lejos de cuanto amó, abandonado y vencido...

Un mozo empuja con estrépito la portezuela; se oyen toques y pasos; los viajeros han ocupado su lugar, y por unos instantes queda mudo y solitario el andén.

Vuelve entonces el misterio de la campiña a tender sobre la estación sus alas invisibles; por las venas azules del espacio cruza el vuelo de una paloma; viene desde un helguero la endecha cristalina de una fontana; cunde por todos los caminos el balbuceo de lo inefable.

De pronto vibra un silbato, suena una campana; el convoy trajinante y estruendoso se mueve con lentitud.

Y queda la mujer de Martín sola en el andén, extendiendo los brazos con tardío ademán.

El minero, sin decirle adiós, clava siempre las

P A S T O R E L A S

pupilas en el monte lontano donde rojea la mina *Coronada*; recibe en pleno rostro con el viento la belleza insinuante de la vida y entorna al fin los ojos, cegados por unas lágrimas que han perdido todo humano consuelo...



LA NIÑA REGALADA



LA NIÑA REGALADA



ABÍAN pasado muchos años inútiles sobre la cama vacía de Pilar; muchos años en que los padres de la niña muerta no sintieron la vida correr y se estuvieron detenidos, absortos en su desventura, cerca de la cama blanca puesta a la orilla del gran lecho matrimonial.

Carlos y María hubiesen jurado que durante aquel tiempo de su infortunio todas las horas habían sido yertas y grises, huraños todos los celajes, estériles los campos, turbio el rostro de la Naturaleza.

C O N C H A E S P I N A

Sólo sabían ciertamente que sus caudales no tenían destino, que fluía sin rumbo ni esperanza la ternura de sus dos corazones... ¡que se había quedado sin dueña la camita preciosa de Pilar!...

Era una noche blanca y pura, toda plateada de nieve y de luz; era una noche bella y cruel.

Rodaba la luna plena en un cielo immaculado, y bajo la curva del firmamento, luminosa y azul, tendíase con rigidez la llanura, alba y muerta, del ancho valle nevado.

Estábase la vida en la aldea muy callada, tan en silencio como si el pueblo yaciese amortajado por el sudario espeso de la nieve.

María y Carlos, como siempre solos y tristes, suspiraban sentados a la par de la chimenea revestida de mármoles, donde la leña combusta alzaba un amistoso resplandor de hogar. Tenían apagado el fanal de su lámpara y descubiertas las vidrieras del balcón para que les alumbrase la luna, la cual se esparcía en el aposento triunfalmente, envuelta en la cegadora blancura que del valle iba tomando.

Con aquella claridad intensa llegó a la estancia un rumor confuso, como de ruedas y cascabeles, y hasta los rotos ecos de un cantar y las errantes

P A S T O R E L A S

notas de un clarín: ráfagas sin duda, de un soplo de la vida fuyente por el camino.

Mas a poco sintióse a la puerta de la casa un tímido llamamiento, tan inseguro y leve, que el mismo Carlos, tentado por la curiosidad de aquel soniquete humilde, se levantó a ver quién llamaba.

Desde el sillón oyó María una perlada cantinela en acordes con el grave acento de su marido, y en seguida vió con asombro inmenso que Carlos regresaba al gabinete con una niña de la mano.

¡Válgame Dios qué criatura!... Era blanca y azul como la noche que la traía; era como la noche serena y hermosa... Llegaba toda llena de la fría crueldad de la nieve y de la rutilante maravilla de la luna...

Aparecióse vestida con livianos tules fulgurantes; lucía en la frente una diadema, remedo de jazmines en capullo, y calzaba los pies enanos con unas babuchas silenciosas; tenía dorados los cabellos, zarcos los ojos, nívea la cara, el ademán dolorido y gentil.

¡Válgame Dios, qué bella y qué triste era la niña!

Atónita María al contemplarla, para convencerse de no padecer una alucinación le tendió los brazos, preguntándole:

—¿Eres un ángel?

C O N C H A E S P I N A

Soltó ella el arroyo de su garla infantil y fué contando:

—Soy una niña pobre; me dicen de nombre Mariposa; hago volatines y comedias; sé cantar... llorar no sé. Iba en un carro con “unos,” que me hacían trabajar y me pegaban... Tengo miedo y hambre... ¡también tengo frío! Esta noche me hice la dormida para escaparme, y como vuestra casa me pareció muy poderosa, al cruzar por aquí me dejé caer al suelo sin que nadie lo viera. Estuve caída como un montón de nieve hasta que el carro se alejó... Ahora, si me dais posada y tenéiz lástima de mí, yo cantaré para divertirlos y repetiré todos los juegos difíciles que hacía en las calles y en las plazas...

María la tomó en su regazo con profunda emoción, y mientras Carlos igualmente conmovido escuchaba, se amistarón las dos en este coloquio:

—¡Pobrecita!... ¿No has conocido a tus padres?

—No; soy una niña regalada. Me han contado que cuando nació, una mujer llevándome en los brazos fué donde esos comediantes y les dijo:

—¿Queréis esta criatura?... Os la regalo...—Y ellos contestaron que sí.

—¿Cómo es que no sabes llorar?

—Porque cuando supe me castigaron mucho. Entonces aprendí a beber las lágrimas y se me han secado los ojos; ¡mira!

P A S T O R E L A S

A la luz nitescente de la luna mostraba sus pupilas enjutas y apacibles bajo el sérico rizo de las pestañas.

—Y rezar, ¿tampoco sabes?

—Tampoco.

—¿Conoces a la Virgen?

—No la he visto; pero he oído hablar de ella “por ahí”.

Y señalaba hacia el camino, lleno de la milagrosa belleza del paisaje.

—Te la voy a enseñar—dijo María.

La llevó con dulzura hasta un cuadro de la Inmaculada, alto en un lienzo, bañado por la peregrina claridad de la noche y murmuró devota:

—Esta es la madre de las pobres niñas regaladas.

Levantó la chiquilla hacia la imagen su rostro pálido y triste y, como si la reconociera en su memoria, pronunció únicamente:

—¡Ah, sí; ésta es!

Le tiró un beso y quedó largo rato contemplándola.

Para remediar a la niña bohemia no se habían consultado los esposos; ambos eran clementes y en tácito acuerdo de generosa voluntad la senta-

C O N C H A E S P I N A

ron a su mesa aquella noche y la dieron halagos y calor.

Sólo al tiempo de acostarla cambiaron un signo interrogante, después de posar los ojos en muda caricia sobre la camita de dorado rastel, intacta durante muchos años de duelo.

Pero como Carlos nada resolviese, María inclinó la cabeza con pesadumbre y le improvisó a la niña un lecho confortable en el sofá de terciopelo blanco.

Ya crecida la noche, la señora, inquieta y vigilante, se incorporó en la cama para ver a su protegida y hallóla, con sorpresa, hincada ante el cuadro de la Virgen en el arrobo de una férvida oración desatada con ternura y lirismo llenos de candidez.

Contaba la chiquilla apenas siete años y ya era sabia con la sabiduría penosa que el dolor produce. Así le estaba diciendo a la Purísima un santo discurso de amor y gratitud, cuando María la llamó suavemente:

—Mariposa, ¿qué haces?

Ella volvió la mirada con júbilo, respondiendo:

—Ya sé rezar... y sé llorar también, ¡mira!

Con las plantas desnudas fuese hacia la dama en callados pasitos sobre el tapiz, a la cobarde luz del encenso fanal.

Quiso mostrarle su rostro alegre mojado de lágrimas felices y trepó al barandaje de la camita

P A S T O R E L A S

para acercarse mejor al lecho de los esposos. Se inclinó con exceso y cayó blandamente en el fonje colchón abandonado.

Trémula y ansiosa gritó María:

—¡Carlos, Carlos! La niña regalada se ha caído en la cama de Pilarín.

Medio en sueños Carlos preguntó:

—¿Se ha caído?... ¿Desde dónde?

—No sé... Desde la noche... Desde la nieve... Desde el cielo quizá...

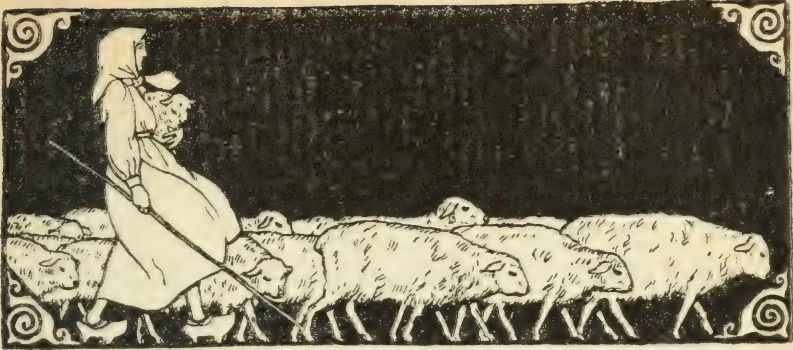
—Sí, sí, desde el cielo—aseguró el esposo despierto ya y sonriente.

Y añadió en seguida, mirando con gozo a la chiquilla desnuda y graciosa:

—Abrígala, guárdala, nuestra es; la misericordia de Dios nos la ha regalado en esta noche blanca, llena de nieve y de luna...



LA ETERNA VISITA



LA ETERNA VISITA



A buhardilla se había empinado sobre cuatro pisos y asomaba la frente encima de un viejo socarrén, permitiendo a su única ventana tomar el sol y beber el aire que desde allí correteaba por las habitaciones, chiquitas y humildes, menesterosas.

En la más capaz había, entre muebles mezquinos, un tesoro de encajes y de sedas, y, en un maniquí, vestida una falda de zarzahán, con recamos y flocaduras.

Sobre las galas, que parecían señuelo de bodas o de altares, se desvelaba una mujer, casi una niña,

pobre y hermosa, con lo cual se añade que los ricos traeres no eran suyos.

Tenía los dedos cruelmente picados por la aguja y llenos los ojos de fatiga, porque era muy urgente su labor y estuvo muchas horas cose que cose, hasta dormirse al amanecer, para despertar un poco más tarde, arrepentida de aquel descuido, y abrir la ventana a la naciente luz. Entonces se alisó los rizos huraños y echó en el agua, para lavarse, unos pedacitos rubios de limón.

Muy fresca, muy limpia, volvió a trabajar. A menudo suspiraba y hacía subir, camino de los cielos, a unas grandes pupilas, fervientes y hondas.

En esto llamaron a la puerta.

—*Tun-tun-tay.*

—*¿Quién estay?*

—Es don Amor.

—Que pase.

Doblóse despacito la madera, despintada y gimiendo, y entró un mozo esbelto, míope, con aire hidalgo.

Llevaba un traje gris, muy raído, y el cabello largo, a uso de poeta. Se quedó contemplando a la niña con mucho respeto, y preguntó:

—*¿Viven aquí doña Hermosura y doña Virtud juntas, "por una casualidad?,"*

—Aquí viven—repuso la muchacha con despar-

P A S T O R E L A S

pajo, sin señales aparentes de modestia—. Soy yo, que llevo esos nombres.

—Tanto gusto en saludarla—añadió el joven, inclinándose.

La niña dijo llena de curiosidad:

—¿Con que es usted don Amor?

—El mismo, señorita. Y vengo a visitar a usted en nombre de doña Juventud, excelente amiga nuestra.

—¡Vaya, vaya con doña Juventud!—murmuró la curiosa sin saber qué decir—. Pues sí que es amiga mía... ¿Y llega usted de muy lejos?

—De todas partes; andaba a la ventura por ahí buscándola a usted.

—¿Sin conocerme?

—Y casi a tientas; me ayudaron la esperanza y la intuición.

—¡Es milagroso!

—No tanto, porque usted posee un fuerte aroma y una radiante claridad.

—Pero, ¡tome usted asiento, por Dios!

—Muchas gracias.

—A ver, aquí, en esta silla... Todo está revuelto con mis labores.

—Yo, en cualquier rinconcillo me acomodo.

—¡Cuidado!... No se vaya usted a pinchar, porque hay agujas clavadas dondequiera.

—¡Sí!... Ya me he pinchado. Vea usted: en el dedo del corazón...

—¡Ay, pobrecito! ¡Cuánto lo siento!... Yo le pondré a usted unas hilas y unas gotas de bálsamo.

Tendió la mano el herido, muy feliz, y a la muchacha se le cayeron dos lágrimas ardientes encima del abierto rasguño.

Llevaba ella una rosa en el pecho, y, arrancándole una hojita, la colocó en el dedo pungido y fué atándola, suavemente, con una hebra de seda azul, partida por los dientes de nácar y humedecida en los labios de carmín.

Con esta cura, a don Amor le entró una alegría tan grande, que empezó a reirse como un loco.

Y lo más gracioso era que la niña se reía también. Ya no le pesaba el sueño en los ojos ni se le iba la atención, entre suspiros, hacia las nubes; ya las telas primorosas que combinaba no le parecían una cosa envidiable, como otras veces; sólo hallaba encanto en las pupilas ardientes y míopes de don Amor.

Él volvió a menudo a ofrecer su dedo cordial bajo la blanda ligadura azul, y aseguró que por la gloriosa cicatriz se le habían entrañado las lágrimas de la niña hasta el propio corazón.

Era "el herido", un artista pobre, lleno de fe, tan valiente caballero, que amó a la dulce labrandería, sin más dote que la gracia y la bondad.

Y como ella le quiso con encendida pasión, hicieron una boda muy alegre. El marido aportaba

PASTORELAS

caudales de ilusiones, con la bella locura de la risa; la mujer mantuvo siempre en el hogar lumbre y candor, como hacen las estrellas en el cielo.

Yo sé que fueron muy felices y vivieron lo mismo que los novios de leyenda.

Sé que Amor, Hermosura y Virtud tienen don por derecho propio, aunque hayan encarnado en criaturas humildes; sé que estos "dones," envidiables gozan fueros de hidalguía y señorío en toda la redondez del mundo y son los más nobles personajes de la comedia humana.



P A S T O R E L A



P A S T O R E L A

El himno de los tercios.—La voz de los caminos.—Los ojos enigmáticos.—El ascua del corazón.—La divina amistad.



Están cogiendo los maíces. Cada labrantín hace tres montones de su mies en las heredades que trabaja, y avisa al dueño de la tierra para que se cobre el beneficio de propietario llevándose un tercio de la recolección.

El valle se llena de rumores; pierden los senderos su carácter misterioso y se agrandan en abertal como en las derrotas, para que los cosecheros lleguen hasta el seno de cada finca.

Ambrosio, el viejo arrendatario, quiere entregar su tercio al señorito y se lo dice a la puerta de la iglesia:

—Mañana por la tarde estaré con el carro en la cortina de la Umbrosa; acérquese por allí a escoger su parte y yo mismo se la llevo al desván.

—Iré—responde Carlos, sonriente.

Y decide completar con aquella excursión sus visitas por lugares llenos para él de serenas memorias.

Acaba de heredar un patrimonio que le empuja a la vega nativa después de muchos años de ausencia, y las palabras del pegujalero le inducen a evocar lejanas horas de su niñez, cuando volvía de los campos húmedos y vaporosos encima del acervo de maíz, adormecido por el vaivén del carro y por el cantar estridente de las ruedas: el áspero son que se levanta duro y tenaz en la quietud melancólica de la llanura como un himno silvestre de los tercios...

Cumplió su propósito. Fuese allá cuando nacía la tarde bajo el toldo pálido de las nubes, impulsadas por el viento Sur.

Un soplo caliente y perfumado corría por los ambajes del camino, y Carlos pensaba, sin saber por qué, en los encuentros maravillosos. El valle había roto sus paredes, ensanchándose acogedor; tenía el ambiente una limpidez sagrativa, como si el silencio escuchara, y parecía que los árboles al inclinarse unos hacia otros, se hablaban al oído; toda la siena del paisaje se estremecía con la emoción de las revelaciones.

P A S T O R E L A S

Por la anchura abierta en acírates y portillos alcanza el caballero el cortinal donde ya le espera Ambrosio con su mujer para cargar el tercio.

Delante de los bueyes gilvos está una moza con los brazos cruzados sobre el yugo y la mirada puesta en los confines. Es alta y gentil; los ojos dorados como la miel, se le hunden en una sombra cálida semejante a las cenizas de una hoguera que se acaba de apagar. Tiene las facciones muy dulces, la sonrisa muy pronta, el cabello muy rubio, la piel tostada por el aire y el sol; viste unos lienzos humildes y lleva los pies desnudos en las abarcas de madera.

El propietario no ve en la Umbrosa más que a esta mujer. Se acerca a contemplarla mejor, y por decirle algo, le da las buenas tardes. Ella sonríe mirándole atónitamente, y Ambrosio le avisa:

—¡No le oye, señor!

—¿Es hija tuya?

—Eslo... Una muchacha después de tantos varones, y mire para qué poco vale.

—¿Está sorda?

—Y cuasi muda.

—Adoleció de una manquera muy fuerte en los oídos—gime la madre—y se le cortó el habla también.

—¿Cómo se llama?

—Agustina.

Sabe la moza que se ocupan de ella.

Cuando sucede así sorprende las palabras con aguda adivinación y pone la mirada y la sonrisa en cada frase que le dirigen. Si hace un signo con la cabeza, la masa de pelo claro le nimba la frente con una laureola de oro, y si las manos le sirven con su ademán para responder, todo el gracioso busto participa del movimiento breve y conciso como una ráfaga de expresión. Algunas veces pronuncia sílabas infantiles con una voz remota y apagada, con un acento cándido y torpe como el de un niño; no sabía más cuando a los dos años dejó de oír.

Pero su actitud habitual es contemplativa y silenciosa. Parece que aguarda un mensaje, una cita, un grito poderoso que la penetre y la estremezca. Es una criatura esquiva, un ser lejano; vive como en un sueño, se mueve igual que una sonámbula y sólo por casualidad sacude unos instantes el encanto que la domina para sonreír, agradecer y "volverse a marchar,,.

Carlos conoce que está la muchacha ausente de allí y quiere a todo trance llamar su atención. Le atrae de una manera repentina y afanosa aquel espíritu solitario como la anchura de los cielos, aquel ánima dormida a las solicitudes terrenales en un cuerpo tan hermoso y juvenil. Pretende sugestionarla y la obliga a posar los ojos en él. Daría en-

P A S T O R E L A S

tonces todo su caudal por encender con una llama de pasión los rescoldos que circundan aquellos párpados suaves y oscuros como lirios.

Y la mirada acude al llamamiento, pero la chispa no brota en las calientes pavesas...

—¿Cuál tercio escoge el señorito?—pregunta Ambrosio, atento a sus quehaceres.

Sin volver la cara responde Carlos:

—El que esté más cerca.

Ya las flavas pupilas huyen y se distraen precisamente sobre el almiar donde las panojas del señor forman un cono descolorido, envueltas en las hojas ásperas y crugientes, en las lígulas rubias como pálidos cabellos.

Los talines y los zorzales rastrean, golosos del barbecho de la mies, deleitados al espadañar sus plumas en el ábrego ardiente. Las nubes galopan altas y finas sin tocar la pureza de los montes.

El curioso continúa observando que la muchacha contempla la vida igual que si fluyera sobre un espejo y percibe la hermosura de las cosas un poco distante, como animada al través de un cristal. Sigue fijándose con insistencia en aquel mismo sitio, y Carlos le grita:

—El tercio para tí; es tuyo, te le doy—. Y le asombra que ni siquiera los golpes formidables de su corazón lleguen a los oídos de Agustina; él los

C O N C H A E S P I N A

siente latir raudos y escandalosos, capaces de resonar a muchas leguas de distancia...

Es Carlos un hombre apasionado y vehemente; ha sido feliz y tiene costumbre de satisfacer sus deseos, no muy ruidosos ni vulgares, antojos exquisitos que le acreditan de singular y le protegen de las rutinas mundanas. Aquella niña le seduce por su raza belleza y su interesante desventura; la imagina esclava de un hechizo lontano, prisionera de una terrible soledad, y resuelve de pronto convertirse en su libertador; sueña con despertarla del éxtasis profundo que la consume; quiere que los ojos melados de la joven descubran el secreto de sus cenizas: no sabe si tantas ambiciones son obras del amor o de la caridad, pero le punza turbado y delator el latido del pecho...

Ambrosio, que ya estaba cargando de mazorcas la carreta, permanece confuso ante el inesperado ofrecimiento del señorito. Y su mujer, más codiciosa, teme que la dádiva se malogre por la indiferencia de Agustina. Disculpándola, murmura:

—No la crea boba, don Carlitos; esa cortedad le nace de la sordera. Tan lista es, que siente crecer la lana de los corderos, y tan amorosa, que todos los niños del lugar la buscan, y hasta las bestias la conocen por lo humana y servicial.

—¿Es incurable su daño?

—¡Ay, sábelo Dios!... Paréceme que sí... Dicen

P A S T O R E L A S

que con mucho dinero en las ciudades remedian estos maleficios, pero no lo puedo creer... Yo le puse el agua rezada, las hierbas de salud, la rosa de Jericó; la llevé al santuario de la Patrona... y nada le sirve; siempre está igual... Bien ha crecido y se ha hecho una mujer; tiene bríos para el trabajo, paciencia y comprensión; pero le falta el explique, y a fuerza de no oír se traspone distraída como aquel que mora en otro mundo...

—¿Qué hago con el tercio, señor?—interrumpe Ambrosio, algo cohibido con la charla de su mujer.

—Llévale a tu sobrado... Y si me dejáis, quiero ocuparme de la curación de Agustina.

—¿Pero habrá alguna esperanza?

—Se probarán todos los recursos, cueste lo que cueste.

—Dios se lo pague.

La voz del anciano se quebranta en un sollozo. Extrema la madre su gratitud entre llantos y suspiros, y la favorecida está regalando a los bueyes con unas panojas que rodaron por el suelo. Les acerca la mano con leve suavidad a los belfos espumosos, les espanta las moscas del frontil sin cuidarse de que zumben a su alrededor, y otra vez se reclina en la coyunda con los brazos en cruz y la mirada perdida en el horizonte.

Carlos no ha visto jamás una mujer tan bella,

C O N C H A E S P I N A

una expresión tan pura, una vida tan triste y penumbrosa como la que tiene delante.

Piensa que para recibir a esta beldad y a este dolor ha crecido generosamente el campo del otoño, borrados los surcos, rotas las lindes, abierto como un gran egido entre los brazos de las montañas.

Piensa, además, que para conocer los callados padecimientos de la inocencia y la desdicha, hay que bajar al pliegue de los valles, escuchando los augurios de los vientos y de los aromas; hay que buscar la mirada renuente de las criaturas y descubrir para ellas el corazón henchido de fraternidad... La misteriosa niña muda se le convierte en un símbolo: es el pueblo labrador que trabaja y sufre, es el alma rural desconocida por los ciudadanos, olvidada siempre en el convite donde la vida celebra sus goces.

Y de repente la moza ve correr las lágrimas agradecidas de sus padres, siente el influjo bienhechor de Carlos y le mira con ojos encendidos por el ansia del sentimiento; le reconoce; le esperaba; le tiende las manos con aquel modo suyo rebotante de sensibilidad. La cabellera brusca le orla el rostro con un halo de luz; la voz, abemolada, cristalina, surte en sus labios con acentos dulcísimos y sutiles que parecen murmullos de un idioma inefable...

Ya está el carro lleno de maíz hasta el adral.

P A S T O R E L A S

Se ha escondido el sol, el austro se adormece en las faldas azules de los montes y arden evocadoras las fogatas celestiales de los luceros.

Agustina se aleja delante de los bueyes, segura y apacible. Sus ojos enigmáticos penetran la sombra de la noche y calan de nuevo en el arisco refugio: va entre sus padres sola, sin sentir la ferviente compañía.

Pero Carlos consigue retener de aquel espíritu señero una hebra divina de amistad y marcha alegre con distinto rumbo. Conoce el abandono de un alma y quiere remediarle: ha cosechado en la mies una ilusión.

Busca la trocha para evitar algún rodeo y cruza sobre una frágil pontezuela el río del ansar.

Van las aguas crecidas con sones de rabión. El venaje se divide en los aledaños de la llanura para nutrir el cauce de un molino y los azutes de una pradería: sólo en el bosque ribereño es acelerada y ronca la voz de la corriente que no ha perdido su copioso caudal.

Pretende Carlos entender lo que dicen aquellos gritos: su jornada campesina llena de anhelos, le aguza las altas ambiciones.

Mas el arcano prevalece en las ondas fugaces, en las raíces maceradas por las espumas en el cruce amoroso de los tallos y las plantas, en el tumulto sombrío de la vegetación: esta belleza sinuosa es-

C O N C H A E S P I N A

conde un sagrado misterio como los ojos de Agustina.

El paseante, conmovido, levanta los suyos al espacio en ávida consulta y allí su inquietud se hunde en la fiebre incurable de las estrellas... pero sigue confiando en las mudas insinuaciones de la vida, porque le acompañan el amor y el presentimiento.



EL PRIMER NAUFRAGIO



EL PRIMER NAUFRAGIO



EN “aguas,, de Madrid vió Arcángel fondeado en un bazar un barquito precioso, con el casco azul y las velas blancas, tripulado por dos marineros sonrientes que movían los brazos y los pies; era un juguete caro y el niño soñó con él muchas noches y pasó muchos días en éxtasis profundos discurriendo lo bien que el navío luciría su vela en esta playa.

Azares de la fortuna pusieron en manos del soñador aquel barco admirable, y llegando a la costa corrió el niño a la arena, se descalzó muy diligente y rodeado de otros muñecos de su estatura se dispuso a lanzar la embarcación.

C O N C H A E S P I N A

Antes, en su casa, habíala bautizado con mucha solemnidad bajo el patrocinio de la Virgen del Puerto, y para más devoción había recortado una estampita de Nuestra Señora, colocándola a guisa de grimpolín en lo alto del palo mayor.

Conque, al botar la nave, otro niño amaestrado quizá por dolorosas experiencias, advirtió al forastero que debía amarrarla con un cable y no soltar la punta.

Arcángel se echó a reír.

—No te rías, no—le dijeron a coro los niños de la costa—. Si no amarras el barco bien fuerte se te irá a pique.

—No os entiendo—aseguró el neófito.

—¿Sabes lo que quiere decir naufragar?

—No.

—Pues irse a un sitio muy oscuro de donde nadie vuelve... Allá se han quedado muchas lanchas y vapores del puerto, sin arribar nunca.

—Pero éste—repuso Arcángel con una fé ardorosa—está bendito, porque lleva en el palo la imagen de una Santa.

Los menudos espectadores se quedaron perplejos.

—Este no puede naufragar—añadió el niño triunfante, observando el asombro con que le escuchaban.

Y lanzó con mucha gallardía su barco entre las olas.

P A S T O R E L A S

Ya se ha dormido el Sol en la llanura solitaria del mar y todavía Arcángel espera sentado en una roca la vuelta del navío.

—Se ha ido a pique, ¿lo ves?—le dicen los otros muchachos con orgullo de profetas y con ese instinto de la crueldad humana que la niñez no reprime ni disimula.

Y Arcángel responde cada vez con menos bríos:

—La Virgen me le volverá...

Cuando la noche le obliga a dejar la playa, un hallazgo le detiene con súbita emoción. La espuma de una ola acaba de arrojar a la arena un objeto chiquito y pálido: es un marineruco tripulante del bajel. Llega sin una pizca de pintura, con los brazos extendidos en cruz, rígidas las piernas y borrado el semblante.

— ¡ Está muerto ! — murmura trágicamente el niño.

— ¡ Se habrá ahogado ! — replican con mucha lógica los otros rapaces.

Y rodean al difunto con respetuosa curiosidad, mientras Arcángel piensa atónito en la posible existencia de un abismo donde se hundan las ilusiones que lanzadas a las voraces olas no dejan firme en la orilla un cabo previsor.

En la inteligencia vigilante del niño se hace lugar el pensamiento confuso de que tal vez la suerte no ayuda a los temerarios y de que la prudencia

C O N C H A E S P I N A

puede en ocasiones tomar la humilde forma de un cable mariner.

Y el primer naufragio de sus propósitos, le entristece a la sombra estrellada de los cielos, cuando todas las embarcaciones chiquitas se han acogido a la ribera y surgen en la obscuridad abarloadas junto al muelle, unidas y temblorosas como un rebaño al cobijo del pastor.

Ya se encienden los almenares en los contornos para aviso de nautas arriesgados.

Vuelve el niño a su hogar con el cadáver de madera encima del corazón, mirando cuidadoso hacia los providentes fogariles.

Detrás de él suben en silencio por el sable las garras espumosas de la mar...



LA ÚLTIMA CARTA





LA ÚLTIMA CARTA



INICIARON las hojas su danza otoñal y Lisa las vió cernerse por los caminos con supersticioso terror; presentía que la empujaban a ella marchita y suspirante como la túnica del bosque...

No está resignada. En vano reflexiona en lo deleznable de la humana existencia; en vano también medita en la perdurable felicidad, en la eterna gracia prometida a los sumisos y a los puros; sobre todo horizonte abierto a sus afanes se levanta siempre, irónica y soberbia, la gallarda figura de Alfonso.

Aún le ve animándola a pasar una temporada

en el campo con sus padres. El ambiente de la sierra le sentaría muy bien, y sin fatigas ni emociones, hallaría en la paz aldeana su perdida salud. Después, al principio del otoño él iría a buscarla y juntos y felices, ocuparían de nuevo su casa en la ciudad... La iba persuadiendo hora por hora, con una insistencia colmada al parecer de cariño, y ella por complacerle cedió al fin.

Recordaba con dolorosa delectación aquella solicitud demasiado sonriente con que Alfonso le ayudó a hacer sus preparativos de viaje y cómo él la instaba a colocar mucha ropa en el baúl para que nada echase de menos.

—Lleva el traje blanco; le puedes necesitar.

—No, es muy lujoso para una aldea.

—Llévale... ¡Quién sabe lo que ha de ocurrir!

Entonces Lisa tuvo la repentina visión de la mortaja y miró a su marido con espanto.

Él bajó los ojos ante aquella consulta pavorosa y retiró el vestido; pero un poco después, cuando la viajera trataba de ordenar su habitación, se descuidó en decir:

—No te preocupes; hay que sacarlo todo cuando vengan los pintores.

—¡Si el decorado está nuevo!

Alfonso balbució torpemente una explicación, y la pobre novia hética iba sintiendo su alma llena de íntimas desilusiones.

P A S T O R E L A S

Luego, en el refugio campestre, el esposo dejó a la enferma con prisa mal disimulada.

—¡Quédate una noche, una sola!—había suplicado ella. Y Alfonso, disculpándose con las obligaciones del servicio, partió aquella misma tarde. Cuando salía de la casa le observó Lisa con recato por detrás de una reja; iba silbando una canción alegre y luciendo su brillante uniforme en la actitud de un hombre feliz.

Ahora la escribe rendidamente, quiere consolarla; pero no ha ido a verla, no anuncia que la irá a buscar.

Lisa tiene los ojos engrandecidos por el sufrimiento, nublados por el dolor, y delante de su ventana las hojas marchitas danzan en locas tolvaneras, pálidas y gimientes.

El paisaje que descubre se compone de un gran sendero arbolado, perdido en un recodo y de una sierra oscura, embozada en la neblina. Se oye al viento trotar sobre las nubes; el celaje está descolorido y triste; el pueblo inerte y mudo.

Presta la muchacha una viva atención a imaginarios rumores, como si aguardase alguna cosa. Se conoce que está pensando:

—Ya llega... ya llega...

Pasa un tren, que se enrosca a la montaña jadeando con estrépito; una paloma vuela desde un alar a una torre.

Lisa, posando en el convoy un instante sus pupilas ansiosas, dijo:

—¡El correo!—Y viendo volar al ave, murmuró:
—¡La carta!

Su hondo presentimiento no la podía engañar. Esperó, contando los minutos por el pesado latir de su corazón, y cuando llamaron a la puerta afirmaba:

—Es el cartero.

Quedó la carta extendida en las manos temblorosas de la joven. Alfonso prometía una vez más lo que no pensaba cumplir: daba treguas al amor para que llegase la muerte a librarle de penosas obligaciones, y vestía su egoísmo de compasivas ternuras y palabras efímeras, como quien habla ya con un cadáver.

—¡La última carta!—pronuncia Lisa con un hilo de voz; y el excesivo pesar la obliga a sonreír.

Ya ninguna apariencia logra embellecer ante la moribunda el luminoso sentimiento de la realidad: es una vidente que percibe con tremenda precisión la enorme pequeñez de las cosas humanas. Sabe que está en la orilla tenebrosa; pero no comprende cuál es el astro inmortal que le alumbra de pronto las miserias del mundo.

Alza su mirada buscando la divina luz, y en la urna sombría del infinito no sorprende el angazo de ninguna estrella... Están claras para Lisa las

P A S T O R E L A S

penumbras terrenales, pero está muy obscuro el rostro del cielo.

Ella se obstina en conocer el origen de aquella fuerte claridad que la invade. Todo le estorba ante la suprema inquietud; rompe en leves trozos la carta que conserva en la mano y la deja volar entre las hojas marchitas, sin rumbo por el campo muerto.

Ha cerrado los ojos al desprenderse de la última ambición, y entonces encuentra su alma llena de luminasres; ve que surgen de aquella antorcha inextinguible cuantos resplandores advierte; sabe que en sí misma está Dios, y sonríe inmóvil, serena, blanca ya y remota, como la Luna...



E L C O L O R A Z U L



EL COLOR AZUL



Os fiéis del color azul, porque es mudable y engañoso. Le habéis visto en el mar y al poco rato ya no está allí; se ha desvanecido como una ilusión. Le admirásteis en el cielo, pero se mudó al punto; ya no existe; vuestro cielo palidece torvo, aplomado, gris.

Le amásteis en unas pupilas, y de súbito aquellos ojos azules se tornan garzos, verdes, rubios... ¡No os fiéis del color azul!

Yo le vi, entre miles de veces, una tarde en el cielo y en el mar; le vi y le amé, admirada y devota; ¡qué hermoso, qué infinito manto de aguas y de nubes!

Al bajar la cabeza sobre mi labor, conservé en la retina todo el deslumbramiento de aquel tono azul, indigo, profundamente bello, salpicado por la cándida blancura de las velas navegantes. Y de pronto sentí sobre la nitidez de las cuartillas la impresión de un reflejo que ya no era azul.

Levanté los ojos: el cielo y el mar se tornaban de un siniestro cariz, bajo la fuerza trágica de una luz que parecía transformada por vidrieras de púrpura, mediante horadaciones hechas en la mansión generatriz de todas las claridades amenazadoras y tristes.

Anegada en esta iluminación lúgubre y fría, una goleta bretona salió del puerto, con las velas henchidas y el rumbo temerario. Era un velero amigo, una de las pocas naves "de alto bordo," que frecuentan el muelle en miniatura de esta villa ilustre.

El arribo de las embarcaciones de juguete, con infulas de internacionales, osadas y gentiles, suele ser un acontecimiento para nuestra curiosidad de veraneantes contemplativos. Pronto averiguamos el número de toneladas que desplaza el bajel y el de tripulantes que lleva, su matrícula, su destino, la historia de sus hazañas; así hemos entrado en amistosas relaciones con el *Arnao*, el *Fornel*, el *François* que vienen de Asturias, de Francia, de Italia, de Galicia.

Un barco que se aleja, sobre todo un barco me-

P A S T O R E L A S

nudo, velero, frágil, siempre me produce, con la triste impresión de la despedida, un sutil pesar misterioso, la vaga incertidumbre de algo mío que se va, como si en el velamen tendido abriera las alas hacia lo imposible una secreta esperanza que yo tenía...

Y el *Armide* se fué así, perdido en un horizonte violado que era azul media hora antes.

—¿Adónde irá—me dije—con tanta prisa?

Había permanecido más de una semana en el muelle después de cargarse de mineral; ¿qué perseguía bajo aquellas reverberaciones dramáticas, con sus siete hombres, un perro, un canario y una mujer?

El capitán, un bretón apacible y risueño, se prendó aquí de una joven montañesa, la desposó en uno de sus arribos y llevósela por el mar adelante como un adorno, como un trofeo.

Va y viene desde entonces la niña de Cantabria con sumo gozo en el bergantín, desembarca a menudo en su ribera con la serenidad de un ave que se posa y vive como una sirena entre las espumas y los astros. Tiene unos ojos límpidos que trasuntan los cambiantes de todos los colores y las luces; es ágil y esbelta, alegre y tranquila.

A bordo cose y lava, aliña los manjares, canta y ríe como si estuviera en medio de los campos floridos y seguros; ella es por excelencia símbolo del

C O N C H A E S P I N A

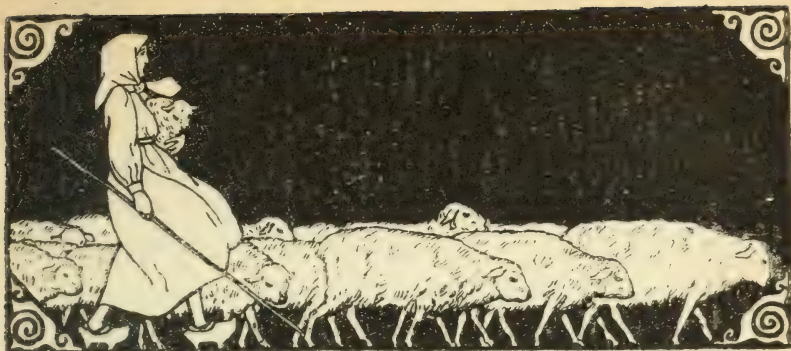
amor ciego y alado, de la admirable intrepidez. Casi no entiende las palabras extranjeras de su marido; mas porque ama y confía compite con las embarcaciones que van a hundirse en la negrura de los huracanes y acuden a la muerte con las velas hinchidas y el rumbo temerario... ¡Lo mismo que suelen perecer muchas ilusiones en la tempestad de los deseos, engañadas por el matiz de unas pupilas, de unas olas, de un celaje!

El *Armide* se fué y no ha vuelto más. Desde aquella tarde veleidosa y tremenda nada sabemos del ardido bajel. Y busco yo con pesadumbre y temor su nombre por las costas, su estela por el mar, la hendedura en el drama de unas velas que vi desplegarse con sosiego en la plácida mentira de aguas y de nubes...

¡No os fiéis, no os fiéis del color azul!



RENUNCIACIÓN



RENUNCIACIÓN



UERON juntas al colegio y cogidas del brazo pasaron muchas tardes hermosas y muchas noches de fiesta. Juntas bajaban en el estío a la honda playa y entraban de la mano, espuma adelante, a buscar las olas bravías del

Sardinero. Juntas hacían las jornadas invernales en paseos al sol, orilla de la mar y en tertulias caseras, rotas de vez en cuando por un baile en los salones del Círculo. Hasta que la suerte las separó y dejaron de verse mucho tiempo.

Lejos de Cantabria supo Asunción que el padre de Carmela había tenido percances de fortuna y

que la familia vivía retirada en un pueblecillo de la costa. Algunas cartas se cruzaron entre las dos jóvenes; pero solicitada cada una por los graves cuidados del destino, dejaron de escribirse, sin llegar nunca a olvidarse.

Un día, Asunción volvió a la patria. Había madurado la hermosura de esta viajera feliz, que llevaba de la mano un niño encantador y se apoyaba en un esposo noble y amante.

Al tocar con delicia los recuerdos de sus primeros años, la dulce memoria de aquella amiga predilecta volvió a encenderse con incitante impulso en el alma de Asunción. Sin prevenirla, quiso visitarla, y una tarde norteña, un poco turbia, un poco triste, buscó el rincón donde se escondía la antigua colegiala de Santander, que al huir lejos de la sociedad no había dejado huella por donde se testimoniasen la juventud y los encantos de una mujer aficionada siempre a las diversiones del mundo, pronta a lucirse y a coquetear en vencedora actitud.

Iba pensando todo esto Asunción; imaginaba que algún oscuro secreto celaba las horas de la ausente; acaso el drama íntimo de una belleza destruída por lastimoso azar; tal vez la pesadumbre de una pobreza suma y vergonzante; sin un motivo cruel parecía imposible el absoluto destierro de su amiga. Llegó el coche de la señora a la entrada difícil de un camino y allí se detuvo.

P A S T O R E L A S

—¿Y ahora?—inquirió la dama saltando a tierra con prontitud.

—Ahora—repuso el cochero—la señorita irá por aquí preguntando y llegará pronto... A mi ver, esa gente “que decimos,” vive en aquella casona de allí arriba—y señaló el perfil obscuro de una mansión grande y solitaria.

La forastera entró sin remilgos por el sendero, orillado de zarzales; hundía el pie en la humedad resbaladiza de los musgos sin apartar los ojos de la recia morada erguida con señorío en el alcor. Dos álamos esbeltos y gentiles se ceñían como dos interrogaciones a los lados de la fachada principal.

Cuando llegaba Asunción bajo el silencioso dintel, unos brazos la recibieron con vehemente caricia:

—¡Qué guapa estás, qué guapa!—balbucía Carmela con entusiasmo—. Desde que supe tu regreso te esperé. Ahora te vi acercarte y en seguida te conocí; ¡por algo estaba yo hoy más alegre que otros días! ¿Y tu marido?... ¿Y tu nene?...

Iban subiendo la escalera cogidas de la mano, como de niñas andaban por los pinares y el arenal.

Asunción sentía el asombro de encontrar a su amiga saludable y hermosa, alojada con severa pulcritud.

Sonaban en el piso los tropezones de unos pies menudos y el blando siseo de unas vocecillas.

C O N C H A E S P I N A

Las dos mujeres entraron en un salón profundo, oloroso a maderas insignes y flores recientes, y se sentaron sin dejar de mirarse y sonreír.

A las preguntas afanosas respondía Carmela con suaves acentos, bajando la voz, en tono confidencial:

—Me he quedado sola con mi hermana, ¿sabes?; aquella que se casó cuando aún estábamos nosotras de corto... La abandonó su marido; está la pobre muy enferma... y yo la ayudo con lo poco que tengo...

—Pero ¿no has pensado en tu propia felicidad?— interrumpe Asunción absorta—. Estás en lo mejor de tu vida y más bella que nunca...

—He pensado, sí—dice Carmela palideciendo; se inclina aún hacia su confidente y añade a flor de oído, cada vez más emocionada—: Tuve un amor... tan verdadero, tan fuerte, que de entregarme a él hubiera olvidado el infortunio de mi hermana infeliz... Mi novio era militar; no poseía más renta que su sueldo, y yo, para casarme, necesitaba disponer de mis bienes; poca cosa: una decente pobreza: esta casa, algunas fincas, mi pensión como huérfana de un coronel...

—¿Y te sacrificaste?

—¡Sí!

La afirmación, pronta y rotunda, quedóse temblando en el silencio de la estancia, bajo la obscuridad de un sollozo.

P A S T O R E L A S

—¡Eres admirable!

—No mucho—murmura Carmela sobreponiéndose con valentía al dolor de sus memorias.

Sonríe, pasa la fina mano por su frente como para ahuyentar las tentaciones y se levanta a abrir un balcón que arroja en el aposento la ponentina luz de la tarde junta con el clamor doliente de la mar.

Asunción sigue a su amiga hasta apoyarse en el ancho rastel y la contempla con delicada ternura.

Viste la solariega un traje obscuro y sencillo, muy señor; es menuda, blanca, gentil, con el pelo castaño y los ojos rubios como la rodomiél; tiene la sonrisa muy dulce, muy honda la expresión, el aire infantil.

—¿Y no gozas aquí distracciones, alegrías, algún pasatiempo?—la pregunta Asunción llena de lástima.

Carmen se echa a reír.

—Ya verás, ya verás—dice—; aguarda un poco.

Y sale, para volver en seguida con dos niños pequeños en los brazos, empujando a otros mayorcitos que tenían vergüenza de acercarse.

Asunción contó hasta seis. Iban todos bien puestos y cuidados; pero tenían en las caritas mustias una vaga expresión de tristeza.

—Mis sobrinos—dijo Carmen sencillamente—;

son delicados y hay que ocuparse mucho de ellos... ya ves si tengo diversiones.

Después entró la enferma, una pobre criatura acabada, con aspecto trágico de Dolorosa.

Fuese llenando el salón con la pena turbia del crepúsculo. Un aire fino y salado venía de la mar, a cuyo borde las aguas parecían dormirse en el reposo del sagido, así que las siete olas grandes rompían con estrépito en el farallón de la ribera. Del alero, alto y fuerte, bajó un opaco batir de alas: se recogían las palomas y volaba un cuervo marino, raso y torpe. Toda la luz de aquel minuto se cernía sobre la figura de Carmela sonriente, rodeada de los niños.

Asunción tenía ganas de llorar; hondas emociones, raras inquietudes la embargaban frente a aquel ejemplo conmovedor.

Tuvo que despedirse; debía volver a su hogar colmado de venturas, a los placeres del mundo, a los cuidados del amor...

Se abrazaron las dos muchachas en la linde del camino, donde esperaba el carruaje.

Carmela aseguró entre sonrisas, con el acento puro de la verdad, que ella también, a su modo, era feliz. Y quedóse en el atisbo de la ruta, valiente y sola, tendiendo hacia la vida una vez más los ojos ilusionados y sedientos, resplandecientes, con lágrimas de renunciación.

P A S T O R E L A S

A distancia, en la penumbra del anochecer, los árboles que ciñen la casona le parecen a la viajera dos enormes signos de admiración guardando una historia sublime bajo la melancolía del cielo gris...



L A S A L A S A B I E R T A S



LAS ALAS ABIERTAS



BA Soledad a cerrar para siempre la casa, resto de su menguado patrimonio campesino. Quería que permaneciera silenciosa como una tumba, quieta y vacía como un corazón que ha perdido la última gota de su zumo.

Fué andando por las solitarias habitaciones, de puntillas, lo mismo que si alguien durmiese y entornando las ventanas con trémula solicitud, como quien cierra los ojos a un cadáver.

Después se sentó en la tarima que formaba una pequeña altura en la alcoba del niño y quedóse escuchando la silente voz del misterio, acongojada

por el desfile de las tremendas evocaciones: la muerte y la vida le dijeron en aquellos minutos una multitud de palabras crueles y agudas, cuyo sentido escapaba en parte a la conciencia entumecida de la pobre mujer.

Recordaba la terrible equivocación de su boda, la sorpresa lamentable con que volvió a la realidad desde el limbo de las ilusiones, casada con un hombre malvado, perdida para siempre la huella de un destino apacible.

Y ancho surco, lleno de luz, se abrió luego en las trágicas memorias al recibir la imagen placentera del hijo soñado; el consuelo, la esperanza que florecían de pronto en la desolación de la ruta: dar al niño el jugo de la existencia y el calor del alma fueron desde entonces para Soledad un supremo gozo.

La fuga cobarde del marido, dejándola únicamente los rezagos de la hacienda, mostró a la despojada un nuevo aspecto de la liberación: podía consagrarse al hijo con benigna tranquilidad y no temía la escasez de los bienes en tanto que abrazase el tesoro de su amada criatura.

Se le hizo leve el peso de la cruz; un aura de entusiasmo le ciñó la frente como una corona y comenzó a vivir con regocijo sereno, mientras Arcángel se criaba.

Llegó el nene a contar seis años; era hermoso y

P A S T O R E L A S

dulce; lucía la guedeja rubia y los ojos sombríos, la sonrisa pronta, el aire gentil; preguntaba todas las cosas con una profunda expresión de curiosidad y tenía mucho empeño en conocer el camino invisible por donde las almas puras suben al cielo.

Una noche...

Soledad se irguió estremecida en la penumbra de la alcoba; el dardo punzante de aquel recuerdo la hería con espantoso dolor. Cerró los ojos huyendo de la tímida claridad que llegaba por el gabinete desde el balcón entornado... Y siguió viendo en toda su desgarradora pesadumbre la incurable dolencia del niño, su extenuación, su agonía, el roce helado de la muerte sobre la carne virgen, aquella última hora en que las sienes de Arcángel se tiñeron con un vago resplandor azul, hasta que le tembló en los labios un soplo frío, se le apagó en los ojos la remota lumbre de una estrella y quedó yerto, mudo, sonriente, surcando en la sombra el camino de las almas puras que suben a Dios...

La madre tiende alucinada los brazos al sitio donde estuvo el lecho. Aún cree percibir la fragancia de las rosas primaverales que se marchitaron sobre el inocente, ese olor inconfundible de cirios apagados y despojos de jardín que trasciende de la estancia de los muertos como un perfume sepulcral.

C O N C H A E S P I N A

Unos pasos inoportunos resuenan en el callizo silencioso, y temiendo que alguien turbe su despedida sagrada, la señora se apresura por el corredor, arrancándose del recinto familiar con dolida prontitud. Al impulso de su mano temblona clama la cerradura con un largo sonido que parece una queja, y Soledad se detiene en el huerto y le atisba anhelante, bajo la nube amarga de su llanto, a la luz mortecina del crepúsculo.

Unos parientes de la dama, que han de guardar la menuda finca, esperan allí para recoger las llaves y acompañar a la viajera a la estación. Porque va Soledad a recluirse en un convento lejano, admitida fuera de la Orden por un favor especial y con propósito de permanecer siempre en el generoso refugio.

Vuelve la madre su turbia mirada al abandonado rincón. Todo yace muerto en él; se anegan ya en la sombra los desvaídos perfiles del jardín, acosados por las primeras ráfagas del otoño; huídas las flores de los planteles, rota la espesura de las lindes; los árboles, casi desnudos, parecen más crecidos, y las hojas al caer semejan lágrimas de fuego.

La casita clarea un instante al través de las ramas oscuras.

Soledad posa los ojos en el ciego camino, y la noche, sin la luna, se queda velando junto a la cerrada pared.

P A S T O R E L A S

Pasan los años, y la madre, olvidada por el mundo, vive en su voluntario retiro conformándose a las leyes de Dios, recreándose con morbosa tristeza en el pensamiento egoísta de la casa y el jardín, clausurados para siempre en homenaje a un recuerdo, fríos y silenciosos como una tumba.

Va a cumplirse un nuevo aniversario de la muerte de Arcángel y a la dama le seduce con tenaz obsesión el deseo de volver al paraje de su amor y su desventura, de llorar otra vez en la alcoba solitaria y el huerto asolado.

Hasta que un día se pone en camino. Quiere presentarse de incógnito en la aldea y cumplir su visita dolorosa con solemne recogimiento, como quien rinde peregrinación a un santo lugar.

Llega al anochecer, y desde la estación del ferrocarril necesita andar un largo trayecto, cruzar un río, atravesar un bosque, subir una loma, vencer un alcor.

Nada la detiene; ya enardecida al contacto de los ambajes conocidos, se impacienta por hundir la mirada aquella misma noche en los contornos del triste hogar.

Y camina bajo la dulzura de mayo, a esa hora extraña en que la brisa se apodera de los versos divinos cerca de las nubes y los va cantando por el mundo sin saber lo que hace.

Desborda la vida su densidad en todos los sen-

deros; estallan los capullos en el corazón inflamado de las rosas; jadea el bosque, loco de inquietud; sobre cada nido hay un ave con las alas abiertas, y la sombra se inclina sobre el cielo en las mudas cumbres del espacio.

Soledad recorre, estremecida de asombro, el valle amigo, que le parece nuevo; cruza sobre una pontezuela temblorosa la corriente de las aguas febriles y arriba a los lindazos de su antiguo vergel.

Se queda inmóvil de estupor: la casa resplandece con los balcones iluminados y abiertos; la casa vive y sueña ceñida por la corona odorante del jardín; surten dentro la voz de un hombre, la risa de un niño, el cantar de una mujer.

Los guardianes de la vivienda la han arrendado, creyendo que su propietaria no volvería nunca. Y Soledad ahora descubre de improviso que habitan allí la juventud y el amor.

Empuja la cancela del huerto y se adelanta, bruscamente herida en sus más entrañables memorias.

Un rapaz sale a recibirla, hermoso y rubio lo mismo que Arcángel.

—¿Quién es usted?—pregunta con ardiente curiosidad.

—¿Quién eres tú?—balbuce como en sueños la viajera.

—Soy Querubín.

P A S T O R E L A S

Ella le abraza con ansioso transporte, le contempla con enloquecida expresión y descubre en los ojos cándidos de la criatura el ascua remota de una estrella, el fulgor de una mirada inolvidable, mientras oye cómo el murmullo de lo infinito palpita en la obscuridad.

La madre de Querubín se asoma solícita a buscarle, y al ver al niño entre el manto de luto de la desconocida, acude con los brazos abiertos como alas.

—No le hago ningún daño—murmura Soledad—. Se le entrega a la mujer feliz y añade con ferviente actitud:

—¡Que os bendiga Dios!

—¿Quién es usted?

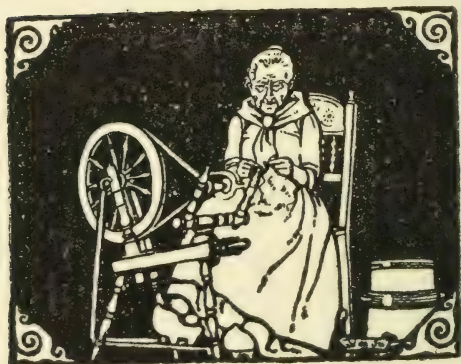
Pero la viajera no atiende la nueva pregunta; sube la mirada a la ceniza luminosa de los astros, traspone el huerto, le cierra con un respeto humilde y se aleja pensando que al día siguiente otorgará la casa en propiedad a Querubín, para que la memoria de su hijo quede más encendida que nunca en el aldeano rincón.

Porque sabe entonces de una manera conmovedora y providencial que jamás se extinguen los luminares del Señor en las cimas oscuras de las nubes ni en los ojos muertos de los niños; que ninguna huella perdura con tan fuerte virtud como la que lleva consigo el eterno influjo de la caridad.

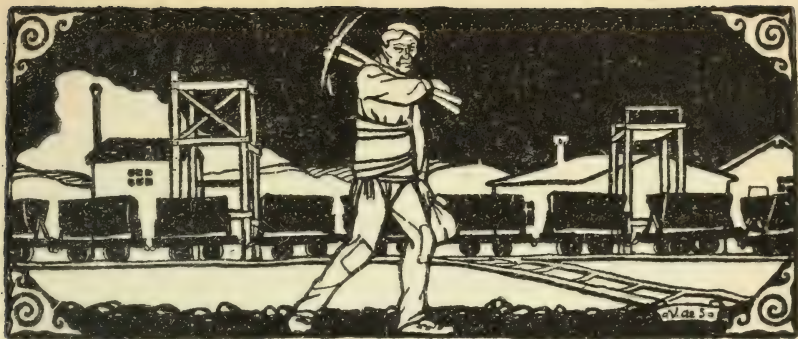
C O N C H A E S P I N A

Le parece oír cómo el fino rodaje de las cunas levanta en los campos de la existencia un eco augusto de esperanzas por encima de las fosas: la vida y la muerte dicen a la pobre mujer, en aquella hora rara de comprensión, muchos graves secretos consoladores.

Y emprende su camino de retorno con tranquila mansedumbre, bajo las alas abiertas de los cielos...



PIEDRAS Y BARRO



PIEDRAS Y BARRO



AN roto la calle con una zanja profunda, y hundidos en ella trabajan los obreros; con el dorso inclinado parece que algo buscan en la tierra movida. Pero se yerguen de pronto con la almádena poderosa entre las manos, con la frente mojada de sudor y el gesto hosco, lleno de indiferencia; no buscan más que su jornal de doce reales, que van a perseguir sacudiendo cientos de veces todos los músculos del cuerpo joven y firme.

Estos picachones cayendo y cayendo incesantemente en la abertura de la calle, este rodar de las

C O N C H A E S P I N A

pedras, este acarreo de arena y de cobijas han llenado de inusitados rumores el barrio apacible; un trajín de ruda faena endurece el aspecto siempre tranquilo de esta calle; jadean los obreros en el fondo de la hendidura, con el pecho desnudo y empolvada la ropa; a veces hablan, a ratos bromean; las picas envuelven con acompañamiento estrepitoso a las voces ruscas; uno lamenta:

—“Hace volcán,,... ¡Si hubiese “por ahí,, un poco de agua!

Y levanta de la tierra su cara enrojecida de calor, para asomarla investigadora al borde de la cárcava. Se alegra este semblante sollamado y estuoso viendo cómo sube camino arriba un muchachuelo que lleva en la mano un botijo rezumando agua fresca.

—¡Eh, guaje, déjame beber un poco!

El niño, complaciente, alarga el botijo.

—Tenga.

Bebe el mozo con delicia, abriendo una boca enorme al chorro limpio levantado sobre su cabeza. Cuando acaba, ya tiene otra extendida la mano.

Así, todas las bocas de la brigada gustan el refrigerio puro y frío, y el último hombre que bebe indica con expresiva mueca que no ha quedado “ni una gota,,. Luego, con una simple risotada, añade:

—Ahí va eso.

Y pone el cántaro en la tierra, a orilla de la aber-

P A S T O R E L A S

tura. Tal vez le posa bruscamente o, acaso, en lugar movedizo; una piedrecilla resbala delante de él y rueda por el acuesto en cárdenos pedazos...

El niño está muy absorto en la contemplación de esta obra de cantería, que tiene el barrio ensordecido. No parece importarle que le beban toda el agua; al contrario, la dilatada sonrisa y el placentero rostro demuestran que el chico queda muy satisfecho con prestar un favor a los gladiadores del trabajo. Porque a él, enteco y menudo, capaz apenas para transportar un botijo desde la fuente a su casa, le parecen gigantes aquellos hombres de velludo pecho y desarrollada musculatura, que cientos de veces clavan en la tierra el picachón hostil y trasladan de una parte a otra las enormes cobijas....

Con una emoción extraña el niño siente de pronto el ruido débil de su cántaro al quebrarse; entre el fragor áspero de las herramientas fué una nota quejosa y blanda aquel chasquido.

Avanza el muchacho entonces y mira con angustia los pedazos rojos que se hunden en el cauce; después mira a los obreros y espera con ansiedad una palabra tranquilizadora. Uno, el último que ha bebido, dice únicamente:

—Se rompió él solo, guaje; nadie tuvo la culpa.

Algunos se ríen de la cara asustada del chico; otros ni le miran siquiera cuando pregunta con timidez:

C O N C H A E S P I N A

—¿No me lo pagan?...

Y el estruendo de la faena ahoga esta vocecilla de cristal que parece un suspiro, esta voz que entre las adustas voces de los obreros ha sonado también quejosa y blanda, lo mismo que el barro al quebrarse entre las piedras.

La aflicción del pequeño se convierte en lágrimas silenciosas, al través de las cuales mira con terror a la brigada de obreros presa en los labios pedregosos de la rota.

Ya la vasija, que gimió al partirse, queda sepultada bajo glebas recientes levantadas por los azadones formidables. En un minuto se ha borrado la huella de esta desdicha que el niño llora con el llanto impotente de la debilidad y la pobreza... ¿Cómo han de pensar en el detalle menudo que le aflige a él, tan insignificante y tan inútil, aquellos púgiles del trabajo, aquellos hércules que enarbolan en la plenitud de la fuerza y la virilidad sus herramientas invencibles?

En tal momento de pesadumbre y abandono oye el muchacho un significativo siseo. Alza la cabeza y ve que por la ventana de un mirador le llama una niña. Corre allá y una mano infantil se asoma, mientras una voz suave pronuncia:

—Toma; para que compres "otro",.

Caen varias monedas que el niño recoge lleno de alegría. Sin saber cómo demostrar su gratitud,

P A S T O R E L A S

se echa a reír mirando a su bienhechora, que también se está riendo. Esta risa, dulce entre los bárbaros ruidos que llenan la calle, se desliza sobre las piedras y se apaga—como el débil chasquido del barro, como el lloro impotente del niño—en el estruendo de la lucha que los trabajadores sostienen por la vida...



A V A R I C I A



A V A R I C I A



ARECE vieja. Toda la figura, apergaminada y ruin, tiene un aspecto lamentable de decrepitud; en las comisuras de su boca, un pliegue hondo y amargo destierra la apacible expresión y sólo se descoge en momentos de sombría vo-

luptuosidad, cuando Narda sube trabajosamente la escalera temblona del sobrado y busca en los sobtrabes carcomidos un canuto de metal lleno de oro.

Entonces la mujer se acurruca en el suelo, cuenta cien veces las monedas rútilas y sonoras, las ofrece al rayo de sol que se filtra por los aljerores, y las pupilas turbias de la avara fulgen también,

mientras la boca se le engrandece con un gesto frío que procura ser una sonrisa.

En tan solemnes ocasiones, Narda suele oír un siseo leve y amigable, como si la llamaran. Vuelve la cabeza a un lado y a otro y no ve más que las hojas de maíz tendidas en un rincón. Unas manos secas y amarillas, rayadas de mugre, protegen con afán el tesoro. Atiende aún la codiciosa y vuelve a sonar el rumorcillo aquel.

—Será el diablo—murmura.

No piensa en el termite pacientísimo; no sabe, como Melampo el griego, escuchar lo que dicen los gusanos en el fondo de las vigas, ni es capaz de sentir cómo el tiempo rezuma gota a gota en los cantiles del sepulcro; sólo acierta a pensar en el demonio, y parece una bruja amistada secretamente con el Infierno.

Narda tiene una hija; ¿quién lo hubiese dicho? Pues sí; la bruja tuvo un esposo, y oyó que una niña la llamaba madre.

Este nombre sagrado pasó encima de su existencia sin tocarle el corazón.

Al esposo le había dicho con tremenda acritud:

—Vete a ganar la vida.

Y la vida no la ganó, al contrario; pero antes de perderla ganó un poco de dinero y se lo mandó a su mujer, que ya mostraba hosco el pliegue ahuyentador de la buena sonrisa maternal...

Tenía la muchacha cándidos los ojos, inculta la inteligencia y desmedrado el cuerpo, cuando Narda le dijo también, llena de espantosa ambición:

—Vete a ganar la vida.

Y la vida que ganó aquella infeliz toda fué un gemido de vergüenza y desventura. Pero de aquel triste clamor brotaron unas monedas mancilladas y la moza se las envió a su madre en el colmo de la insensatez.

Pasaban los años. Narda oyó decir que su hija estaba en un hospital, y un día recibió una carta suya precisamente en el momento de subir al escondite donde veneraba al ídolo.

Era una tarde inverniza; trotaba la lluvia por el campo; el viento, agudo como un clarín, calaba los intersticios del desván rodando sobre las tejas y remeciendo los alares; toda la casa padecía bajo la pesadumbre de la tormenta y la vejez.

Y la codiciosa, que anda torpe y malcayente al influjo de su propia codicia, piensa que en el llover existen peligros para su dinero. Puede el agua abrir

un surco por donde el tesoro se deslice en impene-
trables honduras; los dardos del viento pudieran
empujarle hasta recónditos abismos... Un ladrón
esconde sus pasos fácilmente en medio de tan fuer-
tes rumores... Hay que extremar la vigilancia, pre-
ciso es convencerse de que está allí seguro y es-
pléndido el caudal.

Narda lleva en el bolsillo la carta de su hija, en
la mano encendido un farol, en el pecho doliente
un quebranto que no ha sentido nunca. Registra
ansiosa el ostugo donde guarda el rollo de metal,
le apresa febril y después se amontona en el suelo
como de costumbre, ávida y trémula, despierto el
oído a los sonos mágicos del oro.

Las monedas encintilan y cantan en sartal sobre
el regazo abierto, como una cuna, allí donde la niña
abandonada no halló refugio, y el débil quejido de
un papel se levanta bajo la oralina canción.

La bruja presta mucho cuidado a todos los rui-
dos, por suaves que sean, porque teme una ase-
chancia; pero se tranquiliza al conocer la proceden-
cia del suspiro, que la deja indiferente como el
siseo del diablo.

Con las uñas corvinas rasga el sobre que se la-
mentaba, y a la luz vacilante del farol empieza a
leer.

En renglones confusos dice la moza que unos
traficantes de carne humana la quieren "ajustar.,

P A S T O R E L A S

para negociarla en América; pero que antes de venderse para un mercado tan remoto, del cual nunca ha de volver, prefiere irse al pueblo a trabajar, si su madre la recibe y se lo avisa pronto, ya que el barco está a punto de salir. No tiene dinero para el retorno a la aldea; está muy pobre, carece de amparo y de salud...

Narda no entiende lo que sigue; hay unas letras muy borrosas y la infame supone con inicua expresión:

—Han caído lágrimas aquí.

No siente que en sus ojos, incapaces de llorar, van cayendo las tinieblas infinitas; no percibe los misteriosos reclamos de la gran sombra, ni sabe que en la frialdad de sus huesos cunde ya la nieve de los difuntos.

Y continúa hechizada y perversa contando los discos relucientes, pensando con inconcebible obstinación:

—Si es cierto lo que dice esta carta, buen "jornal," ganará la hija y algo ha de mandarme...

Se remueven las hojas de maíz; por encima de los rugidos del temporal, un rumor cercano y siniestro acosa a la mujer.

—Será el diablo—repite como otras veces para ahuyentar el miedo, porque sólo teme las amenazas conocidas.

Pero su voz suena rota y agonizante; ha llegado

PASTORELAS

para Narda la hora terrible y oscura... Unos soplos mortales la penetran, una llamada tenaz la aturde; pierden sus dedos el tacto, sus pupilas se nublan y deja en el delantal sobre la carta dolorosa el tesoro maldito, fruto de la crueldad y el deshonor: el oro helado y amarillo como la Muerte.



LOS CAMINOS DEL VALLE



LOS CAMINOS DEL VALLE



A nuera, hosca y ceñuda, trasteaba en el hogar sin responder al viejo y sin mirarle. Y él se iba replegando hacia un rincón, tímidamente, a medida que ella avanzaba en maquinal trajín, haciendo retremblar los muebles y el tillado.

Mirábala el hombre con terrible ansiedad: su vida, aquel jirón de pálida existencia, pendía de los labios fruncidos de Marciana.

Era aquella la historia aprendida tantas veces en el realismo brutal de la miseria, para ser contada a los propios miserables como un ejemplo educador; la historia, trágica y doliente, del pobre an-

C O N C H A E S P I N A

ciano, inútil para todo lo que no sea llorar y sentir, que tiembla ante la intrusa, a quien el hijo ha convertido en dueña de la casa.

Cobarde el mozo, ha puesto en manos de su mujer los destinos del padre, y huye de la sentencia inícuca, lavándose las manos que no saben amparar al infeliz.

La esposa declara con rudeza que tiene asco al viejo, que la vida al lado suyo se le hace insufrible, y para acallar los tenues escrúpulos del marido, añade persuasiva:

—Hace años que trabajas para él; todo lo que hay aquí nos pertenece.

Un leve rubor se ha encendido en la frente del mozo, al contestar:

—Bueno; allá tú.

Y pretexto un urgente quehacer lejos de la casa, infame desde aquella hora.

Trató Marciana de ocultar su bárbara alegría con un insolente mal humor, al cual tiene el sentenciado mucha costumbre, y le provoca a una riña injusta que debe terminar con la despedida cruel.

Viéndola en tal enojo, el indefenso anciano quiere aplacarla con la revelación de un gran secreto:

—Guardo al pie de veinte duros—le dice humildemente—te los daré ahora mismo; yo creo que me moriré para cuando caiga la hoja; los primeros

P A S T O R E L A S

ábregos me llevan, de seguro ¡dejadme esperarlos aquí!... ¿Quieres...? ¡Déjame por Dios! Así conoceré al nieto... Conocerle es mi última codicia; ¡bendecirle y morir después entre vosotros!

Ella, procaz, altanera, gozando en la confusión del suplicante, responde:

—Los veinte duros no llegan para el cumplimiento parroquial, si sale cierto que usted se va con las hojas hogaño, y en los meses que faltan para que el ábrego salte, ¿no va usted a comer?

—Poco: no tengo dientes; no tengo hambre...

—¡Pero tiene usted babas!

El anciano aparenta no haber oído la punzadora injuria, y, ovillándose en su rincón, a cada instante más tembloroso, dobla la frente, surcada de tristezas:

—Sólo tengo sueño y fatiga—murmura—¡ten compasión de mí!

—¡Pues a dormir a la calle!

Se acerca a él la brava moza y le obliga a ponerse de pie.

Álzase el viejo como galvanizado, frío, espectral; le arde en los zarcos ojos un espanto indecible. Y la nuera le empuja con tremendo gozo, implacable, enardecida de furor al verle vacilar.

—¡Vamos!... Usted tiene ahorros y quiere vivir del sudor ajeno: ¡fuera de aquí!

El maltratado se yergue de tal manera en este momento, que parece arrogante, amenazador.

—No tienes alma—dice con su voz robusta de otros días mejores.—¡Tú no darás vida a un ángel!

Perpleja ante la inesperada rebeldía, la mujer pregunta:

—¿Es una maldición?

—¡Es un presentimiento!

La mano que se había extendido augural sobre la cabeza de Marciana, cayó a lo largo del cuerpo otra vez encogido y vacilante.

Alejóse el anciano, apoyado en su bastón de cachaba. Tomó un camino cualquiera y se perdió en la frescura de la noche que iba cayendo sobre el valle.

—¿Qué le quedaba a este hombre en el mundo?

Le quedaba un pedazo de vejez, en medio de unas sendas tan amigas, tan suyas, que pensó andarlas con valor, sintiéndose de pronto abrazado por todos los linderos de la vega, en apacible soledad. Hundía la memoria en lo pasado, y de las amarguras evocadas ninguna le dolía con arrepentimientos y vergüenza: tuvo amores y deberes y les consagró la juventud, la madurez, la vida esforzada y generosa mientras lo quiso Dios.

Aún pudo sonreír. Una serena conformidad le condujo hacia adelante, fiando el paso trémulo a la blandura del camino, acariciando con los ojos de

P A S T O R E L A S

prébita los perfiles de la serranía, ondulantes en el cielo bajo el plenilunio. Sentía más ligero el corazón. Iba meditando:—Tendrán aquí los hombres para mi ancianidad una mirada benigna y los campos una dulzura piadosa... moriré tranquilo sobre el amor y la caridad de mi valle; todas las rutas me conocen; me acogerán todas las lindes...

Volvió la cabeza como para despedirse del tiempo andado y bendecir las santas memorias tendidas sobre la mies, y de repente oyó un estrépito formidable y vió que llenaba la blancura de la carretera un ser monstruoso, girante y enloquecido, que le miraba con los ojos adustos de unos hombres enmascarados y le envolvía en una nube huracanada y mortal.

Cuando pasó el rápido tren, la noble columna de años quedó allí, triturada y vencida, en la tierra que supo la historia y los dolores del sin ventura peregrino: el patriarca del valle había muerto abandonado de la piedad y del amor...

Pocos días después, a Marciana le nacía una criatura yerta, una triste carne sin alma. Y la madre quedaba estéril, arrastrando en la sombra de su conciencia, como una maldición, la pesadumbre de no dar vida a un ángel.

EL AZOR



E L A Z O R



UANDO estaba el Sol más alto y el cielo más azul, abatió su vuelo el gavilán encima de la vega, dominándola toda con el poderío de las alas oscuras.

Se alborotaban los gallineros del contorno; unas mujeres le amenazaban con los puños tendidos, ahuyentándole con sus voces:

—¡Gela!... ¡Gela!...

El ave, orgullosa de las garras corvinas, despreció la gritería atarantada de las labradoras, y se entretuvo en seguir a un tren que, silbante y estrepitoso, iba a ganar las hoces, serpenteando alrededor de las montañas en atrevido zis-zás.

Unos novios celebraban la fiesta de la Patrona colocoquiando felices a la orilla del cortil.

Dijo él, sonriente, a su muchacha:

—¿Has visto al azor?

Ella, subiendo los ojos primaverales por la urna infinita del espacio, buscó y repuso:

—Sí; allí va.

Luego añadió, absorta y admirada:

—Es el señor de los pájaros y de los vientos... ¡Puede más que los hombres!

—¡Qué ha de poder!—murmuró celoso el galán—. ¡Deja que le apunte certero un cazador!

—No le alcanzaría—asegura la moza, viendo cómo el ave atraviesa de cumbre en cumbre sobre el gollizo, perdiéndose en lo azul.

Y añade con deleite:

—Sube más que un aeroplano; hasta los pastores cumbreños le pierden de vista... ¡No hay alas como las suyas!

El muchacho, dolido como si se tratara de un rival, aduce:

—Pues cuando está en celo no se remonta mucho; hace un nido bien ruín, blando como el de las torcaces, con ramas tiernas de abedul.

—Pero muy alto, en las cimas, casi en las nubes...

—¡No exageres, mujer!

—Yo he visto uno; le bajaron del bosque toda-

P A S T O R E L A S

vía caliente, con huevos dorados y rojos, sobre una mullida muy suave, llena de perfumes.

—Las hojas del aliso; ¿y qué?

—Nada; que tengo envidia al azor.

Las pupilas soñadoras, rubias como el cárabe, enfermas de inquietudes, se quedaron prendidas en la luz por donde había huído el gavián.

De pronto dijo la zagala con embeleso:

—¡Ya vuelve, mira!— Señaló un punto en el horizonte y apareció el rapaz, cismontano, seguro, veloz; tendía toda la envergadura sobre el aire fulgente, cándidas las cobijas y las penas en el corte del vuelo, dobladas las uñas en el olvido de una mansa embriaguez. Al volar encima del ferrocarril partió el humo de la locomotora a golpes de ala, y en seguida volvió a cernerse, confiado, a la lumbré del sol.

—Cuando emigra—pronunció la novia sin dejar de mirarle—dicen que vuela por las noches, a la luz de la Luna, y que sus gritos rodean tres veces las montañas con mucha pesadumbre.

—Sí, es ave del moro, llena de secretos—afirma el galán con desdén.

—¡Conoce los países lejanos al otro lado de la mar!

—El de Africa también le conozco yo.

—Porque fuiste a servir al Rey; pero este viajero es mucho más poderoso que tú..,

Según iba descendiendo el azor, se despertaba su instinto voraz y clavaba en la tierra las pupilas jalde, ansioso el vientre gris, abierto el pico azul.

De repente, en la espesura de un brañal sonó el traquido de un disparo, se hizo en el aire un rasguño invisible y cayó el pájaro en la mies, rota la altanería de su vuelo, con las plumas sangrientas y los ojos turbios.

—¿Lo ves?—le dijo a la niña su galán—. Ahí tienes la ufaneza de ese gran señor...

Aquella tarde los novios esperaban el ferrocarril, que llegó cansado de salvar los abismos y horadar las rocas. Unos cazadores aguardaban también, rodeados con orgullo de sus víctimas: yacía entre ellas el gavilán que por la mañana, retando al tren, venció al monte, traspuso la hoz y fué a perderse en el insondable azul. Temblaba, todavía moribundo, con la ceroma lívida, el pecho frío, quietas las alas, rojo de sangre el blanco humeral.

La zagala, que le había admirado por su hermosura y señorío, se inclinó hacia el novio para aludir:

—¿Es cierto que le labran en escudos como imagen de nobleza y poder?

—Es verdad.

PASTORELAS

—¿Porque roba y mata?

—O porque vence y sube...

—¡No le habrán visto temblar y morir!

—¿Ya no le tienes envidia?—susurró apasionado el mozo.

Y la niña repuso fervorosa:

—¡Le tengo lástima, como a todas las criaturas de Dios!

Salía el tren, llevándose con las presas de los cazadores el cadáver del pobre gavilán...



LA DULCE MENTIRA



LA DULCE MENTIRA



S Arcángel un niño humanitario y altruísta, un poco filósofo, algo soñador.

A él le gustan mucho los pájaros; le gustan con refinamientos sutiles de admiración y de piedad. Quiere tenerles cerca para darles azúcar, alpiste y hierbas olorosas; para ofrecerles un baño de cristal, un columpio de seda, una jaula bonita que tiemble al sol bajo el toldo benigno de los árboles o el resguardo casero de los miradores; quiere contemplarles enamoradamente muchas horas seguidas y gozar con su ligereza y su hermosura, con sus gorjas y sus cantos.

Pero al mismo tiempo Arcángel sospecha que la hospitalidad así ofrecida venga a ser una forma de dorada esclavitud. La conciencia pura del niño se alarma; él no pretende en modo alguno abusar de su poder ni que el pájaro le mire como a un monstruo.

Y a fuerza de discurrir ha encontrado un medio de conciliar su afición al cultivo de las avecillas con sus respetos por las santas libertades que dictaron leyes a las alas y a los nidos.

En el verano, Arcángel, familiarizado con bosques y campiñas desde su casa costanera, asila a un pájaro que le traen otros niños; suele ser un canario silvestre, un "talín", según el nombre popular montañés. Le cuida y le contempla hasta el otoño; entonces le da un beso después de abrir la jaula y le dice con una pena que oculta valeroso:

—Adiós, monín; hasta el año que viene.

El prisionero vuela algo torpe, se posa en un árbol, en un alar o en una pared. Luego cobra ánimos, lanza unos trinos audaces y gozosos que el nene escucha como una despedida, y desaparece en la fronda.

—Adiós, adiós—repite Arcángel, todavía con los ojos llenos de lágrimas—: no dejes de volver.

—Pi... pií...—se oye en un cuchicheo lejano, entre susurros de ramas y de brisas.

P A S T O R E L A S

Arcángel se queda triste; paga su generosidad con un dolor que angustia demasiado el inocente pecho. Mas al cabo recapacita y una deliciosa consolación premia sus caridades.

—El pajarín—supone—habrá ido a ver a su mamá; ¡qué contenta se va a poner!... Estarán hablando de mí; dirá él que soy muy bueno, que le di muchas cosas ricas y le dejé marcharse para hacerle más feliz...

Estos pensamientos le confortan y animan de tal modo, que sonríe con melancólica resignación mientras se extasía escuchando los indefinibles rumores que pueblan de misterios y suspiros el éter azul. Para la fantasía del niño cada vasto horizonte es una divina inmensidad donde gozan y triunfan mariposas y ángeles, pájaros y luceros.

Hace poco, el nuevo estío abrió otra vez la puerta de la jaula; un canario silvestre canta en ella, presume y se esponja bajo las atónitas miradas de Arcángel, que murmura:

—¿Será “el mismo„?... ¿Será aquel del año pasado?... Sí; porque yo le dije que volviera y le quise mucho... ¡Sin duda como estaban las ventanas cerradas se dejó cazar para venir!...

Arcángel sorprende nuestra sonrisa de incredulidad; una vaga pesadumbre oscurece su rostro y suplica insinuante:

—¡Vamos a decir que “era„ el mismo!

C O N C H A E S P I N A

El nene y el "talín," se miran con inefable inocencia. Después el uno canta y el otro ríe; están celebrando el éxito de esa dulce mentira que se llama Ilusión...



L A P O S A D A



LA POSADA



ACE más de cincuenta años que este matrimonio da posada a los pobres transeuntes.

El hábito piadosísimo fué una herencia que tuvo la esposa a la muerte de sus padres. Para ejercerle heredó también una cocina amplia y oscura, con lustrosas tarimas de nogal; un rejero empañado por el humo de dos siglos; un llar grande, abatido en la tierra, y un hondo sobrado, en el cual se renovaba el heno fragante cada otoño: este legado humilde le regía un noble corazón poseído de férvida misericordia.

El esposo de tan rica heredera fué un hombre

tranquilo y modesto que se conformó como a una ley inexcusable a la santa costumbre de dar posada.

Ambos campesinos cargaron la familiar obligación sobre los fuertes hombros de la juventud; ahora les ha llegado la vejez y siguen viviendo con la pesada cruz a cuestas.

Varias generaciones de truhanes, toda casta de peregrinos y vagabundos, hicieron durante largos años un desfile trágico y conmovedor por las húmedas lanchas de la cocina y el tillo oscilante del pajar: rostros patibularios, dañinos sentimientos, repugnantes dolencias, bárbaros amores, cuanto arrastra consigo por el mundo la triste humanidad ha traspuesto el dintel acogedor, ha pasado las vigiliyas y los sueños al cobijo de aquel hogar.

Y siempre ardió en él una lumbre nutrida y generosa que a ningún viajero le negaba su confortable luz; siempre la poesía de los llares aldeanos tuvo allí los matices y los ritos del buen fuego, sabio y purificador.

Las llamas se erguían ondulantes con rumor de banderas agitadas por el viento, se deshacían en ascuas rojas y menudas, crepitando con chispas azules. La fagina, seca y frágil, echada como cebo entre los duros troncos, levantaban un resplandor fugaz mientras las brasas cundían en el trashoguero rusiente, mezclándose con la ceniza de color de rosa: el crébol y el haya, el aliso y el roble, el cas-

P A S T O R E L A S

taño y el ábedul, inmolaban todas las noches su reciedumbre soberbia encima de la "gáraba,, y el escaramujo servil, dóciles unos y otros en manos de la rústica vestal.

Había sido la posadera muy gentil en la juventud, muy garrida en la madurez; gastó siempre una mirada pura, una sonrisa quieta para la constante procesión de mendigos que cientos de veces llegó a pedirle el bendito calor de la hospitalidad.

El posadero, que fué buen mozo y gran trabajador, había sentido el orgullo de que no faltasen en la cocina tradicional los fuertes coloños de combustible, los haces robustos de seroja y galabarde-ra, encendajas para hacer en el fogón un propicio lecho a los rescoldos; de suerte que nunca se apagó allí el sagrado fuego de la Caridad.

Floreció en muchos hijos aquel matrimonio, criaturas malogradas que pasaron como sombras rientes sobre el dulce nidal. Únicamente dos lograron salir de la niñez: un mozo que cayó soldado y murió en Cuba por España, y una moza que dió en hética, luego de lucir una hermosura singular, y se consumió triste y amarilla como un cirio, a la vera de la lumbre, entre los pordioseros caminantes.

Aún vive su memoria en aquel recinto santificado por el fuego y el dolor; aún vive, grata y suave, como un sahumero de belleza y de virtud.

C O N C H A E S P I N A

Se recuerda a menudo la noche en que Isabel, la infeliz muchacha padecida, se mostró pálida y calmosa a los resplandores de la hoguera, sobrazando una gavilla de gromos y extendiendo un bolsillo con treinta duros relucientes: había encontrado el tesoro entre la hierba olorosa del pajar, al mullir con esfuerzo caritativo las yacijas de los pobres y le ofrecía con admirable sencillez, afinojándose junto al hogar para asistirle con su carga de leña menuda.

Un hombre torvo y ceñudo se irguió en la sombra a reclamar los caudales; tenía el pelo jaro como el apóstol delator, la barba crecida, la mano segura y rapaz. Al recibir su dinero contempló a la moza con torpe avidez, hispido y tembloroso, igual que un ave de presa cuando se cierne sobre una paloma. Algo habló turbiamente, mirándole a la niña el traje humilde y los pies desnudos. Ella le clavó en los ojos zahínos una mirada celeste donde ya amanecía la eternidad; después, con un gesto parvo y altivo, desdeñó al hombre y puso la rocera entre las brasas: quedó toda ceñida de rutilante luz, y desde aquella noche, al huésped rubio, dueño de las treinta monedas, le llaman Judas los demás ambulantes conocidos...

Hoy el amo de la casa, que ha sido un hachero formidable, ya no puede levantar con bríos el astil sobre los troncos macizos; sólo a costa de mucha

P A S T O R E L A S

fatiga consigue alimentar el fogón con rozo y abiete, con escamonda y leña deleznable. Y la mujer, que ha perdido con los restos de su hermosura la sonrisa apacible, sólo en el semblante acuitado muestra su generosa voluntad de dar posada a los pobres del camino.

Van ellos entrando uno a uno hasta los escañiles de nogal, en los ásperos días invernales; mascullan lástimas y bendiciones, reniegos y pesadumbres, y los que por rara casualidad se sienten un poco agradecidos, procuran entretener a los viejos con memoranzas de otras horas amables.

Son casi todos los huéspedes bordoneros asiduos de la misma ruta, explotadores de la piedad comaricana; saben el atajo para subir a los pueblos montaraces, conocen el recodo asequible de todos los huertos, la esplendidez de todos los vecinos, la fecundidad de todas las cosechas, y obtienen frutas y maíz, lardo y borona, monedas de cobre y zatos de pan.

Muchos de estos ambularios, hombres y mujeres sin rumbo ni profesión, envejecen a la par de los posaderos, van y tornan cada mes por estos andurriales, posan en la cocina hospitalaria, duermen en el mullido henal: ya "Judas,, el del cabello rojo, el del bolsillo corruptor, ha encanecido en su industria humillante de haragán.

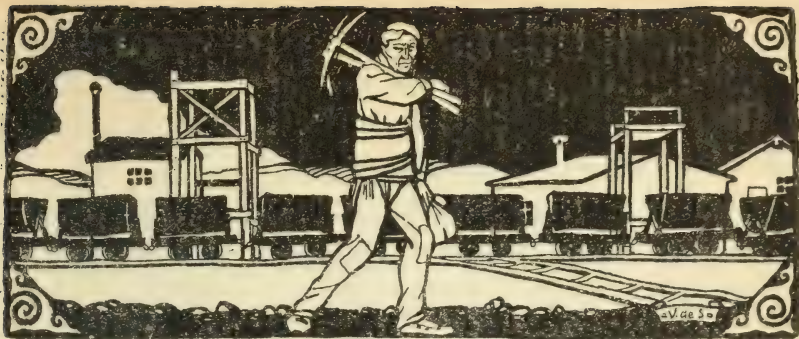
Y otros viajeros palidecen y se marchitan lo

C O N C H A E S P I N A

mismo que él, cerca de esta lumbre que arde como una fábula mortecina, sin matices ni resplandores; esta lumbre de perenne caridad que al apagarse, gime dolorida como un corazón...



EL DESDEÑADO



EL DESDEÑADO



AMOS a jugar?

—¿A qué?

—A que éramos unas señoritas muy guapas.

—Bueno...

—Y muy ricas.

—Y que teníamos unos novios.

—No; eso de novios es pecado; teníamos hijos nada más.

—Los papás se habían muerto.

—¡Sí; no había papás!

Decretada radicalmente la desaparición de los padres, las familias huérfanas de todo amparo varonil quedan constituidas a escape, no sin que las

mamás viudas tengan entre sí sus más y sus menos al discutir el reparto de los hijos.

Han armado en fila a la chiquillería menuda y todas quieren apropiarse los niños más hermosos.

Después de convenios y canjes, consiguen al fin una avenencia pacífica y quedan los chiquitines en poder de las madres de falda corta y ondulante melena, menos un niño feo y triste, vestido de luto, con la cara sucia.

No parece el pobre extrañarse de la soledad en que le dejan. ¿Acaso porque no encuentra en el hogar a la buena madre de su vida no tiene derecho a buscar en la calle una linda mamá de juguete?

Ni en broma espera este niño que ha de hallar un momento siquiera quien le mime y le diga *hijo mío* y le tome de la mano por un senderito suave del mundo.

Con las piernas zambas, como de criatura a quien se ha hecho andar antes de tiempo, va el nene despacito hasta el quicio de una puerta y allí posa, levantando hacia el grupo juguetón su carita desaliñada y mustia que no invita a besos ni halagos de los indiferentes.

Entre tanto, las mamás, muy decididas y afanosas, "han puesto casa," y han buscado zagala y cocinera.

Toman muy en serio su papel de señoras forma-

les y cargan la mano en el capítulo de reprimendas con verdadera fruición. Riña a los niños, riña a las criadas; ¡son unos genios terribles los de estas viudas! Pero nadie las respeta: los hijos se ríen, las domésticas se insubordinan, y una, más impaciente, rompe la comedia del juego para decir, “entre bastidores,:

—No quiero; no me riñas tanto, hija... ¡No vale!

—Pues ahora tú venías a decirme que el niño estaba malo.

—¡Ay, sí; qué risa!... Y se moría, ¿quieres?

—Sí, y hacemos un entierro. ¡Ya veréis qué precioso!

Con los ojos brillantes de ansiedad, aquella bárbara mamita trata de que el niño se tumbe en el césped de la campa; pero el chiquillo no sabe estarse quieto el tiempo necesario para morir. Entonces ella, encaprichada con su antojo, se queda pensativa y discurre que el niño que está inmóvil y triste en el quicio de aquella puerta serviría de molde para su proyecto.

Le llama sin más dilación:

—¿Quieres jugar a que tú eres mi hijo y te morirás?

La criatura enrojece de placer, tarda un instante en contestar porque le cuesta creer que le dirijan a él aquella pregunta seductora. Se levanta, y como

la niña, sonriente, le tiende la mano, él le da la suya lleno de alegría.

Sí; se estará muy quieto; se morirá con toda la perfección posible bajo la caricia de aquella voz suave que le dice *hijo mío* con maternales acentos, admirablemente imitados por la mamá de falda corta y ondulante melena.

Ya en el cumplimiento solícito de su obligación, la madrecita empieza por lavar la cara del sentenciado a muerte. Derrama en su pañuelo el agua de un botijo chiquitín y frota con actividad tal vez excesiva la piel de aquel rostro infantil marchito por el abandono y el dolor.

El nene se muestra muy satisfecho de la fregotina, y con la tez roja, con la grata sonrisa que le alegra, parece menos feo.

Todas las niñas le rodean mientras tendido en el prado cierra los ojos por orden de la mamá, que le cubre con su talma, le da un caramelo y le dice:

—Toma, monín; es una medicina.

Él, chupando con deleite, piensa que son muy dulces las recetas de las mamás, y la refitolera, de rodillas en el suelo, le susurra al oído:

—Ahora te mueres.

El *moribundo* aprieta los párpados, traga el azúcar y la mamá le da un beso, luego otro, le dice muchas veces *hijo mío*, mientras el rapaz se pone

P A S T O R E L A S

blanco de emoción bajo la dulzura de aquellos labios y aquellas palabras, descubriendo toda la hermosura de las caricias maternas.

Luego le suspenden entre varias nenas y le llevan, cantando, hasta el extremo de la braña florida para dejarle allí inerte y supino:

—¡Se acabó, se acabó el entierro!

Corren hacia el sitio donde antes jugaban, y el niño, al sentirse otra vez desdeñado y solo, se incorpora y medita; tiene ya el hábito de la resignación ceñido a la tierna carne mortificada; pero se persuade con profunda melancolía de que hubiera sido bueno morirse de verdad mecido por una madre... aunque fuera de juguete.



LAS FLORES DE MARAVILLA





LAS FLORES DE MARAVILLA



L niño afirmó que no quería ver la huerta ni el jardín; que estaba cansado de mirar los caminos desiertos del parque, los árboles deshojados, los cuadros de legumbres simétricos, monótonos, con las glebas en oro y los surcos fugaces.

—¿Y qué quieres ver, hijo mío?—le preguntó la madre angustiada.

—Quiero ver la calle.

—Pero ¡si aquí no hay calles!

—Pues el campo, el sendero por donde pasa la gente y juegan los niños.

—Tampoco hay gente: los vecinos son pobres.

Quedóse perplejo Luis María, y después de una breve meditación expuso:

—Los pobres, ¿no son gente?... Dice el padre José que son hijos de Dios y hermanos nuestros.

A su vez meditó la madre, y un poco azorada, repuso:

—Verdad será...

—Entonces quiero estarme en el salón que da sobre la cambera; si pasan muchachos los llamaré para jugar;... solo estoy muy aburrido.

—Pero, ¿te figuras que en el salón pueden entrar esos chicos descalzos y haraposos?... No es posible; mancharían las alfombras, te pegarían algo sucio de su cuerpo, destrozarian tus preciosos juguetes de Navidad.

Luis María bajó atristado su cabeza blanca y suspiró:

—Me cansan los juguetes.

Luego en sus pestañas séricas brilló una gota cristalina de llanto.

Le abrazó la dama con transportes de apasionada ternura, prometiéndole:

—Bajarás al salón, encanto mío; llevaremos allí cuanto pueda divertirte; se encenderá la estufa y yo jugaré contigo; ¿quieres?

A todo respondió que sí el enfermito con patente alegría, y aprovechando la benevolencia de su madre propuso:

P A S T O R E L A S

—Y si pasan chiquillos, aunque sean haraposos, ¿me dejarás hablar con ellos por la ventana?...

—Sí, sí—dijo ella, gozosa de verle animado—; harás lo que tú quieras.

Se preparó el salón y el niño quedó instalado en él con su gran equipaje de juguetes. Se perdía el gusto entre tantas preciosidades: automóviles, globos, caballos, un tren, una bicicleta, una embarcación... Todos los parientes habían enviado su regalo pascual al heredero enfermo, al hijo único de los condes de Villegas, amenazado de muerte por una extraña consunción y un prematuro hastío de la vida.

La última prescripción de los médicos había sido favorable a una temporada de reposo en el campo. Y los condes partieron inmediatamente para su finca de Cildad, en la Montaña.

Yendo allí los colonos y los arrendatarios a ofrecer sus respetos a la condesa, algunas aldeanas le habían dicho con devota convicción:

—El señorito sanaría mediante las flores de la Virgen.

—¿De qué Virgen?

—La del Puerto, que se venera en la altura del pico Jano.

—¿Y qué flores son esas?

—Unas muy preciosas, blancas y azules como el manto de la imagen. Con poner un ramo de ellas

encima del corazón se curan las melancolías y la "punta de fiebre,, y todos los males reconcentrados que los médicos no descubren.

Algo incrédula, pero curiosa, preguntó la condesa:

—¿Son muy caras esas flores?

—No se venden; se cogen alrededor del santuario; pero hay tan pocas que es muy difícil encontrarlas; sobre todo en este tiempo.

—¿De modo que duran todo el año?

—Siempre... ¡como son cosa de maravilla!...

—Y secas, ¿no sirven?

—Han de ser lozanas, señora; recién cogidas y con los colores bien pintos.

Sonrió un poco burlona la condesa, y Luis María, que oyó muy atento el pintoresco relato, quedóse meditabundo. Recordaba que el padre José le había contado historias de muchas curaciones hechas por la Virgen con procedimientos cándidos y sencillos, como el que decían los buenos labradores de Cildad.

El silloncito de Luis María se arrimaba a las rejas del salón; las vidrieras se habían abierto por antojo del niño, y llamados por su mano descolo-

P A S T O R E L A S

rida, dos *serrojanos* hablaban con él desde la calzada, en voz queda y prudente.

Desde el fondo de la habitación la madre velaba al hijo, llena de pesadumbre, mientras él preguntaba a los muchachos montañeses:

—¿Qué sois vosotros?

—Somos... serrojanos.

—Y eso, ¿qué es?

—Pues... pastores...

Levantó Luis María hasta las montañas oscuras sus ojos, fatigados por la luz, y después contempló con admiración la robustez de aquellos niños, tal vez de su misma edad.

Ellos hundían en el salón penumbroso las ávidas miradas, hechas a las fragosidades del monte, atónitas ante la blandura de alcatifas, rasos y pieles. Por preguntar algo también, dijeron:

—¿Y qué eres tú?

Quedóse indeciso Luis María y, un poco avergonzado, contestó:

—Yo soy... nada; ¡estoy enfermo!

Viéndole con la frente inclinada en dolorosa actitud, la madre corrió solícita hacia él.

—¿Qué tienes, bien mío?... ¿Qué quieres, hijo de mi alma?

El niño vaciló un momento antes de responder:

—Quería... darles eso—y señalaba los juguetes, mirando a los pastores.

C O N C H A E S P I N A

La dama, por cumplir aquel gusto, asintió:

—Pues les daremos algo. A ver: este ferrocarril...

Movió la cabeza Luis María:

—No, no; quiero dárselo todo; es Navidad y no tienen regalos.

Como la madre no parecía muy conforme, suplicó:

—¡Anda, deja que entren por ello!

Dió al fin su permiso la condesa, y entraron los rapaces pisando de puntillas los tapices.

Se iluminaba el semblante del enfermito con santo destello de gozo y de bondad, y era toda dulzura su voz al repetir:

—¡Llévadlo todo... os lo quiero dar!

Los favorecidos, sin excusarse, con la llaneza propia de su candor, se cargaron de preciosos dones, y la señora, al verles tan ágiles y lozanos, tan firmes en la vida, lloraba amargamente en un extremo de la estancia, en tanto que los montañeses, penetrados de agradecimiento, le decían a su amigo:

—También te daremos algo nosotros: ¿quieres un corderín?... ¿Quieres miel?... ¿Quieres manzanas?

El enfermo a todo respondía que no.

—¿Nada te gusta de lo que tenemos?

—Sí: vuestra alegría, vuestra salud...

P A S T O R E L A S

En el contento sumo de los zagales cayeron estas palabras como una sombra. Y se alejaron transidos de compasión.

Alboreaba el tardío amanecer de aquella Navidad, cuando llamaron a la condesa que descansaba cerca de su hijo.

—Señora: unos muchachos del pueblo hacen al señorito un presente y dicen que se le tienen que dar ahora mismo.

—¿Están locos?—preguntó impaciente la dama.

Pero Luis María, con su voz más quejosa, intervino:

—Por Dios, madre, déjalos llegar; son pastores, amigos del Niño Jesús, y acaso me traigan de su parte algún bien.

—¡Delira!—suspiró la condesa; y salió mientras consentía a los montañeses entrar; pero volvió a poco llena de inquietud, hallándoles junto al lecho con los miserables vestidos mojados por la escarcha, ya que toda la noche, a la luz nitescente de la luna plena, anduvieron por las alturas del pico Jano, en torno a la capilla de Nuestra Señora del Puerto.

Sorprendida por la radiosa expresión de su hijo, preguntó la madre:

C O N C H A E S P I N A

—¿Qué te han regalado?

—La alegría, la salud... mira, mira: ¡las flores de la Virgen!

Y encima de su corazón las flores de maravilla, cosechadas por la gratitud de aquellos pobres niños, lucían sus rútilos colores, blancas y azules, como el manto de la imagen.

Era firme y segura la voz de Luis María, que alargaba los brazos a su madre con un movimiento vigoroso y feliz... Su caridad florecía en la gloria de un prodigio; su fe le había salvado.



ÚNICO DÍA



ÚNICO DÍA



ODA ilusión nos parece muerta en esta oscura mañana.

La más implacable nube tiende sobre el caserío una espesa cortina de llanto, y van rasas las calles y las camberas, las praderías y el camino real.

Muge el rabión, enrojecido y espumoso, en la honda vaguada; están enfangados los cortiles, encharcados los huertos, lacrimosos los socarrenes, henchidas las canalejas; ha roto su margen el rejagal serraniego, formando arroyadas por las costanillas abajo; el agua, tan purificadora y limpia de suyo, todo lo entristece y enturbia.

Y no se oye más rumor que su gemido, ancho y tremulante, igual que un enorme sollozo.

A veces pasa un tren: va silbando y corriendo por la campiña, sin detenerse, como si quisiera apagar con su grito el lamento de la lluvia, como si huyera del llanto de la mañana.

Ya nos creemos definitivamente olvidados en la quejosa inundación del valle, cuando el trágico llorar queda roto por el eco bullanguero de unas coplas, y una procesión de gente feliz invade el lodazal del camino y destaca en nuestro paisaje los violentos colores de unos trajes de mujer, la ufanía de unos arreos varoniles en traza de fiesta.

Va por aquí la mocedad del pueblo, endomingada y alegre; lleva unas panderetas y entona unos cantares; en el centro del grupo una pareja, moza y mozo, se yergue entre las demás.

Ella viste de merino negro y está muy colorada; él se cubre de paño pardo y tiene cara de bobo. Los dos se miran, sonríen, se mojan, y del cortejo, que sufre con intrepidez las inclemencias del agua, salen unas voces juveniles gritando:

—¡Vivan los novios!

Vuela un cantar resonante en el viento adusto; un bárbaro ijujú hiende la niebla como un cuchillo y retumba en la cerrazón de los contornos.

Bien merece vítores y cantares el denuedo de estos muchachos que ríen bajo el azote de la lluvia

P A S T O R E L A S

al soldar sus pobres vidas con una cadena de sacrificios en esta mañana terrible.

Hoy, en la casa mezquina de la novia, hay chocolate barato, galletas y azucarillos; hay también arroz con leche, vino blanco y torrijas; ¡sabe Dios cuándo volverán a servirse estos manjares succulentos en aquella ahumada cocina!

Hoy la moza lleva zapatos dentro de sus abarcas de nogal y luce en el dedo cordial una complicada sortija de similar; hoy el flamante marido la habla con mesura, la mira a los ojos y se sienta a su lado; hoy, a los sones de la lluvia pertinaz, florece risueña la ilusión de esta mujer; hoy es su gran día, su día único.

Mañana, mañana mismo, el esposo hablará recio, con entonación de mando, a esta criatura humilde y tímida, cuyas manos despojadas del anillo seductor seguirán endureciéndose en todas las faenas serviles. Y aunque el Sol campe y la tierra lozanee y el cielo sonría, la ilusión de esta mujer se habrá marchitado ya; porque en el austero jardín de la pobreza las rosas logradas del amor tienen una vida tan fugaz como el vuelo del ave y de la estrella.

El cortejo de la boda deslía sus cantos alegres en el aire frío y apaga el bizarro matiz de sus colores detrás de la cortina de la lluvia.

Y nos quedamos otra vez solos con la mañana

C O N C H A E S P I N A

que gime, pensando con inmensa piedad en la moza vestida de negro que ha tenido por suyo únicamente este día helado y gris de incesante llover, estas horas invernizas del Norte que no acaban nunca de llorar...



SANGRE PLEBEYA



SANGRE PLEBEYA



N pareja, como las palomas, atravesaron el bosque y salieron a un vallecito dulce, cuyo tapiz rizado por la brisa aparecía moteado de lirios en flor.

Olía bien la vida en aquel valle, blando y mimoso, y las muchachas, poseídas de un inexplicable deleite, se detuvieron a mirar la suave llanura en que un regatuelo parlanchín urdía sus murmullos, cándidos como una plegaria.

Inmóviles en el lindazo del arroyo, podía compararse a las niñas, muy propiamente, con dos rosas: la una, blanca y débil; la otra, roja y firme.

Era fácil suponer que la más pequeña y delicada pertenecía a distinguida gente de los contornos, y que la mayor y más robusta había nacido de humilde raza campesina.

La seductora democracia de la niñez, estimulada por las sencillas costumbres del campo, unieron a la plebeya y a la señorita de tal modo, que los quince años de Rosa se convirtieron en el más fiel escudo de las once primaveras de Blanca.

Aunque tarde, las niñas, después de correr mucho fuéronse a descansar sobre la adorable alfombra de la pradera y no supieron cómo el día huyó sin que ellas lo sintiesen, hasta que de pronto vieron palidecer las motas blancas de los lirios y borrarse la sonrisa moribunda del Sol.

Mientras desandaron el dulce valle y llegaron al bosque cerró la sombra, sin que la luna se dignase colgar del cielo el globo de su luz, tan amigo de los poetas como de las niñas hermosas.

Entonces las muchachas tuvieron inquietud y pesar, ante la certeza de volver al pueblo ya crecida la noche. Sobre todo la señorita se angustiaba pensando en la ansiedad de sus padres, que siempre habían compartido con ella la hora melancólica del anochecer.

—Es preciso llegar en seguida—dijo a su compañera—; ¿sabes tú algún atajo?

—Uno sé; pero está muy cerrado por la hojazón.

P A S T O R E L A S

—No importa; llévame.

La campesina se detuvo un momento como haciendo memoria, y al cabo murmuró:

—Por aquí debe ser; ¡vamos!

Quizá estuvo un poco indecisa la voz de la zagalita cuando guiaba a través de la espesura. Es lo cierto que después de caminar un buen rato difícilmente entre zarzas viciosas y helechos bravíos, bajo la densa oscuridad, Rosa confesó que no daba con el atajo.

Quisieron volver al punto de partida en demanda del trillado camino y sólo consiguieron extrañarse más en la fragura creciente del bosque.

Enojada Rosa con su torpeza, se culpaba a sí misma duramente, achacándose toda la responsabilidad de aquella aventura, que empezaba a hacerse temible.

Iba la moza delante, abriendo camino con su gallardo cuerpo, vibrante de impaciencia. Tendía los brazos alrededor de Blanca para evitarle tropezos y caídas, y se rasgaba los vestidos y la piel con las argomas y los escajos.

Anduvieron así mucho tiempo, en desatinada carrera que las hundía en la negrura del bosque, sin reposo y sin rumbo, hasta que Rosa, viendo a su amiga muy fatigada y anhelante, la tomó en sus brazos protectores y la llevó un buen trecho mecida como a un niño.

C O N C H A E S P I N A

Rendida a su vez, buscó a tientas un lugar benigno donde sentarse, y recostada en un tronco, sobre musgo y seroja, le preparó en su regazo un lecho a la señorita, con tal previsión y solicitud, que Blanca, después de llorar y gemir, acabó por dormirse.

Era la noche oscura y caliente; soplabla el noto blando, que al sacudir la selva la hacía palpar como un gran corazón estremecido. En la altura fragante de las alisas silbaba un malvís con agudas notas de pasión, y en el suelo, entre la escamonda y las flores, cantaban locamente los grillos y las ranas de zarzal.

Buena amiga de las mansas criaturas de aquel bosque, Rosa no tuvo miedo a los animales ocultos en cados y socavones ni en árboles y raíces; pero se acordó con algún sobresalto de los lémures y las brujas, y hasta creyó sentir el roce del sortilegio en el susurro misterioso de los hontanares que discurrían lueñes y en la voz sabatina de las campanas tocando a vísperas en la torre.

Cansada y triste, con las manos sangrientas y el cuerpo dolorido, veló el sueño de Blanca con tierna devoción hasta que la aurora, roja y desnuda, se asomó a naciente.

Con el nuevo día despertó la vida pujante sobre la tierra virgen del brañal, y en el corazón de Rosa se despertó el gozo de haber cumplido cerca de

P A S T O R E L A S

Blanca un fraternal deber. Viéndola abrir los ojos llenos de incertidumbre, le prometió en seguida hallar un fácil huella por los ambajes de la selva y salir de la prisión del arbolado hasta el camino seguro.

Oteó las lindes desembozadas a la luz del sol, acertó a orientarse y al cabo de una hora entraron en la aldea.

En aquel instante deseado, el temor y el placer hicieron flaquear de nuevo las fuerzas de Blanquita. Detúvose temblona y demudada, y otra vez su valiente compañera la alzó en sus brazos y la llevó mecida como a un niño.

Llegó así a la casa de la señorita, y no tuvo que llamar; en todas las ventanas había ojos inquietos atalayando la mies y las veredas, después de haber buscado a la niña toda la noche, bajo el anhelo de sus padres, locos de pesadumbre... ¡También la madre de Rosa andaba desolada campo adelante, sin hallar noticias de su hija!

Corrieron los criados entre exclamaciones y gritos al encuentro de las muchachas y arrebataron a Blanca de los brazos de Rosa, abrumando a la campesina con reproches y preguntas:

—¿De dónde la traes así?

—¿Qué la has hecho?

—¡Si está llena de sangre!

La zagala, más aturdida que en medio del bosque penumbroso, logró responder:

—Esa sangre es mía, de mis manos...

—¡Ah, bueno!... ¡Es que si no!...

Otra voz aceda chillaba:

—¡Habrás visto la bigardona!... ¡Poner a la niña en este estado, con lo sobrellevada que la tienen los señores!

La pobre moza se atrevió a balbucir:

—Yo no he podido más... que lo diga ella.

Pero "ella", viéndose mimada por la servil adulación, abismóse en un silencio ingrato y sólo pudo lloriquear abrazada a sus padres, que llegaron presurosos y felices a recibirla, y que sin aprender los detalles de la inocente aventura, se unieron a la servidumbre para tratar a Rosa con acritud.

La zagala miró a su amiga, llena de asombro y de tristeza, aguardando una palabra que la defendiese de tan injustas acusaciones.

Blanca seguía callando, y su madre, molesta por la pertinaz interrogación de aquellos ojos desolados y tristes, volvióse hacia Rosa para despedirla con desdén, preguntándole:

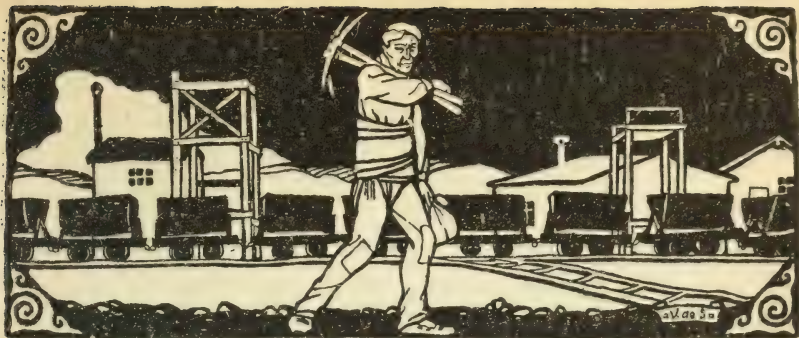
—¿Qué quieres?... ¿Se te ha perdido aquí algo?

Con la voz empañada de amargura, repuso la moza:

—Sí; esas flores coloradas que le he pintado a la señorita en el vestido, ¡que me las devuelva!

Y extendía las manos heridas, pidiendo una limosna de gratitud...

EL NIÑO MORO



EL NIÑO MORO



E había quedado a Luisa de su breve matrimonio un chiquitín mustio y comalido que a todas horas gemía igual que si padeciese la nostalgia del cielo; un lazo de luto flameaba sobre la gorrita del niño como fúnebre señal de predestinación.

Era el nene toda la esperanza, todo el consuelo de la pobre mujer, que adoró al esposo y únicamente por la prenda de su amor encontraba verdadera la vida: trabajar mucho para el hijo, verle crecer gallardo y noble como el padre, quererle y bendecirle parecía el solo premio codiciado por aquel gran dolor.

C O N C H A E S P I N A

Cosía la moza de la mañana a la noche, jornalera en un taller, mientras su madre gobernaba el hogar y cuidaba del niño.

Así llegó la Pascua de Navidades, y precisamente en la Nochebuena cumplía dos años el pequeño; era preciso aventar un poco las pesadumbres y celebrar la fiesta del Niño Dios con un amanecer de ilusiones.

Afanó Luisa un vestido blanco para su nene, y al dar en él las últimas puntadas aquella tarde, levantaba con indecisión el lacito negro, consultando:

—¿Se le pondré?

—No se le pongas, no—dijo la abuela llena de inquietud.

Y a espaldas de la joven movía la cabeza con desaliento, mecía en el regazo a la criatura, que parecía de cera, y pensaba:

—Se muere... ¡No estrena el vestido!

En esto llamaron a la puerta del zaguán y una mendiga clamó desde allí su ruego, terminado en lástimas:

—¡Una madre y un hijo que no tienen qué comer!

Bajó Luisa con un pedazo de pan y quedóse prendada del hermoso chiquillo, próximamente de la edad del suyo, que le tendía la mano regordeta y morada de frío.

P A S T O R E L A S

—¿Cómo se llama?—preguntó acariciándole.

—No tiene nombre; es moro, señora.

—¿Moro este niño?... ¿De Africa?

—No; pero está sin bautizar.

—¿Y por qué?

—Porque cuesta dinero y somos demasiado miserables... ¡ya lo ve!

—¿Por eso nada más?

—¿Le parece poco?

—Pues mire, el cura de esta parroquia tiene bautizados muchos rapaces de caridad; ¿quiere que con el suyo hagamos la prueba?

La desconocida, sin responder, alegó:

—Pero está en cuerinos y no es decente...

—Yo le vestiré—apresuróse a decir la muchacha.

Y ya practicando su generosa resolución, acomodó a la mendiga en un cuartito medianero del portal y subió a conferenciar con su madre.

Las almas buenas se entienden en seguida; aquellas dos mujeres quedaron de acuerdo en un instante, y la moza, contando con la piedad del sacerdote, sólo se preocupó de engalanar al niño "moro," para llevarle a la iglesia.

Revolviendo las ropitas de su hijo, iba diciendo:

—¡Todo es tan ruino, madre!

—¡Es la verdad!

—¿Si le pusiéramos el vestido nuevo?...

—Y que es albo como la inocencia...

—¡Pero luego quitársele!...

—Tienes razón; da en cara.

—Entonces, ¿qué haré?

—Yo, en tu caso..., se le daría de todo.

—¿Y después Jesúsín?

—Después... ¡Dios dirá!

—Piensa usted bien, madre. Y acaso Dios, por esta limosna que hagamos, nos le dejará florecer—murmuró Luisa, viendo a su hijo pálido y quieto en brazos de la abuela.

Se arrancó valerosamente de sus graves meditaciones para ir a dar aviso a la parroquia, y antes de salir habló con la mendiga indicándole que tendría que declarar su nombre y el del padre del chiquillo, así como el lugar de su procedencia.

Pensaba que no eran menester otros requisitos para bautizar a su ahijado, y cuando volvió muy diligente a vestirle, había desaparecido la forastera, la cual, sin duda para huir mejor, dejó abandonado al nene, que al ver a Luisa tendió los bracitos sin extrañeza, acomodándose en los de la moza como para dormirse.

Arriba algunas comadres glosaban el suceso, asegurando que la mujer fugada era una ladrona de niños perseguida por la Justicia.

Estaba la abuela escuchando estas cosas turbadamente, mientras le llegaba hasta los huesos el frío mortal de Jesúsín.

P A S T O R E L A S

Al entrar Luisa y penetrarse del susto de la anciana, no sabiendo qué hacer con el niño ajeno le acostó en la cuna.

Se fueron las vecinas a preparar la colación y la fiesta de cada hogar, en tanto que las dos mujeres, viendo a Jesús morir, callaban, transidas de dolor.

Ya cuando la criatura iba a expirar, sollozó Luisa:

—¡Ay, madre, qué Nochebuena!

—También a la Virgen María se le murió su Hijo, que nació en esta noche... y era Dios.

—¡Bendito sea Él—gimió la muchacha.

—Mira ese inocente abandonado y desvalido; ¡más feliz será el tuyo!

Echó la triste madre una mirada a la cuna y dijo:

—Nosotras le valdremos. Ya le hicimos don del vestido de Jesús; ahora le daremos todo lo demás... y pan y techo si nadie le reclama: de moro que es le volveremos cristiano...

—Dan las doce, hija mía; santas palabras te puso el Señor en la boca para celebrar su nacimiento...

Exhalaba Jesús el último suspiro, y la vieja musitó:

—Ya bajaron los ángeles por él...

Inquietóse el niño forastero como si también soñando agitase las alas. Y Luisa sujetó con una mano su corazón partido de pena, y con la otra se puso a mecer al "morito",.

C O N C H A E S P I N A

Llegó entonces una mujer a preguntar por el enfermo, y al ver aquellos semblantes demudados, un niño difunto sobre el pecho de la abuela y otro extraño en la cuna, preguntó con asombro:

—Pero, ¿qué hacéis?

Contestó la anciana:

—Estamos cumpliendo la voluntad divina.

Y la moza repuso, humilde:

—Estamos celebrando la Nochebuena...



L A R U T A B L A N C A



LA RUTA BLANCA



ENÍA Rosa Luz dos pichones palomariegos, lindísimos y alegres, tan dóciles y mansos, que se le posaban en los hombros y le tomaban en la boca los granos partidos de maíz y las migajas de pan.

Lucían el plumaje de las alas ceniciento y azul, el pecho morado, el pico amarillo, las patas rojas: eran de casta real, cruzada con la mensajera, domesticada y arrulladora, y la nena los prefería entre todo el bando con mimos especiales.

Doce años cuenta la zagala, doce años campesinos y puros, florecidos en la silvestre paz de un caserío montaños.

Se había quedado sola en el mundo con su madre, viuda y joven, muy arrestada para el trabajo, muy valiente en la bárbara puja labradora. Desde la temprana viudez mereció por su belleza y su virtud reiteradas solicitudes matrimoniales; pero ella quiso vivir para su niña y renunció a nuevas nupcias con decidido tesón. En sus manos, firmes y abnegadas, la hacienda mezquina se mantuvo sin menoscabo, mientras Rosa Luz fué creciendo risueña y gentil, mimada como los zuritos que hoy se arrullan en su palomar.

A gala tiene la chiquilla el imitar a su madre en lo hacendosa y pulcra; así, desde que cumplió la docena de abril, siembra el huerto con mucha disposición, laba y cose la ropa y se ocupa con singular encanto de cebar a los palomos chiquitines y prodigar sus desvelos a las hembras ponedoras.

La prematura abnegación de la mujer aldeana se inicia en Rosa Luz con una impaciencia dolorosa: quiere ayudar mucho a su madre, levantarle de los hombros, en lo posible, la carga de la vida, remar a su lado con denuedo en los temporales de la pobreza. Y se yergue con orgullo cada vez que le evita un trajín, un afán; se esponja y se estimula cuando sabe cuidarla un poco, devolverle, a fuerza de gracia y devoción, alguno de aquellos agasajos que de ella ha recibido a manos llenas.

P A S T O R E L A S

Al calor de tan vivo interés, cree la niña observar que está su madre algo decaída: anda más triste que de costumbre, y mirándola mucho con ojos avizores, se le nota un esfuerzo más penoso en la diaria faena, y en los breves momentos de descanso una angustiosa expresión de languidez.

Antaño, cuando vivía la abuelita, ya estuvo así, delicada y mustia Asunción, la moza ejemplar, y entonces su madre puso remedio a la amenazada salud con un gran elixir elaborado por los frailes de la villa.

Fué allá la anciana un día de mercado, con mucho sigilo, desde el cumbreño casal del Cintul, y llevóse dos palomas torcaces, bien cebadas, que le valieron, precisamente, el importe de una botella de licor.

Y un sorbo diario de la maravillosa bebida curó a la muchacha de la anémica endeblez que antes de conocerse tan eficaz composición, hubiera exigido la asistencia del médico o el largo tratamiento aldeano de "las siete cosas,,.

No olvida estos antecedentes Rosa Luz: vive desde hace tiempo muy atisbadora y vigilante, como si se alzara en la punta de los pies delectando la vida.

Tanto deseo tiene de intervenir en ella igual que una mujer, que procura alargarse la falda, ceñirse el corpiño, recogerse las trenzas en un moño y em-

pinarse con mucha gallardía sobre las abarcas de tarugos.

Así, con ávida penetración, fija en su madre los ojos, la persigue con solícito desvelo, y acaba por cerciorarse de que necesita una botella de elixir.

Es preciso comprarla sin que la enferma se entere, porque no lo consentiría: cuesta diez reales y es demasiado precio para las pobres labradoras de Cintul: los cultivos de un campo añojal y de una haza de mies no les permite remediarse con el excelente vino.

Pero Rosa Luz no se considera menos industriosa que la difunta abuelita. Acudirá también al averrío arrullador y no serán torcaces las que lleve a la feria, si no que ha de elegir lo mejor del bando, los pichones hermosos y preferidos, mediante los cuales se propone comprar hasta dos botellas de la reparadora medicina; porque los palomos tiernos se pagan muy bien, y sin duda son los suyos un exquisito manjar.

Al pensarlo así, algo dulce y amable se le rompe en el corazón; un cariño tembloroso y amenazado le duele en él, llenando de lágrimas los ojos de la niña.

Pero refrena al punto aquel dolor, arrepentida de sentirle, ofreciéndole por su madre con entusiasmo fervoroso.

Y sube al desván donde anidan las aves libres

P A S T O R E L A S

que vuelan en el cielo, las criaturas superiores, gracia del éter, sonrisa del aire, que conocen la ciencia de las curvas y de los arcos y se mecén en el viento, y viven en la luz. Goza la chiquilla con ellas, rodeada de aleteos y arrullos, bajo una aureola de candidez, como San Francisco de Asís, y luego prende los palomos destinados a la inmolación; les acaricia mucho, les pone blanda y fina la ligadura de las patas y un lazo de adorno sobre el alto collar.

Con un fácil pretexto dispone su viaje la víspera del día feriado; hay que mercar hilo y agujas; hay que vender una dorada manteca y medio celemin de nueces escogidas. Puede ella fácilmente con la carga, y se brinda con mucha solicitud: saldrá tempranito para ir despacio; volverá antes de anochecer y en el fondo de su banasta pondrá la frugal comida de las doce.

Asunción la deja ir, no sin alguna resistencia: le parecen el camino largo y el día corto para que la rapaza marche sola; pero ella asegura que encontrará compañía, y oculta su tesoro con mucha habilidad.

Desde el amanecer estuvo escuchando los rumores nacientes. Oyó el rústico ¡Aoa! del pastor que junta la rehala para conducir el ganado a travesío; la voz nómada es aún el eco de las tribus paganas que constituyeron en la región los dólmenes y

menhires; en cada aurora resuena el grito formidable como trasunto de la primera civilización y sirve de alerta a los vecinos para emprender la lucha de una nueva jornada.

Al resonante aviso comenzó Rosa Luz a vestirse aquel día, con muchas precauciones, para no despertar a su madre; la dejó bien arropada bajo el centón de colorines y salió muy diligente al campo silencioso.

Turbio estaba el cielo, pálida y tardía fué llegando la mañana; soplaron vientos altanos con rápidas virazones que alzaban en el ejido tolvaneras y arrastraban por la colina la voz querelosa de los arroyos.

No encontró Rosa Luz a ningún feriante del poblado, ni vió con recelo las nubes agachadas y ceñudas: iba pensando en su madre, sonriendo a la certidumbre de confortarla con el magnífico licor.

Dos leguas de trocha hacia el valle, entre lindes de zarzamora y macizos de helecho, bajo el toldo sombrío del celaje, dieron con la serrana en el mercado.

Acomodada allí, después de curiosear ligeramente los tendejones y los soportales de la plaza bulli-

P A S T O R E L A S

ciosa, no le costó mucho vender la manteca y las nueces, pero nadie le ofrecía por los pichones las cinco pesetas que deseaba.

Ya iba desconfiando de realizar su propósito: las horas corrían; los vendedores forasteros levantaban sus reales; arreciaba el frío con augurios de temporal y los vientos, volubles todo el día, se cuajaban en un fuerte aquilón.

Tenía Rosa Luz en el enfaldo los pichones, recogidos con suave ademán, y en los ojos las lágrimas contenidas por el despecho. Los últimos mercantes la miraban curiosos, y una niña, que pasaba de la mano de una señora, se detuvo a contemplar con fascinación las aves de Cintul.

—¿Cuánto pides por ellas?

—Un duro.

—Son caras.

—Necesito ese dinero para mi madre que está enferma.

—¿Es verdad?

—¡Señora!

De las anebladas pupilas desbordóse el llanto, con tan elocuente reproche ante la duda, que la compradora, llena de piedad, abrió su bolsillo y puso delicadamente la gran moneda de plata entre los dedos tímidos de la campesina.

Quedóse después mirándola con deleite; era ojizarca y trigüeña, de tostado cabello y angélico

perfil; tenía en la boca una dulzura triste, una gracia exquisita en la expresión. Al agradecer la fineza de la desconocida, presentaba los palomos con apresuramiento conmovido, besándoles con ternura, una y otra vez.

La niña y la señora adivinaron todo el poema de aquel humilde sacrificio, y una lástima creciente les ganó el corazón.

—¡Para tí, guárdalo para tí!—dijo la diminuta señorita, rechazando la compra con viveza, a punto de llorar.

—Sí; te los regalamos—añadió la madre inmutada.

—¿Y el dinero también?—murmuró incrédula Rosa Luz.

—También.

—Dios se lo pague...

Ya iban lejos las señoras, huyendo de la penetrante emoción, mientras la zagala se erguía, abrazando a sus avezuelas con un gesto feliz.

Se entretuvo después un poco en comprar la medicina, y emprendió, muy anhelante, el regreso a Cintul.

Ya descendía de las cumbres la niebla de la noche; silbaba el viento, cortante como un puñal, y algunos copos blancos empezaban a caer.

Pronto las mariposas de la nieve se espesaron, convertidas en inmenso cendal, y la niña, sola en

P A S T O R E L A S

medio de la tormenta, pensó con espanto en retroceder.

Pero no supo hacia dónde: la villa, oculta por el velo de la nevasca, había escondido sus contornos, ya muy vagos en la adumbración del crepúsculo.

Siguió andando maquinalmente Rosa Luz: sobrazaba el canasto de listones donde las botellas de elixir, abrigadas en sus cobijas, daban albergue mullido a los palomariegos.

Miraban las aves a su dueña con desmesurada inquietud, gimientes y azoradas, lívida la ceroma del pico, despeinado el plumaje tricolor. Y la niña las mira también con los ojos azules engrandecidos por el miedo, perdida en la terrible soledad.

Tarde marcina, de vientos inseguros que rolan a cada instante con distinta virazón.

Ya cesó de nevar; el aire está quieto, descansando sin duda, para emprender otra carrera tempestuosa.

Pero Rosa Luz no encuentra su rumbo; anda sin tino, pierde el huella debajo de los pies, borradas todas las rutas en una sola, blanca y glacial.

No se distinguen los lindones ni los acirates; no se ven los confines; la noche se detiene, aclarada

C O N C H A E S P I N A

en la albura infinita de la tierra, y la niña oye de pronto un alto rumor, único y elocuente en la sorda quietud de los campos: es el venaje del río, que cunde, ancho y turbio, partiendo la vega desde el monte, como una herida abierta en un cándido corazón.

Y acaba de aturdirse la pobre caminante, porque las aguas arrumban lejos del camino que ella debe seguir.

Avanza todavía a impulsos del instinto, subiendo siempre, mirando, sin ver, hacia la altura donde se posa la aldea cismontana de Cintul, lo mismo que los árabes vuelven el rostro a la alquibia para rezar.

También la niña reza. Va diciendo fervorines en alta voz, asustada de su propio lamento:

Angel de mi guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día:
¡no me dejes sola,
que me perdería!

Se aleja del río, tiende a la cumbre, se cansa y vacila. Y al perder los ánimos, piensa en dar libertad a los palomos para que se salven: ellos llevarán al solitario caserío el último adiós de la infeliz.

Quebranta la frágil ligadura de los prisioneros y siente bajo las manos yertas el columbino tem-

P A S T O R E L A S

-blor, como una postrera caricia de la vida que huye, del amor que tiende sus alas.

Cae en el silencio un largo arrullo; los pichones, libres y sacudidos, levantan sobre la niña un vuelo corto, abren toda la envergadura, cernidos en el aire, sin moverse, como si aguardaran, y Rosa Luz corre detrás de ellos ansiosa de alcanzarlos otra vez, bajo la fascinación de lo imposible: ¡quisiera volar, quisiera vivir!

Cuando alarga los brazos codiciosos cerca de sus amigos, las alas se mueven, tendidas las penas con empuje en el frío de la tarde, y otro vuelo se extiende en el espacio.

Repiten los palomos la espera arrulladora, y la niña vuelve a correr; la senda inmaculada queda rota en el aire por un manso zureo y en la tierra por un paso fugaz; la sombra de la noche sigue detenida por el claror de la nieve y el fulgor de la luna; el cielo está luminoso, lejano y azul...

Asunción aguarda a su hija con loca incertidumbre; cien veces ha salido al portal, oteando los senderos y los horizontes, sin alejarse, por si la niña llega necesitada de auxilio mientras su madre la busca.

Pero ya no puede contenerse más; baja al cami-

C O N C H A E S P I N A

no, sin perder de vista su ventana, encesa como un faro salvador, y dice al viento el nombre amado con un grito de avidez:

—¡Rosa Luz!... ¡Rosa Luz!

Como una respuesta, como un anuncio, dos aves llegan del fondo de la noche y se posan alegres en los brazos de Asunción. Ella reconoce a los palomarriegos preferidos de su hija, los recibe con ardiente esperanza y vuelve a gritar:

—¡Rosa Luz!

—¡Aquí estoy!

Una silueta menuda se yergue en el lindero, y la niña, guiada hasta allí por los palomos al través de la ruta blanca, se refugia también en el regazo de la madre, con su ofrenda de salud y de amor...



H O J A S D E O T O Ñ O



HOJAS DE OTOÑO



A pasado realmente un año, o es que ayer mismo se deshojaban estas rosas encima de la mesa?

La luz palidecía con igual mansedumbre que esta tarde y del búcaro caían, como ahora en este papel, doradas hojas de una flor, mientras en el puerto, diminuto y solitario, cabeceaba ese mismo patache y las naves pescadoras ponían en el horizonte azul el punto blanco de sus velas, tal como en este momento parecen alas de gigantes palomas o pañuelos enormes que nos dicen adiós...

¡Diríamos que fué hoy cuando ese marinero pasó

cantando! Por cierto que su cantar nos entristeció también con esta clase de melancolía enigmática que hoy se nos vuelve a producir.

Aún están las golondrinas en el nido de antaño y las rosas en el muro de enfrente: ¿son las mismas del último otoño?

Arrullos y aromas de hoy se confunden con los de ayer, y el alma que recibe las caricias de estas impresiones, sorprende dentro de sí un estado de sensibilidad idéntico al que resurge vivo con los recuerdos evocados.

Sí; este paisaje es "aquel,, pero su respiración y sus voces se renuevan como los latidos de nuestro corazón. Estas flores que se mueren aquí, son del propio rosal que en otro estío nos las dió, como son de la propia alma estas gotas de vida que cada año derraman su existencia en distinto papel.

Y este viento de otoño, sugerente y sensacional aquí en la melancólica Montaña, es el mismo que siempre absorbe las neblinas, desnuda y acerca los mirajes y transforma los húmedos caminos en calientes senderos, donde todo se aclara y se percibe, donde pensamientos y sensaciones parecen tocarse con la mano.

Así la vida adquiere a nuestros ojos una lucidez fuerte y dócil a un mismo tiempo; es blanda y firme; tiene transparencias luminosas y tensos rasgos inquebrantables.

P A S T O R E L A S

Nada se nos muestra confuso en estas horas elocuentes. Libres de brumas las pupilas descubren mejor la hermosura y tristeza de las cosas, y la claridad de nuestros paisajes trasciende a las almas, que se ven a sí mismas, próximas y desnudas como si el ábrego les arrebatara los vestidos, igual que a los bosques y a los jardines.

Ahora no caben en nuestras meditaciones la duda y la perplejidad: todo es definitivo y diáfano sobre espíritus y celajes; todo esplende, sincero y asequible encima de la tierra y dentro de las almas. Sabemos bien lo que amamos y lo que compadece-mos; sentimos con absoluta certidumbre los dolores y las alegrías.

Ahora ni siquiera nuestros sueños se esfuman en la conciencia, como otras veces las líneas del horizonte montañés se confunden en brumas y lontananzas. El viento del Sur que secó la atmósfera hasta los más lejanos confines, que nos acerca los montes y los valles en un ambiente purísimo, nos ha penetrado, sin duda, el corazón. Y como arrebató las hojas de los árboles, así rasga los velos más sutiles de nuestra fantasía; el ensueño vive hoy en nosotros lúcido y ardiente lo mismo que una realidad.

Si tan clara es la vida en estas horas ¡con cuánta vehemencia debemos querer vivirla cristianamente!

La miseria del pobre está aquí, hoy como nunca,

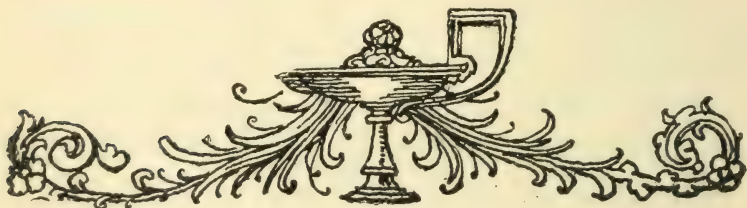
C O N C H A E S P I N A

palpitando a nuestros ojos con infinita pesadumbre, y a los rumbos más lejanos a donde prestemos el oído, un formidable clamor de tragedia reclama nuestra misericordia. Ayes de muerte atravesaron el mundo y la vida fluyó por los caminos de la tierra deshaciéndose en sangre de los hombres, como si la humanidad no tuviese otra misión que la de destruirse...

Diríase que las ráfagas otoñales del austro nos descubren el fondo de todos los abismos y que desde aquí, a la orilla de estos valles en calma, de este mar hoy sereno y azul, columbramos abiertos y sensibles todos los horizontes del mundo.

Auras de paz han venido en las alas ardientes del viento a secar las fuentes de púrpura rasgadas en las venas de los soldados; las hojas del otoño podrán acaso enrojecer sin teñirse en el río mortal de los rencores.

Una inmensa emoción nos arrodilla sobre la tierra culpable y hermosa y sentimos los ojos llenos de lágrimas; también el ábrego, fervido y purificador, suele convertirse en lluvia...



Henos aquí, al término de la jornada, fieles amigas la araña y yo.

Las dos hemos trabajado sin reposo ni siestas en dura esclavitud, y está patente que ella sola ha logrado beneficios. Haciendo yo respetar su taller y su urdimbre, ha engordado mientras adquirían delicadeza suma los peines de sus garras, y se ha construído una casita preciosa, en forma de tubo, perfilada con un tejido sutil, donde encadena las víctimas para los banquetes.

No medré yo tanto; sin exprimir la sangre ajena, con el zumo de mi corazón, tejí sentimientos y dolores en unas páginas de inseguro destino. Ahora, sólo con el bagaje de mis ilusiones de artista, tengo que volver hacia la lucha, a lo imprevisto y oscuro, dejando a la araña en la suave realidad de su casa de tul, en el blando sosiego de su nido invernal.

Para su mayor ventura, esta amiga, esta aliada, a quien yo he protegido y he mimado con raras devociones, me ve partir sin dolor y sin envidia, envuelta con mucho desdén en su liviana estofa.

En tanto yo, por mi alta y noble condición de poeta, rindo contribuciones del sentimiento a cada

paso, y en el umbral de la dulce morada que abandono, me vuelvo conmovida hacia mi compañera de veraneo para decirle con tristeza:

—Adiós, araña rubia, araña previsora y diligente; adiós, obrera feliz, que tienes casa tuya y despensa provista... ¡y ocho ojillos cazadores que no saben llorar!... ¡Adiós!...

Playa de Comillas, 1919

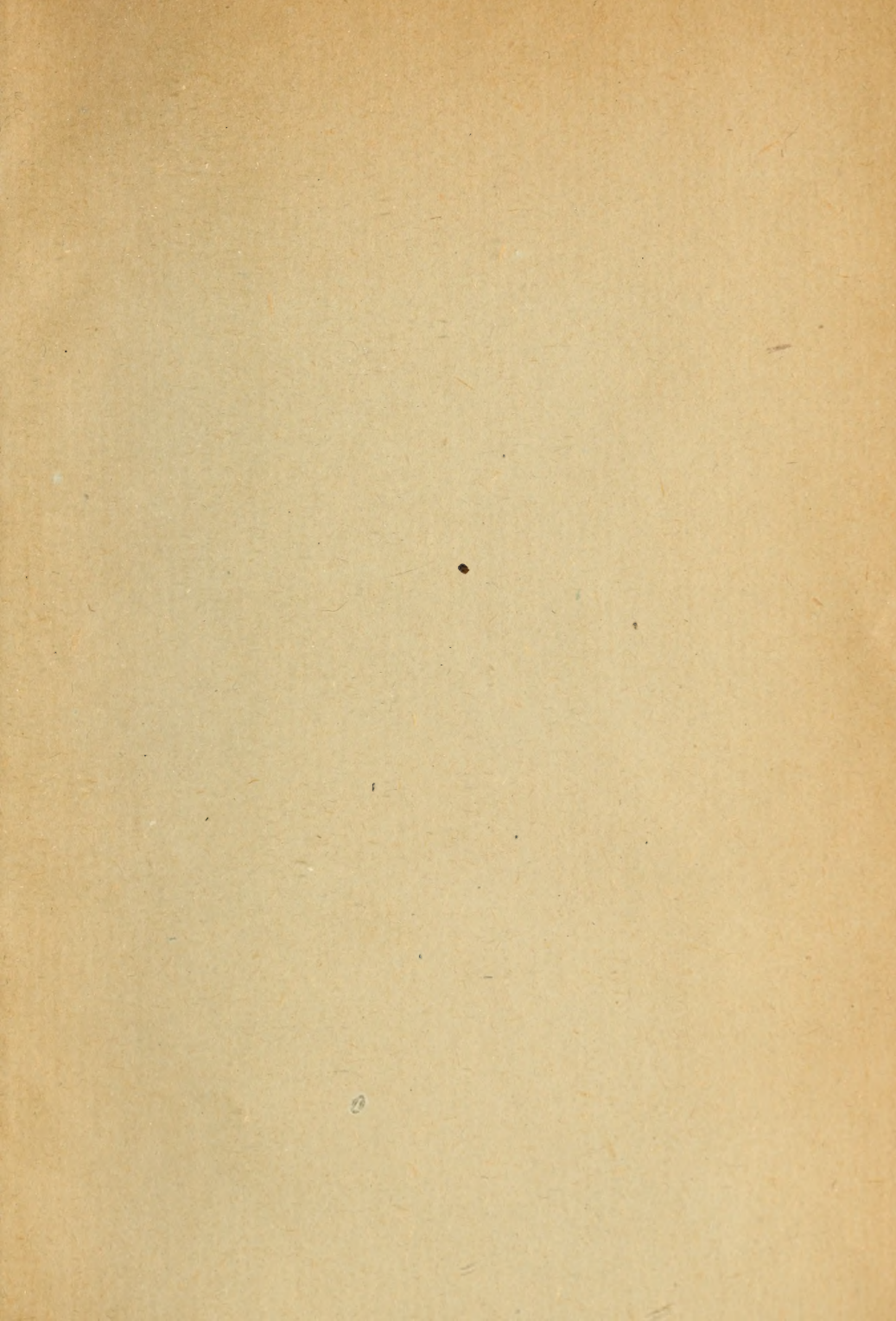


ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
La bandera roja.....	11
Alma y paisaje.....	17
Romance primero.....	23
Don Carlos.....	33
El hondo camino.....	41
El bárbaro Atila.....	49
Mal de belleza.....	57
En propia mano.....	65
La ilusión de la luz.....	71
El cordero pascual.....	79
Atavismo.....	87
El rabión.....	95
El forastero.....	109
La sana alegría.....	115
El cantar milagroso.....	121
El eco sombrío.....	127
La peregrina.....	135
El hermano amor.....	143
Ella.....	153
Esperando.....	159
El vencido.....	167
La niña regalada.....	175
La eterna visita.....	185
Pastorela.....	193
El primer naufragio.....	205

	<u>Páginas.</u>
La última carta.....	211
El color azul.....	219
Renunciación.....	225
Las alas abiertas.....	235
Piedras y barro.....	245
Avaricia.....	253
Los caminos del valle.....	261
El azor.....	269
La dulce mentira.....	277
La posada.....	283
El desdeñado.....	291
Las flores de maravilla.....	299
Unico día.....	309
Sangre plebeya.....	315
El niño moro.....	323
La ruta blanca.....	331
Hojas de otoño.....	345

*SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTA OBRA EN LA IMPRENTA
DE ALBERO, DE MADRID, EN JUNIO DE 1920
CUBIERTA Y DECORACIÓN DE
VARELA DE SEIJAS*





162436

LS.

E776p

Author Espina, Concha

Title Pastorelas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

